A SPANISH ANTHOLOGY



LUIS DE CAMOENS

The Project Gutenberg eBook, *A Spanish Anthology*, Edited by J. D. M. (Jeremiah Denis Matthias) Ford

(1524–1579)

VILLANCICO

Irme quiero, madre,
A aquella galera,
Con el marinero
A ser marinera.
Madre, si me fuere
Doquier que vó,
No lo quiero yo;
Que el amor lo quiere.
Aquel niño fiero
Hace que me muera,
Por un marinero
A ser marinera.
El que todo puede,
Madre, no podrá,
Pues el alma va,
Que el cuerpo se quede,
Con él pues que muere
Voy porque no muera,
Que si es marinero
Seré marinera.
Es tirana ley,
Del niño señor,
Que por un amor
Se deseche un rey

Pues de esta manera
Él quiere, irme quiero
Por un marinero
A ser marinera.
  Decid, ondas, ¿cuándo
Visteis vos doncella
Siendo tierna y bella
Andar navegando?
Mas ¿qué no se espera
De aquel niño fiero?
¡Vea yo á quien quiero
Y sea marinero!

LETRILLA

  De dentro tengo mi mal,
Que de fora no hay señal.
  Mi nueva y dulce querella
Es invisible á la gente:
El alma sola la siente,
Que el cuerpo no es dino della.
  Como la viva centella
Se encubre en el pedernal
De dentro tengo mi mal.

JORNADA PRIMERA

The Project Gutenberg EBook of *El buey suelto..,* by José María de Pereda

I

EL HOMBRE

Concédame el lector, si mal no le parece, que cuando un hombre ha visto, desde que empezó á serlo, satisfechas como por ensalmo las más comunes y perentorias necesidades de la vida, tiene mucho adelantado para ser egoísta. Lo cual no se opone á que también lo sea el que ha ganado el bien que disfruta, en guerra encarnizada con la suerte.

Querrá decir esto que los egoístas abundan, y que sus especies varían en cada ejemplar. Enhorabuena; pero conviene distinguir de casos para el objeto de estos apuntes.

El que es egoísta porque así le hizo el desdén de la fortuna; el que se consagra al propio regalo como en recompensa de pasadas fatigas, tiene en éstas la disculpa, y perenne deleite en la comparación del presente risueño con el ayer angustioso. De este modo, ni la imaginación le seduce, ni las vacilaciones le marean, ni _el vicio le mata_, como el vulgo dice de los indecisos que lloran soñados males por exceso de bienes. Lleva su rumbo bien trazado y camina con pie firme, sin el riesgo de tropezar en desengaños, por lo mismo que no se alumbra con ilusiones.

Otra cosa muy distinta es Gedeón, tipo en que se resumen todas las especies de egoístas que no debieran serlo, hasta por razones de egoísmo.

Á estos señores enderezo mi cuento; con vosotros hablo; con vosotros, los que afanados en evitarle desazones á la materia, huís de los más legítimos goces del espíritu; con vosotros los que, pródigos de la hacienda cuando se trata de regalar al cuerpo, sois avaros de ella si el alma os pide un óbolo para adquirir un regocijo; con vosotros, en fin, los que pasáis lo mejor de la vida renegando del matrimonio por molesto y caro, y el resto de ella lamentándoos de no haberos casado _á tiempo_.

Séame lícito traeros al banquillo y revolver un poco el saco de vuestras culpas; y aquí, donde nadie nos oye, cantaros al oído media docena de verdades; parte mínima de tantas perrerías como venís soltando á cada triquitraque contra la _diabólica_ suegra, la _fementida esposa_, el _crucificado_ marido, y hasta los _mocosos_ rapazuelos.

Permitidme, pues, este inofensivo desahogo, y oidme la historia del bueno de Gedeón, que si no es la historia de cada uno de vosotros, andará á dos dedos de serlo, y á todos os vendrá como repique en pascua.

Gedeón siguió media carrera en la Universidad, ó no pasó del Instituto de segunda enseñanza, ó no tuvo otra que la que recibió, muy á la fuerza, de un dómine casero. Importa poco este detalle para el punto que se esclarece. Fué hijo único, ó tuvo hermanos: como el lector quiera. Lo cierto es que en su casa reinaba la abundancia, y que él, si no era niño mimado, pecaba con exceso de _consentido_.

Sabía que al despertarse, á la hora que más le cuadraba, le esperaba el desayuno calentito, al alcance de su mano; que los vestidos que le hacía el sastre, á su capricho, habían de ser pagados, no por él, á la presentación de la cuenta; que si el frío arreciaba, se elevaría

convenientemente la temperatura de su gabinete; que si le cansaban las truchas, le darían perdices, y que si tosía más de tres veces, iría á buscarle entre las coberturas de su lecho la azucarada y humeante pócima; sabía, en fin, que dentro del hogar eran sus deseos antes satisfechos que manifestados.

En esta pendiente colocado, en breve llegó á estimar cosas y personas no más que en cuanto podían servir á sus deleites; y si no creyó al mundo hecho para su uso particular, juzgóse venido á él para merecer todas sus comodidades y ninguna de sus molestias... Si no os ofendiérais, célibes de mis entrañas, os diría que era Gedeón el más perfecto modelo de aquellos hombres á quienes llamaba Horacio _cerdos de las piaras de Epicuro_.

Que era sensual, no hay que decirlo, ni tampoco qué gusanillo le roía con más frecuencia la imaginación. Soñó con el amor perdurable de las mujeres (nótese que no digo de la _mujer_); y creyendo hacer de su corazón un nido al más puro y noble de los sentimientos, labró en su cabeza templo en que daba culto á los más torpes estímulos de la materia.

Que para alimentar este fuego elegía los combustibles más adecuados á su actividad, también se comprende sin afirmarlo; por lo cual excuso decir que, en punto á literatura, tomaba á pasto cuanto se ha escrito en el género desde la _Celestina_ hasta _Mi tío Tomás_. Pero algo filósofo también, para contener la imaginación, que pudiera llevarle más allá de lo conveniente, acogíase al llamado eclecticismo de Balzac, y sabía de memoria la _Physiologie du mariage_, y las _Petites misères de la vie conjugale_.

Porque es de advertir que Gedeón, á las veces, creía posible realizar sus ilusiones dentro del matrimonio, tomándole, por supuesto, como una fase más de su sibaritismo; como refugio lícito, pero siempre sensual y voluptuoso, de su vida hastiada ya del _amor libre_. Pensaba en el matrimonio, considerándole sólo como un conjunto de todo _lo bueno_ de él y de fuera de él; es decir, el incentivo constante de la concubina, y la adhesión fiel y desinteresada de la esposa que le tuviera en perpetuo arrullo, sin dudas ni remordimientos.

Como hombre de vehementes caprichos, sentíase arrastrado con violencia hacia ese punto desconocido; pero, egoísta impenitente, huía de él temiendo equivocarse; temor que le aterraba al considerar que en ese terreno, una vez dado el avance, es imposible la retirada.

En tales ocasiones era cuando acudía con más ansia á sus filósofos preferidos, que si no le convencían por completo, dejábanle, por lo menos, sumido en grandes dudas acerca de eso que se llama entre los solterones licenciosos y egoístas, _prosa de la vida matrimonial_.

En este perpetuo examen de lo conocido y lo desconocido; pasando con su imaginación á cada instante del uno al otro término, como cambia el enfermo de posturas para aliviar sus dolores, no del todo satisfecho de lo que palpaba, y dando un aspecto pavoroso á lo que desconocía, apuntáronle las canas, quizá más que por el peso de los años (aunque ya los contaba por pares de decenas) por la fuerza de sus cavilaciones.

Y en esto, aquel sér que en el mundo era su providencia, y á cuya sombra vivía él regalón y descuidado, desapareció de la haz de la tierra.

II

EL CASO

Momento solemne fué para Gedeón el en que, por primera vez, se vió solo en el recinto de su hogar; pues aunque en él quedaba siempre la abundancia, ¡era tan duro, tan molesto, tan prosáico eso de administrarla y de atender con ella á las mil necesidades ordinarias de la existencia!...

Por cierto que en aquellos mismos días hizo varias observaciones que no dejaron de asombrarle. Cada vez que se sentaba á la mesa experimentaba dentro de sí algo que no podía explicar bien su egoísmo; algo que pesaba sobre su alma y se la oprimía; y al contemplar vacío el puesto que antes ocupaba la persona en quien apenas se había fijado él por la misma frecuencia con que la veía, parecíale un páramo desierto, con sus fríos y hasta con el silencio pavoroso de las grandes soledades. Observaba que cuando no vivía solo en aquel mismo albergue, no reparó jamás en que, al tornar á él después de sus francachelas y regodeos, sentía un placer tranquilo y consolador; veía la faz del anciano envuelta en serena y misteriosa luz, y hasta el vulgar condumio, servido por tosca cocinera, le gustaba más que los refinados manjares de la fonda; venía á ser, en fin, el hogar doméstico, para él, cuando le buscaba después de las borrascas de sus pasiones, lo que el seguro puerto para la nave batida en el mar por los huracanes.

Al caer en la cuenta de estos fenómenos que había sentido sin fijarse en ellos, en vano trataba Gedeón de explicárselos por causas rigorosamente lógicas.

--«El paladar--pensaba,--se estraga con los mejores guisos, si se los dan muy á menudo; y el espíritu necesita también la variedad en los goces para no hastiarse de ellos. La modesta prosa de mi albergue es todo lo contrario de lo que yo saboreo fuera de él. Por eso, por el contraste, me gustaba el hogar doméstico y cuanto en él hallaba después de las tempestades de mi vida.»

Pero ¿por qué en su nueva situación no le sucedía eso mismo? ¿Por qué hallaba insípidos los manjares de su casa, y en lugar de dilatársele el pecho al atravesar los umbrales de su puerta, se le oprimía el corazón, y el desierto de la mesa se extendía á su gabinete, y notaba la falta de aquella persona hasta en los sitios donde jamás la viera? ¿Qué era y en qué consistía _aquello_? ¿Existía algo fuera de su sér, que, sin embargo, formaba parte de él; algo indispensable para expansión legítima de su alma? ¿Era acaso que los cuidados domésticos que á la sazón preocupaban al huérfano, le proporcionaban molestias que antes no conocía? ¿Serían estas molestias la causa de su desaliento en el hogar? Y, en este caso, ¿era la falta de un celoso _proveedor_ lo que únicamente le apesadumbraba? Pero entonces, ¿por qué le echaba de menos aun donde nunca le necesitó? ¿Por qué antes le molestaban por _impertinentes_ sus preguntas, aunque se encaminasen á satisfacerle un gusto más, y ahora diera parte de su vida por volver á oir una sola de ellas, aunque fuera para echarle en cara su egoísta ingratitud? ¿Sería cierto que en ese _presidio_ llamado familia por los hombres _vulgares_, es donde únicamente se encuentra lo que no puede adquirirse con todo el poder de las riquezas, ni entre el vértigo de todos los placeres?

Así, ó por el estilo, le hacía discurrir la elocuencia de los hechos, como en respuesta á la explicación _lógica_ que él se empeñaba en dar á su nuevo y _raro_ modo de sentir; el cual hallazgo, dentro de la casa, le produjo, como dicho queda, no poco asombro, pues jamás se había permitido semejantes _debilidades_.

Pero tenía hondas raíces en su pecho el amor inconmensurable á la materia; y no pasó la crisis de obligarle á insistir con doble empeño, más bien por distraerse que por decidirse, en sus cavilaciones de costumbre; las cuales, como el lector sabe ya, se reducían á comparar estado con estado, y hacer con la imaginación voluptuosas exploraciones en el campo matrimonial, en su afán de conocerle, por si las circunstancias le llevaban un día á refugiarse en él.

Merece saberse, al pormenor, de qué especie eran esas exploraciones. Comenzaba Gedeón por hacer un recuento de sus haberes; y suponiendo que, aun echando corto, habían de darle, amén de mujer, doble por sencillo, multiplicaba su caudal por 3, y apuntaba el producto como capital de su pertenencia para sostener las cargas de su nuevo estado.

En seguida pensaba en el tipo de la mujer que debía elegir; punto siempre muy grave para él, porque unas por rubias y otras por morenas, unas por rosas y otras por capullos, todas le gustaban, supuesto que todas habían de tener el pie pequeño, el cuello torneado, los ojos lúbricos, el talle flexible... y, además, habían de amarle _con delirio_.

Sin estas condiciones arquitectónicas y hasta de temperatura, no había

que pensar en que Gedeón se decidiera por ninguna; y con ellas, todas le convenían.

Vacilaba largo rato, con los ojos cerrados y la mente perdida en un cúmulo de hipótesis verosímiles, y concluía decidiéndose... por _el grupo_, por de pronto, y aplazando el _cuál de ellas_ para _en su día_.

Tenía ya mujer y buena renta: faltábale el nido en que había de pasar la vida como una aurora sin nubes, como un suspiro de amor, sin término ni fatiga.

Por de pronto, entre disfrutar la luna de miel con su paloma bajo los aleros de un _hotel_ fuera de la patria, ó á la sombra del tejado paterno, elegía un término medio que le satisfacía en todos conceptos: para esa ocasión tan solemne tendría él preparado el voluptuoso albergue conyugal.

Y ¿cómo sería ese albergue?

Aquí entraba el lápiz á resolver el problema, no sólo con cifras, sino con dibujos; y comenzaba Gedeón por trazar el plano geométrico de su futura morada. Pero le asaltaba al punto la batallona y compleja cuestión de Balzac: ¿dos gabinetes para los esposos; uno solo con dos camas, ó una cama sola y un solo gabinete?... Nuevas meditaciones, nuevas dudas, y al fin un punto más entre los varios que se quedaban sin resolver por el momento.

Entre tanto, aceptaba los dos gabinetes; pero ¿muy separados ó muy juntos? Lo primero tenía sus ventajas; mas había en contra de ellas ciertos reparos de estética y hasta de higiene y policía doméstica, por razón de distancia y horas intempestivas, muy atendibles... Á todas luces era preferible la contigüidad; y así se trazaban los gabinetes.

Después pensaba en la ornamentación, y calculaba el número de sillones, y la clase y el color de la tapicería; y si el lecho nupcial sería de bronce ó de madera; si las cortinas de éste ó del otro modo; si la luz por la derecha ó por la izquierda; si la alfombra de Persia ó de Cataluña; si en la antecámara pondría, durante la noche, opaco disco ó resplandeciente fanal; si es de más ilusión la media luz que la luz entera, ó si es preferible la obscuridad absoluta.

Después, el tocador de _ella_: sus mil objetos, untos y perfumes; y el vestíbulo y el estrado... ¡hasta la cocina! todo se apuntaba en minuciosa lista, á todo se le daba precio y para todo alcanzaban las rentas.

Por los pasadizos de aquel plano, realzado con el fuego de la imaginación del dibujante, veía éste pasar la esbelta figura de su mujer, y oía el crujir de la seda de la bata, y por debajo de los

pliegues desmayados, distinguía la punta del diminuto pie calzado con artística, leve babucha, y aspiraba el aroma de los rizos cayendo sobre el lascivo cuello... y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

Después pensaba en la servidumbre, y formaba el presupuesto de sus gastos domésticos, que nunca excedían á los ingresos.

Establecido ya, trataba de metodizar su vida: qué horas destinaría á los placeres dentro de su casa, y en qué forma; y cuáles para volver á ella, donde le esperarían los brazos de su hermosa compañera, que no podría vivir un instante separada de él; el almuerzo y la comida serían la comida y el almuerzo de dos tórtolas; y la sobremesa y el reposo, un incesante arrullo.

Si él enfermaba (en que enfermase ella no había que pensar) su médico sería el amor, y su medicina, mimos y agasajos... Por supuesto que su enfermedad no pasaría de cierta languidez interesante: nada de secreciones nasales ni otras hediondeces por el estilo...

Así un día, y otro y otro; y los meses y los años: _ella_ cada vez más hermosa y enamorada, y _él_, que ya tenía canas al hacer este presupuesto, sin una sola arruga, ni un triste _destacamento_, ni un mal retortijón.

También vislumbraba, entre la penumbra de sus ensueños, algo como la rizada y blonda cabellera, los húmedos y rosados labios, los ojos serenos y el leve talle de una hermosa criatura; pero este sér siempre sonreía, jamás había llorado, ni estado en mantillas, ni alborotado la casa durante lo más acerbo de la dentición; ni su madre le había parido, ni el comadrón la había visitado...

Era, en suma, el cuadro que Gedeón se imaginaba, una primavera perpetua, sin lluvias ni ventiscas.

--¡Si esto fuera posible!--exclamaba, despidiendo centellas por los ojos.--Pero... ¿y la _prosa_?... ¿y mi libertad perdida?

III

LOS JUECES

En dos épocas de la vida sienten los hombres, con respecto al matrimonio, eso que los célibes recalcitrantes llaman _malas tentaciones_: la primera, cuando la imaginación, salida apenas del horizonte de la pubertad, lo ve todo de color de rosa. Entonces nos casaríamos todos los hombres si fuéramos dueños de nuestra voluntad y de algunos maravedíes. La segunda, después de trasmontar la cúspide de

este sendero espinoso; cuando todavía nos atrevemos á dudar si vamos dando el primer paso del descenso, ó el último de la subida.

Por estas latitudes navegaba la edad de Gedeón cuando notó que le era insoportable la soledad de su casa, y con tanto empeño se entregaba á sus exploraciones por los desconocidos mares del matrimonio.

No diré que se insinuara en él con tanta fuerza como en otro mortal menos egoísta la inclinación al indisoluble vínculo; pero es indudable que el coincidir en ese mismo grado la natural tendencia, su, digámoslo así, _punto de sazón_, y el repentino cambio en un tan largo como inalterado método de vida, era más que suficiente motivo para obligarle, como le obligó al cabo, á hacer un esfuerzo de raciocinio.

Ni su edad ni sus circunstancias del momento, daban ya espera. Entonces ó nunca. Era preciso examinar con el microscopio de sus conveniencias hasta el último repliegue de sus adentros, para ver, en definitiva, qué había _allí_ que temer ó que esperar. Como buen egoísta, no quería dejar para mañana ni el recelo de haber elegido lo peor por falta de reposado consejo.

Ya se ha visto que en el que á sí propio se pedía, llevaba preparada más de la mitad de su postrera resolución. Y digo que ya se ha visto, porque tomando el punto de vista donde él le tomaba siempre, el resultado no podía variar jamás. Desde aquel punto lo veía todo, todo... menos el matrimonio. ¿Cómo diablos había de llegar á conocerle? Y no conociéndole, ¿cómo había de estudiarle _á fondo_, según él deseaba?

Por eso no fué larga su meditación; mas como el resultado de ella no le satisfizo por completo, aunque le agradaba no poco, quiso encomendar el resto al dictamen de acreditados peritos en la materia. En desacuerdo con ellos, lícito le era apelar á otros pareceres; en perfecta concordancia, ya no cabían escrúpulos.

Veamos ahora quiénes eran los jueces que iban á entender en tan delicado litigio.

Cada generación que viene al mundo trae un poco de todo, como ustedes saben. De cien muchachos que van juntos á la escuela, hay siquiera diez que entran al mismo tiempo en la Universidad; otros diez que se dispersan por la tierra á correr las aventuras de la suerte; veinte que ahorcaron los libros para meterse, como Fray Gerundio, á predicadores, es decir, á todo aquello para lo cual no sirven; cincuenta que van dejando, uno tras otro, este pícaro destierro; y, finalmente, otros diez que se quedan, en la época crítica de decidirse, como estorninos atolondrados, mirando cómo se dispersa el resto de la banda. De estos diez era Gedeón, y de los mismos, otros tres contemporáneos suyos, ociosos como él, egoístas como él y solterones aún más que él, pues

todos le excedían en edad, y particularmente en aversión al matrimonio.

Como contemporáneos, como egoístas y como solterones, los cuatro eran amigos... Entendámonos: paseaban juntos, murmuraban juntos, y juntos estaban siempre en rebelión contra la sociedad entera. Por lo demás, ninguno de ellos hiciera por la vida de los restantes el sacrificio de un cuarto de hora de su reposo. Paseando en ala, como acostumbraban, no se toleraban mutuamente el casual pisotón, ni el choque un tanto violento. Por todo gruñían y á cada instante alborotaban el paseo. Ninguno de los cuatro sabía el modo de vivir de los otros tres; lo único que no ignoraban todos era el pie de que cojeaba cada uno de los demás, porque esto aun en la calle se veía: era el carácter.

Uno era avaro; y el matiz más sobresaliente de los muchos que tenía su odio el matrimonio, se compartía entre lo caro que costaba y el riesgo de llegar á tener herederos _forzosos_.

Acaso hubiera aceptado la esposa como sirvienta fiel y desinteresada en todo género de faenas; pero la quería joven y de buena estampa, con lo cual no estaba garantido contra el riesgo que temía. De las aseguradas de él por edad, no había que hablarle. De todas maneras, no podía avenirse con el derecho de la mujer á la mitad de los bienes gananciales. El caudal era suyo, y lo suyo lo quería para hacer de ello lo que le diera la gana.

Otro era pulcro, reglamentado y económico. No toleraba en su habitación un mueble fuera de su sitio, ni una hilacha en el suelo, ni una mancha en su vestido; la ventilación era su tema y el cepillo su manía. Apuraba la ropa hasta desecharla por transparente, pero jamás por sucia. Se sentaba ocupando la menor cantidad posible de silla; y para escribir, así sentado, aún encogía las piernas y los dedos de la mano; _metía_ los renglones de su piojosa letra hasta amontonarlos, y todavía cercenaba media pata á cada _m_ y los puntos á las _ii_. Comía, paseaba y dormía á horas inalterables é inalteradas. No concebía de otro modo la existencia; y como, en su concepto, el matrimonio era el desorden, el despilfarro, el desaseo y una caverna de aires impuros, detestaba el matrimonio con un rencor inconcebible en su aspecto acicalado y hasta risueño... Verdad es que su sonrisa no lo era; más bien lo parecía por la especial disposición de su boca, muy semejante á la de las culebras.

El tercero era celoso, como una bestia en sus períodos _álgidos_; y porque la humanidad no le mimaba como él creía necesitarlo para sus regodeos brutales, detestaba á la humanidad entera. Bajo siete cerrojos y amarrada á una estaca, y él á su lado con otra en la mano, sospechara de la fidelidad de su mujer, si capaz hubiera sido de atreverse á elegir una, ó el cielo se lo hubiera permitido.

Ya se deja comprender que estas cualidades enumeradas eran el sello distintivo de sus respectivos poseedores, pero nada más: en el fondo

del carácter los tres parecían formados en un mismo troquel. Cada uno de ellos creía odiar al matrimonio por distinto lado; pero estas fases de sus odios no pasaban de ser otras tantas manías, ó productos diversos y raquíticos de un mismo suelo árido y estéril.

Los tres carecían de familia ó habían prescindido de ella; los tres ignoraban lo que era el trabajo y la ocupación seria; los tres eran ricos, y cada uno de ellos vivía solo; quién como huésped, quién en casa propia.

No era Gedeón, seguramente, el peor de los cuatro; pues, á lo menos, sentía ciertos deseos, aunque mal entendidos, de explorar otras regiones para variar de clima, señal de que el insano en que habitaba no le satisfacía; era en sus vicios algún tanto _artista_, y bastante pródigo de su caudal. Con otra educación, acaso hubiera sido hombre de provecho. Los resabios de sus amigos procedían de la madera misma, que se torcía, como se tuerce el roble, porque es roble, aun con la polilla de los tiempos.

Tales eran los jueces á cuyos dictámenes y consejos sometió Gedeón el atisbo de escrúpulo que le quedó, de resultas de sus cavilaciones matrimoniales al entregarse _por última vez_ á ellas.

Olvidábaseme decir que en el pueblo se llamaba á estos cuatro solterones _Anás_, _Caifás_, _Herodes_ y _Pilatos_, aplicándose los nombres al avaro, al celoso, al pulcro y á Gedeón, respectivamente, y no sé por qué.

IV

EL JUICIO

Sereno era, y hasta chancero y zumbón; pero no sin tartamudear más de tres veces, ni sin hacer por cada palabra una salvedad, llegó Gedeón á exponer su tesis al asombrado y adusto tribunal. Verdad es que no pueden escribirse ni pintarse los carraspeos, las interjecciones y los gestos con que, á manera de ortografía, iban los jueces puntualizando los períodos del exponente. Ya no eran caras; era vinagre y rescoldo aquello que le miraba cuando acabó de hablar en éstos ó semejantes términos:

--Tal es el caso, caballeros; y para ponerle á su verdadera luz, acudo á vuestro autorizadísimo dictamen. Necesito que hablemos una vez en serio de eso que se llama matrimonio, con el piadoso fin de ver hasta qué punto le es lícito á un hombre... como nosotros, el pensamiento de casarse. Suponed, pues, ilustres jurados, que habiendo hallado una mujer rica, hermosa, con todas las seducciones imaginables, y educada á

mi gusto, me caso mañana con ella...

Aquí fué la explosión de asco, de ira y de horror, todo junto; aquí fué el ponerse aquellas caras como dicen que se pone la del demonio cuando la rocían con una hisopada de agua bendita.

--Supongamos--recalcó el exponente, después de abrir un paréntesis de silencio para que pasara lo más recio de la tempestad;--supongamos, repito, que aprovechando todas esas ventajas, me caso mañana yo: ¿qué me sucederá?

--¡Tu ruína!

--¡Tu muerte!

--¡Tu ignominia!

--Eso no es responder--dijo Gedeón, replicando de una sola vez á las tres feroces respuestas de sus amigos.--Quiero detalles; quiero que discurramos un poco sobre esa prosa y esas cadenas matrimoniales; sobre todo ese conjunto de miserias que, según fama, son inherentes á la vida conyugal. Y esto entendido, vuelvo á preguntaros: ¿qué me sucederá si me caso?

--¿Y qué demonios quieres que te respondamos á una pregunta tan vaga y tan compleja?--contestó el pulcro, rasgando mucho la boca para enseñar todos los dientes.

--Lo que sepáis.

--¡Lo que sepamos! ¿Pues no lo sabes tú como nosotros? ¿No lo sabe todo el mundo de corrido? ¿Hay tema que haya sido más resobado ni más discutido? Pero aunque lo ignorases, ¿cómo narrarte en tan breve tiempo lo que no cabe en libros ni en la memoria humana?

--Si te concretaras á un punto determinado...--añadió el celoso.

--Concretaos vosotros; dividid, por ejemplo, en períodos la epopeya, é id diciéndome, no todo lo que hay, sino lo que más abunda en cada uno de ellos: yo deduciré el resto.

--Y vendremos á repetir lo que, en fuerza de haberse repetido tanto, pasa en el mundo por _catálogo de vulgaridades_.

--Pues ese catálogo es, precisamente, lo que yo vengo buscando. Diréisme que en la memoria debo tenerle; pero recordad los expuestos motivos de mi consulta, y comprenderéis por qué necesito que ese resumen pintoresco de vulgaridades aceptadas como razones serias contra

«esa grotesca fusión
que se llama matrimonio,»

sea hecho por vosotros y no por mí; por qué, no debiendo fiarme de la memoria ni de la luz con que habría de guiarla para buscar los hechos vitandos, es indispensable que me los expongáis vosotros, en forma, como quien dice, de ramillete, para que pueda yo olerlos todos de un solo aliento y probar en la intensidad de su veneno el vigor de mi naturaleza y los bríos de mi necesidad. Y con el laudable fin de evitar divagaciones metafísicas y retorceduras de conceptos, vuelvo á presentaros en crudo mi pregunta, que ya lleva marcado el prosáico son de la respuesta: «¿Qué me sucederá si me caso mañana?»

--¡Y dale con el tema! ¿Quieres, con mil demonios, saber lo que te sucederá, por ejemplo, en los primeros días?--dijo echando chispas el acicalado que, según parece, llevaba la voz cantante en aquel estrafalario desconcierto.

--Muchos cantos va á tener la epopeya, á lo que veo,--exclamó sonriendo Gedeón.

--¿Por qué lo dices?

--Por la pequeñez de las partes en que la divides, si he de juzgar por la muestra de «los primeros días.»

--Pues esos días son un período completo, y aun colmado... Los demás ya serán más largos, para desgracia del marido.

--Vaya, pues, por «los primeros días,» y sepamos, por fin, qué me sucederá en ellos.

--Nada que no sea envidiable: sorpresas encantadoras, dulzuras, mimos, arrebatos sublimes... ¡lo más voluptuoso y embriagador que puedas imaginarte!

--Y ¿cuánto dura?--preguntó Gedeón relamiéndose.

--Cuarenta y ocho horas,--respondió secamente el interpelado.

--Me parece mucho,--gruñeron los otros dos jueces.

--¿No me concedéis siquiera una semana?

--Vaya la semana--dijo el atildado,--pues días más ó menos, poco suponen en la eternidad del martirio subsiguiente. Durante esa semana, no existen los suegros ni los cuñados; tu nueva familia es un coro de ángeles que no cesa de cantar tus alabanzas. No hay hombre como tú, ni más amable, ni más ingenioso, ni más bello, ni más digno de ser

adorado; y esto, que te lo dice tu mujer á solas entre explosiones de amor, te lo repiten en la casa hasta el gato y el perro, adivinando tus deseos y hartándote de preferencias y mimos. Como no has de vivir con tus suegros eternamente, en estos primeros días empezarás á tratar, si no de separarte, de cuando te separes; y ten por seguro que por diferencias sobre calle, ó piso, ó colores de las tapicerías, ha de asomar la oreja la primera nubecilla en el arrebolado horizonte de tu felicidad.

--Eso suponiendo--añadió el usurero,--que en los pormenores de la dote no haya habido serios altercados.

--Ó que la recién casada--expuso el celoso,--no deje, en la vecindad que abandona, _su primer amor_.

--Todo es posible--continuó el pulcro;--pero hemos de prescindir de lo eventual y contingente, que no tiene medida, para fijarnos sólo en lo rigorosamente lógico; en lo necesario, en lo infalible. Con esto nos sobra para ganar el pleito. Y prosigo. He supuesto que pasabas la primera semana con la familia de tu mujer, por elegir un motivo, entre los cien mil que existen, para el primer desacuerdo. De todas maneras, en tu casa ó en la ajena, al acabarse esos días, las intimidades matrimoniales han llegado á su grado máximo, y comienzan á caer en desuso ciertas contemplaciones de pura galantería, hasta allí guardadas entre los cónyuges. Nada más natural entonces que la elección de un criado, ó la compra de un mueble, ó la distribución de las horas del día, ú otra pequeñez cualquiera, produzca en tu mujer un serio enojo y en tí un disgusto. Los de esta índole son los que traen á las casas las intervenciones extranjeras, aunque con ramo de oliva; pues la esposa, poco acostumbrada todavía á sufrir contrariedades, necesita murmurar con alguien de las rarezas de su marido, y murmura con su madre, si la tiene, y si no, con sus amigas. Oirás de éstas ó de aquélla tal cual disertación sobre el tema de la tolerancia que deben tener los caballeros con las señoras; verás que en estos conflictos _internacionales_ jamás se te da á tí la razón; te llevarán los demonios cuando consideres que cosas tan fútiles y remediables en casa, son ya del dominio público, y en centuplicado tamaño, por la insensatez de tu mujer; que están tu reposo y la paz de tu casa á merced de la menor divergencia de pareceres entre vosotros dos, y sobre todo, cuando veas que tu esposa se va mostrando tan dispuesta á desechar los tuyos más sensatos, como á aceptar los ajenos más absurdos.

Pasó, pues, el período breve del éxtasis amoroso, y estás de patitas en el primero del martirio. Comparando lo que eres con lo que fuiste poco antes, y temiendo avanzar en el horrible é interminable sendero en que te hallas colocado, haces heróicos esfuerzos en favor de la paz doméstica; te acusas aun de faltas que no has cometido; disculpas todos los resabios de tu mujer, y corriges hasta los más inofensivos de tu carácter. Todavía, y mediante este sistema, disfrutas, de

vez en cuando, los breves momentos de placer que dan de sí las _reconciliaciones vehementes_; y quizá insistiendo en el procedimiento adoptado, y sin más mujeres en el mundo que la tuya, llegaras al fin de la carrera, no sin cruz, pero sin espinas. Mas, en esto, asoman los primeros barruntos de sucesión; y á los tiquis-miquis de todos los días, tienes que añadir las impertinencias propias del _estado_.

El olor del tabaco la ofende, y no puedes fumar delante de ella; si por no dejar de verla fumas lejos de su presencia, cuando te acercas huele que has fumado, y te rechaza; por evitar este inconveniente dejas de fumar; pero has salido á la calle, has ido al café, has estado, en fin, donde se fuma, y tu ropa huele á tabaco, razón por la cual tampoco puedes aproximarte á su gabinete. Te resignas á no salir de casa por no ahumarte; pero si usas esencias, le repugnan, y si no las usas, hueles _á hombre_: tampoco entras así.

Entre tanto, la casa está patas arriba, y tu autoridad como la casa, porque la señora come á horas intempestivas las cosas más extravagantes, y tiene ascos y náuseas, y todo lo escupe.--Cuando concluye este período, que es muy largo, empieza otro mucho más divertido: el período de la pesadez, del bamboleo, del malestar, del paseo nocturno entre calles, colgada de tu brazo; del abultamiento de los labios y de las manchas en la cara; de los pies hinchados; el prólogo, en fin, de la nueva y más tremenda etapa, durante la cual no dormirás sueño tranquilo, ni comerás cosa en sazón, ni te pondrás camisa bien planchada; pues todo lo que es orden, paz y sosiego, lo extermina, lo barre la gran catástrofe: con sus preparativos, antes, y hasta mucho después, con su cortejo de horrores y hediondeces. Antes, el hatillo, y la cuna, y los tanteos y probaduras de nodriza, y la novena á San Ramón, y los falsos síntomas siempre á media noche, ó á otras horas tan intempestivas. Después, los jipidos, y la casa á obscuras y en silencio, y el aire corrompido, y el andar en ella todos de puntillas, y el comadrón, y la nodriza, y los pañales, y los recados á la puerta, y la obligación de contestarlos, y la colineta para el cura, y los padrinos, y la comitiva del bautizo, y tú presidiéndola, y los chicos de la calle cantando el ¡_pelón_!... y hasta el consonante, que es harto más grave, pues no faltará quien te le aplique, aunque la copla se refiera al padrino; y luego las enhorabuenas, y el refresco... ¡y el demonio desencadenado en tu casa!--Después, la cuarentena, y los retortijones de barriga en la criatura, y los vagidos consiguientes, y el cólico de la pasiega, y el riesgo de buscar otra, y las cuentas á puñados, y el dinero tras ellas á carretadas... Por último, el restablecimiento...

--Y, por fin--interrumpió Gedeón, respirando con ansia,--volvemos á aquellos ocho días...

--¡Quiá!--dijo el otro con el gesto y el tono que usarían las víboras, si las víboras hablaran del matrimonio;--aquellos días se fueron para

no volver. El primer cuidado de tu esposa al salir de su habitación, es residenciarte por el tiempo en que ella no ha mandado en jefe. Nada se ha hecho á su gusto: el refresco fué mezquino; se quedaron sin dulces esta amiga y el otro pariente; el ruido constante que tú no supiste impedir, no la dejó descansar á su gusto una sola vez; están los suelos mal barridos y los muebles echados á perder; eres un Juan Lanas, y además roñoso y desatento. Por supuesto que tú no has intervenido en nada de lo censurado: desde el momento supremo se apoderó de las llaves y del mando la amiga, ó la vecina de más confianza, si no hay por medio una madre ó una hermana; pero esto no impide que el responsable de todo lo malo, inventado ó cierto, se te haga á tí. Habrá hocico también, y acaso moquiteo, porque no se te vió el pelo cuando ella más gritaba durante el apuro gordo; y si se te vió, porque no te alegras, como debes, al contemplarte reproducido; has estado hasta soez con las visitas, ó has pecado de expresivo con _algunas que ella sabe_; y luego, porque su mamá, ó su modista, ó su doncella... ó el Peñón de Gibraltar; pues hasta lo más extraño es un motivo serio para darte guerra. Cuando ésta se acaba por cansancio, comienza la criatura á tomar fisonomía y á entretener á su madre con gorgoritos, sin dejar por eso de alborotar la casa con sus lloros. Ahora porque se ríe, después porque tose, luégo porque no mama, y más tarde porque vuelve la leche, allí no se habla más que del muñeco, ni en otra cosa se piensa, así te entre un torozón y te pongas á la muerte...

--Bueno; pero... después...

--Después, volvemos á los ascos del principio, y á los síntomas de marras, y á todas las enumeradas peripecias... Y pasan otra vez, y vuelven de nuevo, y tornan á repetirse, salpimentadas, por supuesto, con un sinnúmero de impertinencias y de contrariedades nuevas, hijas legítimas del cúmulo de necesidades que se van creando en tu casa con cada vástago, y de los resabios que va adquiriendo tu mujer en cada alumbramiento.

--¿Pues no dice la fama que nunca está un hogar más alegre que cuando está lleno de chiquillos?

--¡Oh, es encantador uno de esos cuadros de familia! Aquí una silla rota; allá media vajilla en polvo; el tintero encima de la cama, y las almohadas debajo de la mesa; las botas en la sombrerera, y el sombrero en la cocina; en el ropero la zaga de un coche y la cabeza de Carlo Magno, y medio tambor y un pedazo de corneta; en el cajón de la basura, la estampa que más aprecias cubierta de lamparones y de garabatos; y los papeles importantes de tu cartera, hechos una pelota, y la máquina del reló de tu mujer, en la escalera del desván. Te sientas á la mesa, y empieza lo conmovedor. Antoñito no quiere la sopa si tú no se la das; Pablito, mientras cebas á su hermano, te mete un tenedor por los ojos; Adelita quiere cerezas, y está corriendo el mes de enero; Elisina, después de haber comido las natillas con los dedos, hunde las manos

en los bolsillos de tu chaleco blanco; y todos cuatro rompen á llorar poco después, formando el coro más armonioso que hayas oído, sobre el cual se destaca la voz de tu mujer, poniéndote como hoja de perejil, so pretexto de que no sabes hacerte querer ni respetar de tus hijos; tu mujer, que andará ya en _meses mayores_; de modo, que cuando el último retoño va domesticándose, y se larga la nodriza y se le añade al montón de sus predecesores, viene el nuevo con los consabidos trastornos y las enumeradas desazones.

--Pero, hombre, ¿cuándo concluye... _eso_?

--Cuando concluyan las gracias y los atractivos de tu mujer; cuando no le queden ojos para mirarte, ni labios para sonreirte, ni dientes para devorarte; cuando no sea más que un catálogo de achaques, envuelto en un retal de pergamino; cuando esté á tu cargo la fatiga de cuidarla, y á las doce de la noche te pida desde su cama el antiespasmódico para el histérico, ó el algodón para los oídos, ó los parches para las sienes; ó se despierte á las tres de la mañana para que le des las friegas en la espalda, ó le pongas las franelas en los riñones; cuando tus hijos crezcan y necesiten el látigo y el colegio, y el uno resulte estúpido, y el otro holgazán, y el tercero un perdido, y la cuarta una tontuela, y te roben y te esquilmen el sastre, y el zapatero, y la modista, y el maestro de música, y el vecino de enfrente, y la vecina de al lado... Y así vas tirando y haciéndote viejo, y notando poco á poco que estorbas en todas partes á tus hijos y á tu mujer, y que tu mujer y tus hijos comienzan á preguntarte cuánto tienes, y á hablarte mucho de _cuando tú faltes_... ¡á desear que te mueras, hombre, ya que no pueden heredarte en vida!

--¡Pero eso es feroz!

--Pues eso es, amigo, como si dijéramos, lo más llano del camino: los inconvenientes de un matrimonio hecho á pedir del deseo y con el dinero de sobra; ¡imagínate, si puedes, lo que será el matrimonio en peores condiciones; sin las rentas necesarias para cubrir las indispensables exigencias del estado!

--¡Ni el infierno es comparable con ello!--exclamó aquí el avaro.--El escaso caudal se evapora al calor de tantas obligaciones; se va, se va, se va... y se extingue al fin, como la última oscilación de una luz que ha devorado su mecha; y un día, al despertar la familia, quiere comer y no tiene qué, ni con qué comprarlo; pídelo prestado, entre congojas de vergüenza, y se lo dan; pero como no lo devuelve, otro día se lo niegan, por lo cual vende una alhaja, y después los muebles, y, por último, la camisa. Entre tantas angustias y privaciones, las pocas virtudes se avinagran, el pudor se corrompe, los respetos se atropellan; y aquel sentimiento, que antes se llamaba amor entre los cónyuges, no impide ya que el látigo zumbe en la casa, y alboroten el barrio los gemidos, porque es cosa harto sabida que _cuando el

hambre entra por la puerta, sale el amor por la ventana_. Después, la horrible consideración que se hará el marido, entre paliza y moquiteo, de que tenía un caudal con el que, soltero, pudo haber vivido hecho un patriarca, y que cediendo á una falsa vocación de su naturaleza, le partió con una mujer que le llenó de hijos en pago de su generosidad; hijos que fueron otros tantos lobos que ayudaron á su madre á comer en pocos días hasta la piel del incauto borrego; que vió éste desaparecer su propia hacienda sin haberse procurado á cuenta de ella un miserable regodeo, porque toda la necesitaba, y mucho más que hubiera, para tapar aquellas bocas insaciables; para sacrificarlo en aras de esa ridícula debilidad que se llama familia; la misma que, si no lo hubiera comido ayer, lo heredaría mañana, ó lo empleara la mujer, viuda, como cebo para coger otro marido con quien lo gastara escarneciendo la memoria del primero; vivo éste, para que el más bribón de sus hijos lo jugara en tres montones á una sota, ó la madre se lo fuera regalando á su vecino, si le convenía para amante...

--¡Esa es la fija!--gritó entonces el celoso.--Pero tú supones viuda, cuando cae, á la mujer de Gedeón. Yo quiero, y debo, suponerle vivo al ocurrir esa caída, y no acosado el matrimonio por el hambre del segundo ejemplo, sino nadando en la abundancia del primero; porque la mujer peca de vicio, casi siempre, y en las demás ocasiones... porque es mujer... ¡Y en qué condiciones cae la esposa, dioses inmortales! Por de pronto, apenas hay ejemplo de un amante que no valga mucho menos que el marido.--Esto prueba lo que empequeñece y desprestigia al hombre, á los ojos de su mujer, el oficio de casado.--El marido paga, el marido provee, el marido atesta el ropero y abarrota el tocador y colma el bolsillo... pues para el marido las chancletas, la bata sucia, la papalina y el pelo desgreñado; para el amante los perfumes, las batistas, los voluptuosos rizos, la turgente seda, la ceñida bota, la estirada media; para el dueño, toda la prosa, todos los desdenes, todas las frialdades; para el ladrón, todos los encantos de la coquetería y todo el fuego de una pasión tan vehemente como infame. Al marido, á quien se despluma á cada instante, se le tiene por avaro, por incivil y por grosero; el amante, que acaso vive á expensas de las larguezas del marido á quien deshonra, es, en concepto de la esposa, el generoso, el _caballero_... ¿No es esto infame? ¿No es inicuo? ¿Y no es todavía más inicuo y más infame emplear el propio dinero en adquirir una ignominia semejante? Pues comprar esta ignominia es casarse, Gedeón. Porque todas, todas son iguales... menos las que no sirven para el oficio, por haberles negado sus favores la naturaleza, con ninguna de las cuales has de casarte, pues eres mozo de buen gusto. No tengo más que decirte.

--Ya lo oyes, Gedeón--añadió el atildado célibe, rasgando su boca hasta los oídos, como si tras el gesto se dispusiera á dar el salto alevoso sobre su amigo para hincar en él el diente emponzoñado;--todos, aunque por diferente senda, hemos venido á parar al mismo punto: al presidio del matrimonio, en el cual lo menos que se pierde es la libertad del soltero; esa que nos permite vivir como el ave en el

espacio, como el pez en el agua; tener por patria el mundo entero, y por soberano la voluntad; contemplar, en fin, el de la vida, con ojos serenos, sin que nos amarguen aquellos instantes supremos las lágrimas de los que dejamos si nos necesitan en el mundo, ó el regocijo de los que nos heredan; esos _tiernísimos_ pedazos de nuestro corazón, llamados hijos.

--¡Adelante!

--Y ¿para qué?

--¿No tenéis, víboras, más veneno que echar por esas bocas?

--¿Pues no hemos de tener?--respondió el pulcro:--á toneladas te lo diéramos si fuera necesario, y aún no se concluyera; pero nos has pedido muestras de ello, y muestras te hemos dado, y en forma de ramillete, como deseabas. Ahora, huele y revienta.

--Oliéndole estoy, rato hace.

--Y ¿á qué huele?

--¡Á demonios corrompidos!

--Entonces ¿á qué vino la consulta?

--Ya os lo dije: á que me confirmaseis en mis creencias, algún tanto insubordinadas estos días por _la loca de la casa_, llamada imaginación. Sí, amigos míos y denodados solterones, soy de los vuestros, creo cuanto creéis y detesto cuanto detestáis; el matrimonio es un presidio para el hombre; un presidio completo, pues que le esclaviza y le infama. Niego la paz del hogar, niego el amor, y, sobre todo, la necesidad de los hijos: el uno y las otras no son más que ficciones de la fantasía, cuando no cebos de los maridos para seducir incautos. El hombre, abrumado constantemente por las cargas de la familia, pierde hasta la libertad de ser honrado y el derecho de ser feliz; cuando menos, la ineludible prosa del matrimonio le corrompe, le enerva, le desnaturaliza, le empequeñece. Para cuanto concibe y cuanto emprende fuera del miserable recinto de su hogar, son trabas que le amarran y cortan el vuelo á sus más levantados pensamientos, los hijos y la esposa, que no le quieren más que en cuanto le necesitan. El hombre, pues, para cumplir su verdadero destino, para dar á su cuerpo el regalo que necesita y á su alma la elevación que anhela, tiene que desprenderse de los mezquinos, pero opresores lazos de la familia; ser libre, libre como el pájaro y el viento; y pues, como dice el adagio, EL BUEY SUELTO BIEN SE LAME, suelto quiero morir como he vivido, ya que vuestras sabias advertencias, coincidiendo exactamente con mis doctrinas, me han demostrado que es imposible hallar dentro del matrimonio el voluptuoso edén con que alguna vez soñó mi acalorada

fantasía...

Oídas estas palabras, los tres jurados solterones se encogieron de hombros, cual si tuvieran por locura hasta haber puesto el caso en tela de juicio; dióles Gedeón unas palmaditas en la espalda, y se dispersaron los cuatro, tan satisfechos y campantes, como si realmente hubieran tratado la cuestión _en serio_, y el mundo no fuera otra cosa que un vasto ejido para revolcarse y hozar en él á sus anchas los cerdos de las consabidas piaras.

LA CASA DEL MAESTRANTE

The Project Gutenberg EBook of *El maestrante*, by Armando Palacio Valdés

A las diez de la noche eran, en toda ocasión, contadísimas las personas que transitaban por las calles de la noble ciudad de Lancia. En las entrañas mismas del invierno, como ahora, y soplando un viento del noroeste recio y empapado de lluvia, con dificultad se tropezaba alma viviente. No quiere esto decir que todos se hubiesen entregado al sueño. Lancia, como capital de provincia, aunque no de las más importantes, es población donde ya en 185... se había aprendido a trasnochar. Pero la gente se metía desde primera hora en algunas tertulias y sólo salía de ellas a las once para cenar y acostarse. A esta hora, pues, solían tropezarse algunos grupos resonantes que caminaban a toda prisa resguardados por los paraguas; las señoras rebujadas en sendos capuchones de lana, alzando las enaguas con la mano que les quedaba libre; los caballeros envueltos en sus pañosas o _montecristos_, los pantalones enérgicamente arremangados, rompiendo el silencio de la noche con el áspero traqueteo de las almadreñas. Porque en aquella época eran muy pocos todavía los que desdeñaban este calzado patriótico y confortable. Tal cual pollastre que por haber estado en Valladolid estudiando medicina se creía por encima de estas ruindades y alguna que otra damisela melindrosa que afectaba el no saber andar con ellas.

De coches no había que hablar, pues sólo existían tres en la población, el de Quiñones, el de la condesa de Onís y el de Estrada-Rosa. Este último era el único que no alcanzaba el medio siglo de antigüedad. Cuando cualquiera de las tres carrozas salía a la calle, rodeábala un enjambre de chiquillos y seguíanla buen trecho en testimonio de incondicional entusiasmo. Los vecinos en lo interior de sus moradas distinguían, por el estrépito de las ruedas y el chasquido de las herraduras, a cuál de los magnates mencionados pertenecía. Eran, en suma, tres instituciones venerandas que los hijos de la ciudad sabían amar y respetar. Contra la lluvia que cae sobre ella más de las tres cuartas partes del año no se conocían entonces otros preservativos naturales que el paraguas y las almadreñas. Poco después vinieron los

chanclos de goma y recientemente también se introdujeron los impermeables con capuchón, que trasforman en ciertos momentos a Lancia en vasta comunidad de frailes cartujos.

El viento soplaba más recio en la travesía de Santa Bárbara que en ningún otro paraje de la población. Esta vía, abierta entre el palacio del obispo y las tapias de un patinejo de la catedral, donde viene a caer la cadena del pararrayos, pasa a su terminación por debajo de un arco y forma lóbrego recodo en que el huracán se encalleja y clama y se lamenta en noches tan infernales como la presente.

Un hombre embozado hasta los ojos atravesó velozmente la plazoleta que hay delante de la morada de los obispos y entró en este recodo. La fuerza del huracán le detuvo, y la lluvia, penetrando entre el embozo de la capa y el sombrero, le privó de la vista. Resistió unos instantes a pie firme la violencia de la ráfaga, y en vez de soltar alguna interjección enérgica, que nunca fuera más al caso, dejó escapar un suspiro de angustia.

--¡Ay, Jesús mío, qué noche!

Se arrimó a la pared, y cuando el viento sosegó sus ímpetus siguió su camino. Pasó por debajo del arco que comunica el palacio con la catedral y entró en la parte más desahogada y esclarecida de la travesía. Un reverbero de aceite engastado en la esquina servía para iluminarla toda. El cuitado hacía inútiles esfuerzos, secundado por la gran mariposa de hoja de lata, para enviar alguna claridad a los confines de su jurisdicción. Pero, más allá de diez varas en radio, nada hacía sospechar su presencia. Sin embargo, a nuestro embozado debió parecerle una lámpara Edison de diez mil bujías, a juzgar por el cuidado con que se subió aún más el embozo y la prisa con que abandonó la acera para caminar ceñido a la tapia del patio en que las sombras se espesaban. Salió en esta guisa a la calle de Santa Lucía, echó una rápida mirada a un lado y a otro, y corrió de nuevo al sitio más oscuro. La calle de Santa Lucía, con ser de las más céntricas, es también de las más solitarias. Está cerrada a su terminación por la base de la torre de la basílica, esbelta y elegante como pocas en España, y sólo sirve de camino ordinariamente a los canónigos que van al coro y a las devotas que salen a misa de madrugada.

En esta calle, corta, recta, mal empedrada y de viejo caserío, se alzaba el palacio de Quiñones de León. Era una gran fábrica oscura de fachada churrigueresca, con balcones salientes de hierro. Tenía dos pisos, y sobre el balcón central del primero un enorme escudo labrado toscamente y defendido por dos jayanes en alto relieve tan toscos como sus cuarteles.

Una de las fachadas laterales caía sobre pequeño jardín húmedo, descuidado y triste y cerrado por una tapia de regular elevación; la

otra sobre una callejuela aún más húmeda y sucia abierta entre la casa y la pared negra y descascarillada de la iglesia de San Rafael. Para pasar del palacio a la iglesia, donde los Quiñones poseían tribuna reservada, existía un puente o corredor cerrado, más pequeño, pero semejante al que los obispos tienen sobre la travesía de Santa Bárbara. Por la viva claridad que dejaba pasar la rendija de un balcón entreabierto advertíase que los dueños de la casa no estaban aún entregados al descanso. Y si la claridad no lo acusara, acusábanlo más claramente los sones amortiguados de un piano que dentro se dejaban oír cuando los latidos furiosos del huracán lo consentían.

Nuestro embozado siguió, con paso rápido y ocultándose en la sombra cuanto podía, hasta la puerta del palacio. Allí se detuvo; volvió a echar una mirada recelosa a entrambos lados de la calle, y entró resueltamente en el portal. Era amplio, con pavimento de guijarro como la calle, las paredes lisas y enjalbegadas de mucho tiempo, tristemente iluminado por una lámpara de aceite colgada en el centro. El embozado lo atravesó velozmente, y sin tirar del cordón de la campana pegó el oído a la puerta, y así estuvo inmóvil algunos instantes en escucha. Cerciorado de que nadie bajaba, tornó a la puerta de la calle y enfiló otra mirada por ella. Al fin resolviose a abrir el embozo y sacó de debajo de la capa un bulto que depositó en el suelo con mano temblorosa, cerca de la puerta. Era un canastillo. Estaba cubierto con una manta de mujer, lo cual impedía observar lo que en él se guardaba, aunque bien se presumía. Desde Moisés, los canastillos misteriosos parecen destinados a guardar infantes. El rebozado, ya desarrebozado, tiró tres veces del cordón de la campana, y al instante, desde arriba, abrieron por medio de otra cuerda. Las tres campanadas indicaba que quien entraba en la aristocrática mansión de los Quiñones era un noble, un par de los señores. Tiempo hacía que se estableciera esta costumbre, sin saber cómo. Un menestral, un criado, un inferior, por cualquier concepto, no llamaba sino con una campanada; las visitas llamaban con dos; y la media docena o poco más de personas que el linajudo señor de Quiñones consideraba sus iguales en Lancia, lo hacían con tres, por acuerdo tácito o expreso, que eso nunca se averiguó. Murmurábase en la ciudad de tal diferencia: los que nunca habían pisado los salones de la casa, embromaban a los que a diario los visitaban: respondían éstos negando la especie; pero aunque secretamente humillados, respetaban la feudal costumbre: nadie era osado a dar las tres campanadas del segundo estamento. Sólo Paco Gómez se aventuró una vez a hacerlo por broma o fanfarronada; pero al llegar al salón se le recibió con sorpresa y frialdad tan despreciativas, que no le quedaron ganas de repetirlo.

El hombre del canastillo se apresuró a entrar y cerrar la puerta; atravesó el pórtico y subió por la gran escalera de piedra, en cuyos peldaños gastados por el uso se rezumaba constantemente alguna humedad. Al llegar al piso principal un criado se acercó a recogerle la capa y el sombrero. Y sin aguardar más, como si alguien le persiguiera, lanzose con presurosa planta a la puerta del salón y la abrió. La viva luz de

las arañas y candelabros le ofuscó un instante. Era un hombre alto, corpulento, de treinta a treinta y dos años de edad, la fisonomía dulce y las facciones correctas: gastaba el pelo cortado a punta de tijera y la barba luenga, rubia y sedosa. En aquel momento su rostro estaba pálido y revelaba profunda inquietud.

En cuanto alzó los ojos, que la excesiva claridad le obligara a cerrar, enderezó la mirada a la señora de la casa, sentada en una butaca. Clavó ella a su vez en él otra intensa y ansiosa. Fue un choque que dio instantáneo reposo a sus fisonomías, como dos fuerzas iguales que se neutralizan. El caballero se detuvo a la puerta esperando que cruzasen cinco o seis parejas que venían girando al compás de un vals, y sus labios descoloridos se plegaron con sonrisa tan dulce como triste.

--¡Qué tarde! No pensábamos que usted viniera ya--exclamó la señora alargándole su mano fina, nerviosa, que se contrajo tres o cuatro veces con intensa emoción al chocar con la de él.

Era una mujer de veintiocho a treinta años, menuda de cuerpo, el rostro pálido y expresivo, los ojos y el cabello muy negros, boca pequeña y nariz ligeramente aguileña.

--¿Cómo se encuentra usted, Amalia?--dijo el caballero, sin responder a la exclamación, ocultando bajo una sonrisa la ansiedad que a su pesar se le traslucía en lo tembloroso de la voz.

--Estoy mejor... Muchas gracias.

--¿No le hará a usted daño este ruido?

--No... Me aburría mucho en la cama... Además, no quería privar a las chicas del único recreo que hoy por hoy tienen en Lancia.

--Muchas gracias, Amalia--exclamó una jovencita que venía bailando y oyó las últimas palabras de la dama.

Ésta le dirigió una sonrisa bondadosa.

Otra pareja que venía detrás chocó con el caballero, que continuaba en pie.

--¡Usted siempre estorbando, Luis!

--A nadie más que a usted, María Josefa--respondió el joven, riendo con afectación para disimular el embarazo que aún sentía.

--¿Está usted seguro de que a mí sola?--preguntó ella alzando al mismo tiempo su mirada maliciosa hacia el caballero que la estrechaba en sus brazos.

María Josefa Hevia tenía ya por lo menos cuarenta años, y sus quince habían sido casi tan feos, pese al refrán, como sus cuarenta. Como no poseía tampoco bastante hacienda para restablecer el equilibrio, ningún valiente había llegado a redimirla del purgatorio de la soltería. Hasta hacía poco tiempo todavía halagaba la esperanza de que, ya que no un pollo, por lo menos se arrojase a pedir su mano alguno de los indianos solteros que iban llegando a establecerse en Lancia. Fundábala en la tendencia que éstos mostraban a contraer matrimonio con las hijas de las familias distinguidas de la población, aunque no llevasen dote. Pertenecía ella por la línea paterna a una de las más ilustres; como que era pariente del señor de Quiñones, en cuya casa nos hallamos. Pero su padre había muerto, y vivía con su madre, mujer de baja estofa, cocinera antes de subir al tálamo nupcial de su amo. Sea por esto o, lo que es más probable, por la bien declarada y proverbial fealdad de su figura, tampoco los indianos picaron la carnada del anzuelo. Y eso que, con motivo o sin él, solía descotarse más de la cuenta para hacer ostensible lo que, según voz pública, tenía de menos malo en su cuerpo. El rostro era repulsivo, de facciones incorrectas, hinchado por la erisipela y desfigurado amenudo por algunas llamaradas rojizas que le subían a las narices. De sus ilusiones femeninas no le quedaba ya más que una, la de bailar: era una verdadera pasión: padecía horriblemente cada vez que los descuidados pollos de Lancia la dejaban comiendo pavo. Pero se vengaba tan lindamente de ellos y ellas, poseía una lengua tan acerada, que la mayor parte de los jóvenes le sacrificaban por lo menos un baile en todos los saraos: cuando se descuidaban, las mismas muchachas se lo recordaban, temiendo las iras de la feroz solterona. Bailaba, pues, tanto como la más linda damisela de Lancia, por razón opuesta, esto es, por el saludable terror que había logrado inspirar. Ella lo sabía, y aunque humillada en el fondo del alma, no dejaba de aprovecharse, optando por el que consideraba menor de los males. Poseía espíritu sagaz y malicioso; veía muy bien el ridículo de las acciones, narraba con gracia y estaba dotada además de un don particular para herir a cada persona, cuando se le antojaba, en lo más vivo.

--¿Ha llegado ya el conde?--dijo una voz áspera que salía del gabinete contiguo y se sobrepuso al tecleo del piano y a las pisadas de los bailarines.

--Sí: aquí estoy, D. Pedro... Voy allá.

El conde dio un paso hacia el gabinete, sin apartar la vista de la pálida señora. Ésta le clavó otra mirada intensa donde se leía una interrogación. Él cerró los ojos afirmando, y pasó a la inmediata estancia. Lo mismo ésta que el salón estaban amueblados sin lujo. Los próceres de Lancia desdeñaban esos refinamientos del decorado, hoy tan usuales. No por avaricia, sino por entender con razón que su prestigio estribaba, más que en la riqueza o suntuosidad de las moradas, en el sello de respetable antigüedad que poseían, rechazaban en ellas

cualquiera innovación, lo mismo interna que externa. Los muebles envejecían, se deslustraban; las alfombras y cortinas se iban rayendo. Los dueños aparentaban no fijarse en ello. Sobre todo, D. Pedro Quiñones mostraba una negligencia en este punto que rayaba en jactancia. Ni los ruegos de su señora, ni las indirectas que algún osado, como Paco Gómez, solía autorizarse bromeando, le decidían jamás a llamar a los pintores y tapiceros. Se adivinaba bien que en esta resolución influía el desdén con que miraba el lujo desplegado por algunos indianos en el mobiliario de sus casas.

El salón, en lo que toca a las dimensiones, era soberbio, amplio, elevadísimo de techo; ocupaba todos los balcones de la calle de Santa Lucía, exceptuando el del gabinete. La sillería antigua, pero no imitando formas de siglos remotos, como ahora se usa: estaba construida en el pasado al gusto de la época, y forrada de terciopelo verde ya gastado. La alfombra descubría el tejido por varios sitios. De las paredes colgaban algunos tapices magníficos. Éste era el lujo de la casa. D. Pedro Quiñones poseía una colección de gran valor. Solía exhibirlos una vez al año, colgándolos de los balcones el día del Corpus para el paso de la procesión. Decíase que un inglés le había ofrecido por ellos un millón de pesetas. Poseía asimismo algunos cuadros antiguos de mérito, tan oscurecidos por el tiempo que, si una mano hábil no venía pronto a restaurarlos, concluirían por desaparecer. Lo único nuevo que en el salón había era el piano, comprado hacía tres años, poco después de casarse en segundas nupcias D. Pedro.

El gabinete, también de gran tamaño, con un balcón a la calle de Santa Lucía y dos al jardín, estaba peor decorado aún. Grandes cortinones de damasco, dos armarios de roble sin espejo, un sofá forrado de seda, algunos sillones de vaqueta, una mesa redonda en el centro y algunas sillas correspondientes al sofá; todo bien manoseado y marchito. En torno de la mesa central, y alumbrados por enorme quinqué de aceite con pantalla verde, estaban tres caballeros jugando al tresillo. El dueño de la casa era uno de ellos. Tendría de cuarenta y seis a cuarenta y ocho años de edad; hacía tres que estaba enteramente imposibilitado para moverse, de resultas de un ataque apoplético que le paralizó las dos piernas. Era corpulento, rostro moreno y facciones bien acentuadas, enérgicas; el cabello y la barba, blanqueando ya por muchos puntos, fuertes, abundantes, encrespados; los ojos negros y hundidos de mirar imponente. En su fisonomía había una expresión de orgullo y fiereza que ni aun la sonrisa amistosa con que acogió al conde de Onís pudo extinguir por completo. Estaba reclinado más que sentado en una butaca construida adrede para facilitarle el movimiento del tronco y los brazos, y arrimada a la mesa de lado a fin de que le fuese posible jugar y tener las piernas extendidas. Aunque en la chimenea ardían algunos troncos de leña, se abrigaba con una talma de color gris cerrada al cuello con broche de oro. Bordada sobre ella, del lado del corazón, había una gran cruz roja de la orden de Calatrava. El señor de Quiñones prescindía pocas veces de esta talma, que le daba aspecto un poco

fantástico y teatral.

Siempre había sido extravagante en el vestir. Su orgullo le impulsaba a buscar el modo de distinguirse del vulgo. En varias ocasiones se le vio de levita cerrada, sombrero de copa y almadreñas: gastaba larga melena, como un caballero del siglo diez y siete; vestía amenudo traje de terciopelo o pana con botas de montar; usaba botines cuando ya nadie se acordaba de ellos, y grandes cuellos de camisa vueltos sobre el chaleco, imitando la antigua valona. Nunca se vio hombre más preciado de su nobleza ni con más afán de resucitar el prestigio y los privilegios de que aquélla gozaba en siglos pasados. El público murmuraba de sus extravagancias y muchos se reían de ellas, porque Lancia es una población donde abundan los espíritus humorísticos; pero, como siempre acontece, este orgullo desmedido y feroz había concluido por imponerse. Los que con más gracia se burlaban de las rarezas de don Pedro eran los que con mayor sumisión y rendimiento le quitaban el sombrero así que le veían de media legua.

Había vivido en la corte algún tiempo durante sus años juveniles, pero no echó raíces en ella. Fue gentilhombre con ejercicio y disfrutó de las ventajas y preeminencias que su caudal y nacimiento le concedían; pero no bastaban a saciar aquel corazón henchido de arrogancia. La extraña amalgama de la aristocracia de la sangre con la del dinero le hería y le irritaba. El respeto que se concedía a los hombres políticos y que él mismo se veía obligado a tributar por razón de su cargo le encendía de ira. ¡Un hijo de la nada, un pelagatos pasar por delante de él con la cabeza erguida, dirigiéndole una mirada indiferente o desdeñosa! ¡A él, descendiente directo de los condes soberanos de Castilla! Por no sufrirlo y por el amor que profesaba a Lancia renunció al empleo y vino a habitar de nuevo el churrigueresco palacio en que nos hallamos. La soberbia, o por ventura su carácter excéntrico, le hicieron cometer, en este período de su vida de mayorazgo solterón, mil extravagancias y ridiculeces que asombraron y fueron el regocijo de la ciudad mientras no llegó a acostumbrarse. D. Pedro no salía jamás a la calle sin ir acompañado de un su criado o mayordomo, hombre zafio, que vestía el traje del labriego del país, esto es, calzón corto con medias de lana, chaqueta de bayeta verde y ancho sombrero calañés. Y no sólo salía con Manín (por este nombre era universalmente conocido), sino que le llevaba al teatro. Era de ver los dos en un palco principal; él, rígido, correcto, paseando su mirada distraída por la sala; el criado, con las palmas de las manos apoyadas en la barandilla y la barba sobre las manos con la atónita mirada clavada en el escenario, soltando bárbaras, ruidosas carcajadas, rascándose el cogote o bostezando a gritos enmedio del silencio. Entraba con él en los cafés y hasta le llevaba a los bailes. Manín llegó a ser en poco tiempo una institución. D. Pedro, que apenas se dignaba hablar con las personas más acaudaladas de Lancia, sostenía plática tirada con él y admitía que le contradijese en la forma ruda y grosera de que era capaz únicamente.

--Manín, hombre, repara que estás molestando a esas señoras--le decía a lo mejor hallándose ambos en cualquier tienda.

--Bueno, bueno; pues si quieren estar a gusto, que traigan de casa un jergón y se acuesten--respondía el bárbaro en voz alta.

D. Pedro se mordía los labios para no soltar el trapo, porque le hacían extremada gracia tales groserías y brutalidades.

Si entraba en un café, Manín se atracaba de cuarterones de vino tinto mientras él solía beber con parquedad una copita de moscatel. Pero siempre pedía una botella y la pagaba, aunque la dejase casi llena. Mostrando por esta prodigalidad cierta extrañeza un boticario de la población con quien alguna vez se dignaba hablar, le respondió con fría arrogancia:

--Pago una botella, porque me parece indecoroso que D. Pedro Quiñones de León pida una copa como cualquier c...tintas de las oficinas del gobierno político.

Causaba asombro también en la ciudad el que al saludar a los clérigos en la calle les besase la mano, imitando la costumbre de los nobles en otros siglos. Este respeto no era más que un medio de distinguirse y acreditar su alta jerarquía, como todo lo demás. Porque al capellán que tenía a su servicio, aunque le besaba la mano en público, le trataba como a un doméstico en privado. Le guardaba muchas menos consideraciones que a Manín. Pero lo que verdaderamente dejó estupefacta a la población y se prestó a sin número de comentarios y chufletas fue lo que D. Pedro hizo, poco después de llegar de Madrid, en cierta solemnidad religiosa. Se presentó en la iglesia con uniforme blanco cuajado de cordones y entorchados, que debía de ser el de maestrante de Ronda. Al llegar el momento de la consagración en la misa, avanzó con paso solemne hasta el medio del templo, que se hallaba libre de gente, desenvainó la espada y comenzó a esgrimirla sucesivamente contra los cuatro puntos cardinales, dando furiosas estocadas y mandobles al aire. Las mujeres se asustaron, los chiquillos corrieron, la mayor parte de los hombres pensó que era un acceso de locura. Sólo los más avisados o eruditos entendieron que se trataba de una ceremonia simbólica y que aquellos mandobles al aire significaban que don Pedro estaba resuelto, como caballero profeso que era de una orden militar, a batirse con todos los enemigos de la fe, en cualquier paraje del mundo. El único periodiquito que se publicaba entonces en Lancia todos los domingos (hoy existen once, seis diarios y cinco semanales) le dedicó una gacetilla en que, con no poca gracia, se burlaba de él. Sin embargo, tales burlas públicas o privadas, como ya se ha indicado, no conseguían amenguar el prestigio de que el ilustre prócer gozaba en la ciudad. Quien se considera de buena fe superior a los seres que le rodean, tiene mucho adelantado para que éstos se le humillen. Además, D. Pedro, apesar de sus ridiculeces, era hombre culto, aficionado a la literatura y con pujos de poeta. De vez en cuando, y con

ocasión de cualquier fausta nueva para la patria o familia real, escribía algunas décimas o tercetos en estilo clásico, un poco gongorino. Aunque algunas personas trataron de persuadirle a que los publicase, nunca esto se pudo acabar con él. Profesaba tan sincero desprecio a todo lo que reflejase el movimiento democrático de nuestra era y muy especialmente a los periódicos, que prefería tenerlos manuscritos, conocidos solamente de un número reducido de amigos. Pasaba igualmente por hombre valeroso. En Madrid había tenido algunos duelos y en Lancia dejó de efectuarse uno entre él y cierto jefe político que los progresistas mandaron a esta provincia, por la intercesión del obispo y cabildo catedral.

Al llegar a los cuarenta años, poco más o menos, casó con una señora aristócrata también, que habitaba en Sarrió. Murió su esposa al año, a consecuencia del parto. Tres años después contrajo de nuevo matrimonio con Amalia, dama valenciana algo emparentada con él. Apenas se conocían. D. Pedro la había visto en Valencia cuando ella contaba catorce años. El matrimonio que se realizó diez años después pactose por medio de cartas, previo el cambio de retratos. Se daba por seguro que la voluntad de la novia había sido forzada, y aun se decía que durante algunos meses se había negado a compartir el tálamo con su marido. Todavía más. Se contaba en Lancia con gran lujo de pormenores el viaje que por consejo de un canónigo hizo don Pedro con su esposa para inspirarla confianza y acortar, entre las peripecias del camino y la descomodidad de las posadas, la distancia moral y material que los separaba. Cumplidas las profecías del astuto capitular y realizados todos los fines del matrimonio, el cielo no quiso sin embargo bendecirlo. Poco tiempo después D. Pedro experimentó el terrible ataque apoplético que le paralizó de medio cuerpo abajo, y desde entonces no hubo términos hábiles para la bendición, aunque la Providencia estuviese animada de los mejores deseos.

--Nos hace falta un cuarto--dijo apretando con efusión la mano del conde.

--Sí, sí, a ver si cambia la suerte... Moro nos está llevando el dinero bravamente--dijo un viejecito de cara redonda, fresca, rasurada, el pelo blanco y los ojos claros y tiernos. Tenía marcado acento gallego. Se llamaba Saleta y era magistrado de la audiencia y tertulio asiduo de la casa de Quiñones.

--¡No tanto, Sr. Saleta, no tanto! Sólo gano doscientos tantos. Faltan trescientos para desquitarme de lo que he perdido ayer--manifestó el aludido, que era un joven de fisonomía abierta y simpática.

--¿Y por qué no han llamado ustedes a Manín?--preguntó el conde dirigiendo una mirada risueña al célebre mayordomo, que, con su calzón corto, zapatos claveteados y chaqueta de bayeta verde, dormitaba en una butaca.

Las miradas de los tres se volvieron hacia él.

--Porque Manín es un bruto que no sabe jugar más que a la _brisca_--dijo D. Pedro riendo.

--Y al _tute_--manifestó el gañán, desperezándose groseramente, abriendo una boca de a cuarta.

--Bueno, y al tute.

--Y al _monte_.

--Bien, hombre, y al monte también.

Y se pusieron a jugar sin hacer más caso de él.

Pero al cabo de un momento volvió a decir:

--Y al _parar_.

--¿Al parar también?--preguntó en tono de burla el conde de Onís.

--Sí, señor, y a las _siete y media_.

--¡Vaya! ¡vaya!--exclamó aquél distraídamente, abriendo el abanico de cartas y examinándolo atentamente.

Y siguieron jugando con empeño, absortos y silenciosos. El mayordomo les interrumpió de nuevo, diciendo:

--Y al _julepe_.

--¡Bueno, Manín, cállate!... No seas majadero--exclamó ásperamente D. Pedro.

--¡Manjadero! ¡manjadero!--masculló el aldeano con mal humor.--Otros hay tan manjaderos; pero como tienen dinero no hay quien se lo llame.

Y dejó caer de nuevo sus formidables espaldas en el sillón, estiró las patas y cerró los ojos para roncar.

Los jugadores levantaron la vista hacia don Pedro con sorpresa e inquietud. Este la clavó colérica en su mayordomo; pero, al verle en aquella tan sosegada postura, cambió repentinamente, y alzando los hombros y convirtiendo de nuevo los ojos a las cartas, exclamó con sonrisa, alegre:

--¡Qué bárbaro! ¡Es un verdadero suevo!

--¡Alto, Sr. Quiñones, alto!--dijo Saleta.--Los suevos han acampado solamente en Galicia. Ustedes no son más que cántabros... Precisamente yo debo saber bien eso...

--¡Claro! ¡Uzté ze lo zabe too!--manifestó un caballero no tan viejo, si bien pasaría de los cincuenta, que entraba a la sazón. D. Enrique Valero, magistrado de la Audiencia también, hombre de agradable porte, de rostro fino y expresivo, aunque extremadamente marchito por la vida alegre que había llevado. Como lo denunciaba su acento, de lo más cerrado y ceceoso que puede oírse, era andaluz y de la provincia de Málaga.

--No lo sé todo, amigo Valero--repuso con calma Saleta;--pero conozco perfectamente la historia de mi país y las particularidades referentes a mi familia.

--¿Y qué tiene que ver zu familia con ezo de lo zuevo, compañero?

--Porque mi familia desciende de uno de los caudillos más principales que penetraron en la provincia de Pontevedra cuando la irrupción, según consta de varios documentos que se conservan en el archivo de mi casa.

Los jugadores cambiaron una risueña mirada de inteligencia con Valero.

--¡Ajá!--exclamó éste entre alegre e irritado.--Ahora rezulta que el amigo Zaleta ez un zuevo como una catedral.--¡Quién lo había de penzá, tan rebajuelo y tan chiquitín!

--Sí, señor--prosiguió el otro, como si no hubiera oído, hablando con lentitud y firmeza.--El caudillo que dio origen a nuestra familia se llamaba Rechila. Era hombre al parecer feroz y sanguinario. Gran conquistador; extendió sus dominios muchísimo, y hasta me parece que llegó en sus correrías hasta Extremadura. Un día, siendo yo niño, se encontró su corona enterrada entre los cimientos de la antigua capilla de nuestra casa...

--¡Pero, hombre! ¡pero, hombre!--exclamó Valero mirándole fijamente con una cómica indignación que hizo soltar la carcajada a los demás.

Saleta prosiguió imperturbable describiendo el hallazgo, la forma, el peso, cada uno de los adornos; no se le olvidó un pormenor.

Y Valero mientras tanto no apartaba de él la mirada, sacudiendo la cabeza con creciente irritación.

Todas las noches pasaba lo mismo. El descarado mentir de su colega provocaba en el magistrado andaluz una indignación a veces fingida, otras real, que siempre alegraba a la compañía. Era tan insólito que un

gallego se atreviese a bravear de exagerado y embustero delante de un andaluz, que éste, herido en su amor propio y en los fueros de su país, llegaba en ocasiones a enfadarse, dudando si Saleta era un tonto o por tales tenía a los que le escuchaban. En realidad el magistrado de Pontevedra mentía con tan poca gracia y al mismo tiempo con tal firmeza, que era cosa de pensar si sería un pícaro redomado que se gozaba en impacientar a sus amigos.

--¿Ha dicho uzté que eze antepazao zuyo ha llegao a Eztremadura?--preguntó al fin Valero en tono decidido.

--Sí, señor.

--Pue me parece, compare, que eztá uzté equivocao, porque eze zeñó Renchila...

--Rechila.

--Bueno, eze Rechila ha ido máz allá, ha corrío hazta la provincia de Málaga; pero allí le zalío al encuentro una partía de vándalos de la cual era jefe uno de miz azcendiente, que ze llamaba zi mal no recuerdo... ezpere un poco... ze llamaba Matalaoza. Pue bien, ezte Matalaoza, que era un tío mu bragao y mu soso, le derrotó completamente, le hizo prizionero y le tuvo tirando de una noria hazta que ze murió. Todavía ze conzervan en lo zótano de caza alguno peazo de la maquinita.

D. Pedro, Jaime Moro y el conde de Onís habían suspendido el juego y reían sin rebozo alguno.

--No puede ser. Rechila no ha pasado de Mérida, que ha conquistado después de un corto asedio--manifestó Saleta sin turbarse poco ni mucho.

--Dispenze uzté, amigo; en el archivo de mi caza hay documentoz que acreditan que el zeñó Renchila ha entrao una mijita por la provincia e Málaga, y que el zeñó Matalaoza, mi abuelo, por la línea de madre, ni pa Dioz quizo deharle seguí ma adelante.

--Permítame usted, amigo Valero; me parece que está usted en un error. Ese Rechila debe de ser otro. Entre los suevos ha habido varios Rechilas...

--No zeñó, no... El Rechila que ha derrotao mi abuelo era el antepazao de uzté... Eztoy zeguro... De la provincia de Pontevedra... Ze le conocía enzeguidita por el acento.

Y afectaba gran seriedad al proferir estas frases. La alegría de los jugadores era cada vez mayor. Saleta, acostumbrado a las burlas de su colega, no se amoscaba ni perdía un punto de su irritante flema. La desvergüenza de este hombre para mentir y sostener luego sus mentiras

era inaudita.

Cuando vio la inutilidad de seguir disputando, atendió nuevamente al juego. Los demás hicieron lo mismo, aunque de vez en cuando se les escapaba por la nariz el flujo de la risa.

Jaime Moro seguía ganando. Y se mostraba alegre y charlatán, comentando cada una de las jugadas con prolijidad. Era un guapo joven de barba negra recortada, facciones correctas, ojos rasgados sin expresión y tez suave y sonrosada. Su padre, administrador diocesano que había sido en aquella provincia, se murió el año anterior, dejándole una regular hacienda, setenta u ochenta mil duros, según los bien enterados. Este capital en Lancia le hacía un verdadero potentado. No hay para qué decir que fue el blanco de todos los tiros de las niñas casaderas, su ideal, su sueño dorado. Moro parecía poco inclinado al sexo femenino. Amaba infinitamente más a Mercurio que a Venus. Su afición al juego, a toda clase de juegos, era tan desmedida que bien podía decirse que su vida entera estaba consagrada a ella, que había nacido para jugar. Vivía solo, con ama de llaves, criado y cocinera. Levantábase de diez a once de la mañana, y después de acicalarse se iba a la confitería de D.ª Romana, donde hallaba sabrosa compañía que le enteraba de todos los cuentos que corrían por la población. Así que echaba a un lado esta tarea metíase en la trastienda oscura, grasienta, pringosa, con un olor a hojaldre que derribaba, y sentándose a una mesa que correspondía en un todo al decorado del recinto, se ponía a jugar la copa de Jerez y los pasteles al dominó con su íntimo amigo D. Baltasar Reinoso, uno de los muchos propietarios de cuatro o cinco mil pesetas de renta que residían en Lancia. A las dos a comer. A las tres al Círculo Mercantil a comenzar con tres de los indianos, que formaban el núcleo de aquella sociedad de recreo, el clásico chapó, que se prolongaba ordinariamente hasta las cinco. Y vamos corriendo a casa del muy ilustre señor deán de la catedral basílica, donde nos espera este señor en compañía del maestrescuela y del cura de San Rafael para ventilar el tresillo cotidiano. Cuando el chapó se prolongaba algo más de lo acostumbrado, solía venir un monaguillo al Círculo para avisarle de que sus compañeros estaban reunidos. Y entonces Moro se apresuraba a dar los tres o cuatro tacazos definitivos, y entre uno y otro se hacía poner el abrigo por el mozo para no perder tiempo, y pagando o cobrando con mano nerviosa el saldo de su cuenta, corría desalado con la lengua fuera hasta casa del deán. El tresillo de éste duraba hasta las ocho. A casa a cenar. A las nueve, escapado a la de D. Pedro Quiñones, a empalmarlo. Otras noches a la de D. Juan Estrada-Rosa a lo mismo. A las doce al Casino, donde se reunían unos cuantos trasnochadores y jugaban al monte o la lotería un rato. Por último, a las dos o las tres de la madrugada Jaime Moro caía en su lecho rendido de tan laboriosísima jornada, para comenzar al día siguiente otra enteramente igual.

Ni se piense que era un joven codicioso. Nada de eso. Su liberalidad era conocida y loada por toda la ciudad. No le arrastraba a jugar el ansia

del dinero, sino una decidida y desinteresada vocación que se había sobrepuesto en él a todas las demás aficiones. Era el suyo un temperamento excesivamente activo, sin inteligencia ni voluntad para darle un fin serio y útil. En sus cortos momentos de ocio aparecía como hombre sosegado, indiferente, linfático; pero así que tenía las cartas en la mano, o el taco, o las fichas del dominó, adquiría su figura brío inusitado, el rostro se le mudaba, las manos se estremecían como potros refrenados, los ojos expresaban la energía recóndita de su alma. Inspiraba generales simpatías en la población y las cercanías. No había hombre más dulce, más inofensivo en su trato. Jamás se le oyó hablar mal de nadie. Los que ven siempre la parte negra de las cosas de este mundo y el lado flaco de los caracteres, que van siendo cada vez más, por desgracia, sostenían que si no murmuraba era porque no sabía, que era tan bueno porque no podía ser otra cosa. ¡Como si no hubiera necios perversos! Un defecto tenía Moro, hijo de su misma afición. Se consideraba insuperable en todos los juegos a que se dedicaba. No se le podía negar gran maestría en ellos; pero de aquí a no tener rival hay mucha distancia, y Moro la salvaba. De esto procedían los prolijos, eternos comentarios con que sazonaba cada jugada, y que ya habían llegado a ser proverbiales en Lancia. Daba un tacazo en el billar. Las bolas no rodaban como se había propuesto. Se llevaba la mano a la cabeza con desesperación.

--¡Un poquito menos de bola, y la mía hubiera entrado por los palos!... Pero me veía obligado a tomar mucha bola, para que el mingo bajase; porque si no baja el mingo, ¿sabe usted? él me hace villa y se mete en casa... ¡Y a mí no me conviene eso!

Si los circunstantes asentían, aunque perdiese todas las mesas no le importaba nada. Salvada su honra profesional, el dinero era lo de menos. Vuelta a dar otro tacazo, y vuelta a comentarlo. No cesaba de hablar. Pues otro tanto pasaba en el tresillo; pero, al revés de lo que suele acaecer en este juego, se abstenía de reprender a sus compañeros y de mostrarse enojado. Hablaba, sí, y mucho; pero siempre para aclarar o glosar cualquier jugada, repitiendo infinitamente los conceptos en tono elocuente y persuasivo, que hacía sonreír a los mirones. «Si no me hubiera fallado el rey... Si hubiera tenido un triunfito más... No me atreví a dar la bola porque me figuré que D. Pedro... ¿Por qué este tres de copas no había de ser de oros?... Con dos estuches siempre ha tirado una vuelta este cura.» Era un compañero ruidoso, pero muy fino y muy desinteresado.

--Oiga uzté, ¿no va uzté a jugar?--le dijo Valero, metiendo la cabeza por entre los jugadores y examinándole las cartas.

--¿Cree usted que se puede?--preguntó Moro vacilante.

--A mí me parece que zí.

--Hay poco de esto y demasiado de esto otro--repuso, señalando discretamente con el dedo los naipes.

--Zin embargo, zin embargo... yo creo...

--Bueno, bueno, jugaremos--replicó Moro con su finura acostumbrada.

Aquel juego se perdió. Moro dirigió una mirada a sus compañeros y alzó los hombros con resignación. En cuanto Valero se apartó un poco, apresurose a decir por lo bajo:

--No quise contrariar a D. Enrique; pero aquel juego no se podía ganar.

Vindicada con estas palabras su fama, quedó tan alegre como si les hubiera dado una bola.

El conde de Onís, que en un principio se había mostrado jaranero, fue quedando poco a poco pensativo y amurriado. Jugaba sin atención alguna; de tal modo que sus compañeros le llamaron al orden más de una vez.

--Pero, conde, ¿qué es lo que tiene usted hoy? Le veo muy preocupado--dijo al fin D. Pedro.

--En efecto, ze noz ha puezto uzté mu triztón--corroboró Valero.

Viéndose interpelado de este modo brusco, se turbó como si temiera que el casco de su cerebro fuese trasparente y leyesen dentro.

--No tiene nada de particular... Me siento bastante molesto de las muelas--respondió, apelando a un inocentísimo recurso.

--Mala enfermedá e, compañero--dijo Valero.

Y todos le compadecieron y se informaron con interés de las particularidades de la dolencia.

El conde se veía apurado y contestaba vagamente a las preguntas.

--Pues contra ese mal, señor conde--apuntó Saleta,--no hay mejor medicina que el hierro. Verá usted... Yo he padecido muchísimo de las muelas siendo estudiante. No me atrevía a sacar ninguna; pero la patrona que tenía en Santiago me convenció de que, atando un bramante a la muela y sujetándolo por el otro cabo al techo, poco a poco iba saliendo sin dolor. Me senté en una silla, ¿sabe usted? y cuando ya la muela estaba bien amarrada, la huéspeda tira de la silla y me deja colgando. ¡Claro, no tenía más remedio que saltar!...

Valero comenzó a sacudir la cabeza de un modo desesperado. Los demás le miran y sonríen. Saleta no lo advierte, o finge no advertirlo, y

continúa con la palabra firme y sosegada y el acento gallego que le caracterizaban:

--Después perdí enteramente el miedo. En la Coruña me sacó un dentista cinco seguidas. Siendo juez en Allariz, tuve un fuerte dolor, y como no había dentista, el promotor me sacó tres con unas tenacillas de rizar el pelo su señora. De resultas de eso me atacó una inflamación terrible en la boca, ¿sabe usted? Fui a Madrid, y Ludovisi, el dentista de la reina, me quemó las encías con un hierro candente y me sacó siete buenas...

--Van quince--murmuró Valero.

--Y me quedé perfectamente, hasta que hace cuatro años, en un pueblecillo de la provincia de Burgos, estando de temporada en casa de un amigo, me volvió el dolor, ¡qué dolor! No había ni médico, ni cirujano, ni nada. Pero llegó casualmente por allí un charlatán que sacaba las muelas montado a caballo. Me vi tan apurado, que no tuve más remedio que apelar a él; me sacó dos con el rabo de una cuchara.

--¡Compañero, qué rozario!--exclamó Valero en el colmo de la indignación.--¿Le quea a uzté todavía algún novenario en la boca?

Con la algazara que se armó despertose Manín, desperezose bárbaramente, abrió una bocaza de media vara, dejando escapar un aullido formidable, que impresionó al auditorio. Luego volvió el ciclópeo torso de medio lado y se dispuso a empalmar el sueño.

--¿A tí no te habrán dolido nunca las muelas, eh, Manín?--preguntó el maestrante, que no podía estar un cuarto de hora sin comunicarse con su mayordomo.

--¡Quiá!--exclamó el gañán sin abrir los ojos siquiera.

--¡Es una roca!--manifestó el caballero con verdadero entusiasmo.

Pero Manín se incorporó un poco en la butaca y dijo restregándose los ojos con los puños:

--Nunca tuve más que un dolor en la paletilla. Me dio cargando un carro de hierba y me duró más de un mes. No probaba bocado. Parecía que tenía allá dentro una gafura que me iba royendo el cuajo. Se me quebraban las costillas, se me hundían los costados, me tiraba a las paredes, daba corcovos y regañaba los dientes como un basilisco. Estaba tan amarillo como la paja segada. Un día me dijo el señor cura:--Manín, tú careces del pecho.--¡Yo carecer del pecho, señor cura! ¡No me conoce usted bien! Apalpe aquí por su vida; más recia tengo la entraña de lo que usted piensa.--Pues no hay más remedió, Manín, tienes que llamar al mélico.--Que no, señor cura, que no quiero yerbatos ni cataplasmas.--Que sí, Manín, si no lo llamas tú lo llamo yo.--En fin, después de mucho

gravitar, aunque yo tiraba siempre pa atrás, allá vino don Rafael, el mélico de las minas. Me mandó quitar hasta la camisa y me tumbó de espaldas sobre la masera. Enseguida comienza a darme unos golpecicos en el pecho con los nudillos, como quien llama a la puerta. Pega aquí, pega allá, y ascucha que ascucharás con la oreja arrimada a la carne. ¡Na! Yo decía:--¡Gravita, gravita, probiquín! ¡Busca el puzcalabre! Más de media hora llamando con los nudillos y ascuchando. Hasta que al fin se cansó de no oír na que le emportase...--¡Ay, amigo del alma!--me dijo santiguándose,--tienes un pecho ¡líquido! ¡líquido! que en mi vida he visto otro igual...--Eso ya lo sabía yo, D. Rafael...

Al llegar aquí se detuvo repentinamente, y paseando una torva mirada por el auditorio, masculló sin que le oyesen:

--¿De qué se reirán estos burros?

Y dejando caer de nuevo la cabeza poblada de greñas sobre la butaca, cerró los ojos con soberano desprecio.

Los tertulios del maestrante volvieron su atención al juego, sin dejar de reír. Pero el conde quedó muy pronto pensativo y distraído otra vez. Al cabo, no pudiendo reprimir el desasosiego de sus nervios, levantose de la silla.

--Vamos, D. Enrique, ocupe usted mi puesto. Este dolor me molesta mucho y necesito moverme.

DOÑA CLARINES

COMEDIA EN DOS ACTOS
The Project Gutenberg eBook, *Doña Clarines y Mañana de Sol,* by Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Estrenada en el TEATRO LARA el 5 de Noviembre de 1909.

A FRANCISCO BRAVO RUIZ

GRANDE AMIGO DE PERSONAJES EXTRAORDINARIOS,
A QUIEN DEBEMOS EL SABROSO
TRATO DE DOÑA CLARINES Y CON ÉL LA
FELIZ INSPIRACIÓN DE ESTA COMEDIA.[1]

LOS MÁS VULGARES DE SUS AMIGOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

PERSONAJES

DOÑA CLARINES
MARCELA
TATA
DARÍA
MIGUEL
DON BASILIO
LUJÁN
ESCOPETA
CRISPÍN

ACTO PRIMERO

Estancia preferida de doña Clarines en el piso principal de su casa de Guadalema,[2] ciudad castellana. A la derecha del actor, en primer término, la puerta de las habitaciones de la señora. Inmediata a esa puerta, de frente al público, vetusta galería de cristales, con zócalo de madera tallada que da al jardín, y la cual, avanzando hasta el medio de la escena, cierra en ángulo recto con la pared del foro.--Una puerta a la izquierda del actor y al foro otra. Lo mismo éstas dos que la de las habitaciones de doña Clarines son de cristales y tienen mediopuntos.--En el suelo, que es de losas encarnadas, y en primer término de la izquierda, una mirilla de madera para ver desde arriba la gente que llega al portal, y cerca de ella, también en el suelo, una argolla atada al extremo del cordel que sirve para abrir el portón sin tener que bajar escaleras.--Muebles antiguos, pero ricos y bien cuidados. Algunos retratos al óleo, de familia, decoran las paredes. Es de noche. Una lámpara que fué primero de petróleo, luego de gas y ahora es de luz eléctrica, alumbra la estancia. La luz de la luna platea las copas de los árboles del jardín, que asoman tras los cristales de la galería.

La escena está sola. Dentro, lejos, en el piso bajo, óyese ladrar a Leal, el perro de doña Clarines, anunciando que alguien llega a la puerta. Por la del foro aparece TATA, _vieja desdentada y ruinosa, pero activa y despierta, pies y manos de doña Clarines y su admiradora

incondicional._

TATA. ¡Calla, Leal, calla! Con este perro no hemos menester campanilla. ¡Calla ya, escandaloso! _Calla el perro. Tata se asoma a la mirilla._ ¿Quién es? ¡Ah! Don Basilio con el amigote que esperábamos. Haga el Señor que no tengamos toros y cañas con el tal amigote. _Tira del cordel para abrir._

Sale ESCOPETA _por la puerta de la derecha. Escopeta es un mozo andaluz, criado reciente de la casa. En la mano trae una botella de la botica, llena de agua al parecer._

ESCOPETA. Pos, señó, güeno está.[3] Oiga usté, Tata.

TATA. ¿Qué hay con Tata?[4]

ESCOPETA. Las señoras de Guadalema, ¿son todas como doña Clarines?

TATA. ¡Qué disparate! Lo que quisieran las señoras de Guadalema era[5] saberla descalzar. ¡Aaaaah! ¡Doña Clarines! Doña Clarines no hay más que una...

ESCOPETA. Más vale. Porque si no, era cosa de pitá otra vez pa mi tierra y dejá a Guadalema y a toa Castiya na más que pa vení cuando hubiera festejos.

TATA. ¿Pues?

ESCOPETA. ¿Er criao que estuvo en la casa antes que yo, duró mucho ar servisio de la señora?

TATA. Seis días escasamente. Era muy casquivano y muy gandul.

ESCOPETA. ¿Y er de antes?

TATA. El de antes no duró sino tres. Aquel era muy poquita cosa. Se asustaba de todo.

ESCOPETA. ¡Es que se asusta er Sí Campeadó! ¿Usté sabe los mandaos que esta señora quié que uno le yeve a to er mundo?

TATA. ¿No he de saberlo?[6] ¡Aaaaah! Y que o se dicen las razones como ella las da, ce por be, o por la puerta se va a la calle. ¡Es mucha señora!

ESCOPETA. ¿Pos sabe usté lo que se me ocurre? Que en lugá de un criao debía tené un piquete de infantería.

TATA. Poco murmurar, ¿eh?

ESCOPETA. No es murmurá, señora; es que ahora me ha mandao que me yegue a la botica con esta boteyita que traje pa la señorita Marsela, y que le diga ar boticario: «De parte de doña Clarines, que no es esto lo que eya ha pedío; que agua der poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usté a robá a Despeñaperros.»

TATA. _Riéndose._ ¡Aaaaah! Oyéndola estoy.

ESCOPETA. ¡Y yo estoy oyendo ar boticario!

TATA. Pues así lo ha de decir usted si no quiere perder la casa.

ESCOPETA. ¿No le daría iguá por escrito?

TATA. Ande, ande a su obligación y déjese de más discursos.

ESCOPETA. ¿Qué se le va a hasé?[7] Vamos a que me tire un mortero er tío ese. Peó fuera no verlo. _Se marcha por la puerta del foro hacia la izquierda, canturreando y contoneándose._

TATA. ¡Ay! Muy zaragatero eres tú para hacer los huesos duros en esta casa.

Por la misma puerta que se ha ido Escopeta, salen DON BASILIO _y_ LUJÁN. _Don Basilio, hermano de doña Clarines, es un señor de ojos vivos y cabeza inquieta, señal de poco peso. Viste con desaliño. Luján, antiguo amigo suyo, es hombre de pesquis, un tanto socarrón y de espíritu reposado y tranquilo. Viene en traza de haber caminado a caballo unas leguas. La edad de uno y otro anda alrededor del medio siglo._

DON BASILIO. Pasa, Isidoro.

LUJÁN. Buenas noches.

TATA. Buenas las tenga usted, señor mío.

DON BASILIO. ¿Y mi hermana, Tata?

TATA. También son ganas de preguntar[8] lo que sabe usted de memoria: en sus habitaciones.

DON BASILIO. _A Luján._ ¿Quieres verla?

LUJÁN. Si no ha de servirle de molestia, con mucho gusto. _Mirando un cuadro._ ¿Este retrato es de tu padre?

DON BASILIO. Sí; ése es papá. Papá recién casado. Como yo lo conocí

mucho después, no puedo apreciar si se parece. ¡Je! _A Tata, mientras Luján ve los otros cuadros y observa el jardín._ Bueno, tú, llégate y dile a doña Clarines que aquí está ya mi amigo el señor Luján, que desea saludarla.

TATA. _Bajo a don Basilio._ ¡Va a soltar una descarga de fusilería!

DON BASILIO. _Lo mismo, a Tata._ ¡Ya lo sé! Pero si no es ahora será luego más tarde!

TATA. Ah, bien, bien. Por mí no ha de quedar.--Con permiso, buen caballero. _Vase por la puerta de la derecha._

LUJÁN. ¿Quién es esta vieja escamona?

DON BASILIO. ¡Tata! La tradición, como quien dice.[9] Nos ha visto nacer a todos. Ya la infeliz no es más que una de tantas ruinas en este viejo caserón de los Olivenzas. ¡Pobre caserón! Por mucho que lo cuido, y lo revoco, y lo aderezo, se viene abajo, como la familia.

LUJÁN. ¡Pues tú no te conservas mal!

DON BASILIO. ¿Y me lo dices tú, que estás hecho un pollo?

LUJÁN. Sí lo estoy, sí. Para la edad que tengo... Pero eso no quita... Desde que resolví que nada me importase nada, en vista de que lo contrario me afectaba al hígado, marcho como unas perlas.

DON BASILIO. Es verdad. Quince años hacía que no te echaba la vista encima y, lo que es en lo exterior, apenas si han dejado huellas.

LUJÁN. Me las arranca mi mujer.

DON BASILIO. ¡Ah, carape! Secretos del hogar.

LUJÁN. Sí. Tú, en cambio, te las tiñes. Ya lo he visto.

DON BASILIO. Secretos del tocador.

LUJÁN. ¡Secreto a voces!

DON BASILIO. Chico, hay que defenderse. No me resigno a la vejez de la cabeza, cuando tengo el corazón entrando en quintas. Pero siéntate, galopín.

LUJÁN. _Obedeciéndolo._ Cansadillo estoy. Mi caballejo tiene un trotecillo que desbarata. En mal hora se le ocurrió a don Rodrigo ponerse neurasténico, y a su familia llamarme a mí a consulta. Me he vuelto poltrón. No me gusta salir de mi casa.

DON BASILIO. ¿Y querías irte a parar a un fonducho? ¡Ca, hombre, ca! Los días que estés en Guadalema, en mi casa vives.

LUJÁN. Dios te lo pague. La comida de las fondas me aterra. Las camas me espantan. Sobre todo en cuanto empieza Mayo. En fin, que te agradezco[10] muy de veras tu hospitalidad.

DON BASILIO. No se hable más de ello. ¿Qué tal te va en ese poblacho?

LUJÁN. Tan bien como en otra parte cualquiera. Todo está en todo.[11] Estoy decidido a vivir a gusto.

DON BASILIO. ¿Te quedan gajes, además de la titular?[12]

LUJÁN. No faltan. El pueblo es rico, la gente no es de la peor... me quieren...

DON BASILIO. ¿Hay muchos enfermos?

LUJÁN. Muchos: pero los voy matando a casi todos.

DON BASILIO. ¿Entonces cómo te quieren tanto?

LUJÁN. Porque elijo bien. ¿A quién no le sobra un pariente?

DON BASILIO. ¡Ja, ja, ja! Veo que también conservas aquellas tus salidas chuscas de mozo. _Reparando en Tata, que se acerca._ Ahora verás.

LUJÁN. ¿Cómo?

DON BASILIO. Que ahora verás.

Sale TATA.

TATA. Aquí estoy ya de vuelta. _Encarándose con Luján._ Bueno, señor: es costumbre de la señora que sus servidores demos los recados a todas las personas de la misma forma que ella los da.

LUJÁN. Bien. Me parece muy bien.

DON BASILIO. ¿Tú le has dicho?...

TATA. Yo le he dicho que había llegado y que tenía gusto en saludarla su amigo de usted el forastero.

DON BASILIO. ¿Y qué te ha contestado ella?

TATA. Que dime con quien andas, te diré quién eres.[13] Que está en el

oratorio, y que no sale porque no quiere ver visiones. Y que mañana con la luz del sol tendrá usted mejor vista. Con permiso. _Se va por la puerta del foro hacia la derecha._

Luján la mira fijamente, un poco estupefacto, sin dar crédito a lo que oye. Don Basilio traga alguna saliva. Pausa.

LUJÁN. ¿Qué es esto, Basilio?

DON BASILIO. Isidoro, abrázame.

LUJÁN. Basilio, ¿qué es esto?

DON BASILIO. Abrázame, Isidoro.

LUJÁN. ¿Por qué no?

DON BASILIO. Eres el rigor de las desdichas.

LUJÁN. En los cuarenta y nueve años que tengo, no me ha ocurrido cosa igual. ¿Quieres explicarme?...

DON BASILIO. ¡Ay, querido Isidoro! No sólo has venido a Guadalema a que te fría la sangre la familia de don Rodrigo, sino a cumplir al lado mío, en el caserón de los Olivenzas, un alto deber profesional.

LUJÁN. ¡Carape! como dices tú.

DON BASILIO. Mi hermana Clarines... _Barrenándose con un dedo la sien._ Mi hermana Clarines ha perdido el juicio.

LUJÁN. ¿Qué me cuentas?

DON BASILIO. Lo que oyes, Isidoro; lo que oyes. Sufrió, en una edad crítica de su vida, una conmoción moral extraordinaria, espantosa...

LUJÁN. Algo recuerdo que me escribiste...

DON BASILIO. Pues de aquella fecha arranca el mal. La sonrisa se fué de sus labios, se le pusieron blancos los cabellos, su carácter se desquició, se envenenó su espíritu, dió en mil manías y aberraciones, y un día tras otro, para no cansarte, ha llegado a tal punto, que creo un deber de conciencia, ya que estás aquí, consultar el caso contigo.

LUJÁN. ¡Diablo, diablo!

DON BASILIO. ¿Comprendes ahora que me tiña las canas?

LUJÁN. Hombre, no: comprendo que te salgan. Que te las tiñas no lo

comprendo, francamente.

DON BASILIO. Bien, bien: no divaguemos. Esta desgracia que yo te anuncio con el temor de que tu ciencia pueda llevarme a la certidumbre, es una verdad axiomática en toda Guadalema: «Doña Clarines está loca; doña Clarines está como un cencerro; que la aten; que la encierren...» Éste es el rumor público: esto es lo que oyes dondequiera que de ella se habla.

LUJÁN. ¿Qué vida lleva ella?

DON BASILIO. La más extraña que puedes imaginarte. O en sus habitaciones misteriosamente encerrada--¡ni a mí me deja entrar!--y haciendo no sabemos qué, o sentada en este butacón, devorando las horas en silencio. Si habla, es para reñir y desatinar; si alguien viene a verla, seguro está que ella no lo insulte y lo haga salir[14] a espetaperros por las escaleras. A excepción de Tata, la vieja, que desde niña la conoce y la quiere, no hay criado alguno que pueda resistirla ocho días seguidos. Ninguno para en esta casa. ¡Y cuidado que se les paga con largueza! ¡Pues ninguno para! Todos se van jurando y perjurando que es loca.

LUJÁN. ¿Y quién le administra sus bienes? ¿Quién lleva el cargo de su hacienda?

DON BASILIO. ¡Ella misma! Y éste es mi gran temor, Lujanito. Yo creo que nos está arruinando. Y digo _nos_, porque, claro es, yo... desde que... por los azares de mi vida, me quedé sin blanca de lo mío, vivo naturalmente al lado de ella. Figúrate si su ruina me interesará como cosa propia.

LUJÁN. Ya, ya me lo figuro. ¿Es pródiga tu hermana?

DON BASILIO. A quien le pide, jamás le da un céntimo: me consta de un modo indudable. Pero temporadas hay en que su mano no se cansa de dar dinero; que no parece sino que tiene el prurito de quedarse con el día y la noche.[15]

LUJÁN. Pues eso ya es más serio.

DON BASILIO. ¿Crees que no lo sé? ¡Si yo no hago un sueño de dos horas![16] Porque es que nos va el bienestar, la tranquilidad de la vida, en estos años en que se empieza a bajar la cuesta... Te digo que hay para no dormir.[17]

LUJÁN. Ciertamente.

DON BASILIO. Y aún queda el rabo por desollar, amigo Isidoro.

LUJÁN. ¿Sí? ¿Cuál es el rabo?

DON BASILIO. Mi hermano Juan, viudo con una hija de diez y ocho años, ha muerto en Madrid hace tres meses.

LUJÁN. ¿Que ha muerto Juan?[18]

DON BASILIO. Hace tres meses murió el pobre. ¿Extrañarás no verme de luto?

LUJÁN. Sí.

DON BASILIO. ¡Cosas de Clarines! ¡Dice que el luto es una vanidad del dolor y que no se pone luto por nadie!

LUJÁN. ¿Y tú piensas lo mismo que ella?

DON BASILIO. ¿Yo qué he de pensar?[19]

LUJÁN. ¿Entonces cómo no vas de negro?

DON BASILIO. ¡Por no hacer más patente su chifladura!... ¡Y porque no me da una peseta para el traje!...

LUJÁN. Ya.

DON BASILIO. Pero concluyamos con mi cuento. Mi hermano Juan--Dios lo tenga en su gloria,[20]--ha hecho al morir el disparate--asómbrate, Isidoro--de confiarle su hija y sus bienes a esta desventurada doña Clarines. ¿Qué tal? ¿Debo yo permanecer ocioso? ¿Eh? Mi responsabilidad moral ante los hechos, es enorme. El pobre Juan seguramente desconocía el estado de perturbación de nuestra hermana. ¿No es deber mío ponerme al lado de esa niña?

LUJÁN. Claro.

DON BASILIO. ¿Verdad que sí? Por eso, ya que la providencia te envía, me atrevo a suplicarte que observes detenidamente, concienzudamente, científicamente a la infeliz Clarines, y si por desgracia tú confirmas mis secretos temores... algo habrá que hacer, ¿no te parece? ¡algo habrá que hacer!... Yo hablaría con mi sobrinita, que es muy razonable... y... ¡qué carape! de acuerdo contigo le buscaríamos al caso la mejor solución. Así como así, mi vida es un tanto aburridilla, y el administrar los cuatro cuartos de la muchacha me serviría de entretenimiento. ¿Qué me dices tú?

LUJÁN. _Con gran sorna._ Yo, querido Basilio, hace ya tiempo que procuro no darles a las cosas sino sólo el valor que tienen. Determinar qué valor tienen es lo primero. Hay que vivir en la realidad de la vida.

DON BASILIO. Quiere eso significar...

LUJÁN. Quiere esto significar que acepto la delicada comisión que me encomiendas, y que empiezo a atar cabos desde este momento.

DON BASILIO. Pero ¿lo tomarás con interés?

LUJÁN. Con todo el interés que merece. Declarándote que, para mí, pocas cosas logran ya tener ninguno. Porque es un hecho, Basilio amigo: el planeta se enfría, y este tinglado va a durar poco.

DON BASILIO. Sí, pero... ¿A qué viene?...

LUJÁN. Viene...

DON BASILIO. Calla ahora.

Por la puerta de la izquierda salen los ojos de Marcela, y luego MARCELA, _la sobrina de doña Clarines. Viste de negro. Su hablar es comedido y prudente._

MARCELA. Buenas noches.

DON BASILIO. Aquí la tienes. Ésta es Marcelita. Mi amigo Luján...

MARCELA. Ya, ya me he figurado... Tanto gusto... Acabo de darle los últimos toques a su alcoba de usted.

LUJÁN. Mil gracias. No podía yo sospechar que manos tan lindas...

MARCELA. Calle usted, por Dios.

DON BASILIO. Chico, eres el mismo de antaño. Este perillán es muy galante.

LUJÁN. ¡Bah!

MARCELA. Cualquiera falta que usted note allá, cualquier cosa que necesite, me lo dice a mí.[21]

DON BASILIO. Sí, mejor es: porque si se lo dices a Tata, Tata va con el cuento a doña Clarines y tenemos gresca.

MARCELA. Eso, no; a doña Clarines no hace falta que le digan las cosas para saberlas ella. Tiene un poder de adivinación que a mí me da susto.

DON BASILIO. _A Luján._ ¿Eh?

MARCELA. Es natural, después de todo: en soledad constante, no para de

discurrir aquella cabeza, y alambicando alambicando, siempre va a dar con la verdad. ¿Usted ha entrado a saludarla?

LUJÁN. Ha habido un pequeño inconveniente.

MARCELA. Pues a estas horas, sin haberlo visto, esté usted seguro de que sabe doña Clarines cómo es usted.

DON BASILIO. Te advierto, Marcelita, que ha dicho que no lo recibe porque no quiere ver visiones.

MARCELA. ¿Sí?

LUJÁN. Así mismo.

MARCELA. Sus cosas... Usted me dispense... yo no sabía... Si yo adivinara como ella...

LUJÁN. No le preocupe a usted. Me importa poco parecerle visión a la tía, si a la sobrina no se lo parezco.

MARCELA. A la sobrina de ninguna manera.

LUJÁN. Entonces... Sobre que doña Clarines fundó su juicio en el antiquísimo proverbio de: «Dime con quien andas, te diré quién eres»...

MARCELA. ¡Ja, ja, ja!

DON BASILIO. Total: que la visión soy yo. Ven a tu alcoba, cepíllate un poco, y vamos a dar una vuelta por la ciudad. La noche convida. ¿Tú ya no vuelves[22] a casa de don Rodrigo?

LUJÁN. Hasta mañana, no.

MARCELA. ¿Qué es lo que tiene ese caballero?

LUJÁN. ¡Ganas de fastidiarme a mí!

MARCELA. Todo sea por Dios.

LUJÁN. Con que estoy a tus órdenes incondicionales. Y no se diga a las de usted,[23] Marcela.

MARCELA. Muchas gracias.

DON BASILIO. Anda, anda, mediquillo.

Se van por la puerta de la izquierda los dos camaradas.

MARCELA. Es muy simpático este señor. Y parece que tiene más seso que el tío Carape. Poco se necesita.[24]

Llegan por la puerta del foro, precedidos de TATA, DARÍA _y_ CRISPÍN,[25] _moza y mozo naturales de Cogollo del Llano, pueblo lindante con Guadalema. Daría es linda, y lo será doble cuando el agua la purifique. Parece asombrada. Crispín no sólo lo parece, sino que lo está y ni a tres tirones entra en la estancia. Queda vagando por el pasillo del foro, y acecha cautelosamente los momentos en que, sin ser visto, puede echar una ojeada a la escena. Cuando lo ven huye como un conejo._

TATA. Entrad aquí.

DARÍA. Buenas noches.

MARCELA. Buenas noches.

TATA. Es la criada nueva. Hija de una parienta mía. Veremos si nos sirve. Voy a avisarle a la señora. _Se va por la puerta de la derecha._

MARCELA. ¿Quién viene con usted?

DARÍA. Crispín: mi hermano.

Las primeras palabras de Daría, su aliento entrecortado, revelan que está tan asustada como Crispín; sino que ella no ha tenido más remedio que entrar. Pesa sobre ambos la temerosa leyenda de doña Clarines.

MARCELA. Dígale usted que entre.

DARÍA. No entra,[26] no.

MARCELA. ¿Por qué?

DARÍA. Porque no entra.

MARCELA. Dígaselo usted.

DARÍA. Se lo diré; pero no entra. _Crispín, que lo ha oído todo, no parece en diez metros a la redonda. Daría va a la puerta del foro, y desde allí le habla._ ¡Crispín! La señorita, que entres.[27]--No entra.

MARCELA. Bueno; déjelo usted. ¿De qué pueblo son ustedes?

DARÍA. De Cogollo del Llano; para servir a usted.

MARCELA. ¿Es usted parienta de Tata?

DARÍA. Yo, no. Mi madre; para servir a usted.

MARCELA. Aquí está la señora.

Crispín, que andaba a la vista, a este anuncio desaparece nuevamente. Pausa.

Sale por la puerta de sus habitaciones DOÑA CLARINES. _La sigue_ TATA. _Doña Clarines es una señora de buen porte y poderosa simpatía. Aunque no pasa de los cuarenta y cinco años, sus cabellos son blancos como la plata. Viste con gran originalidad, con gusto personalísimo, dentro de una graciosa sencillez. Se expresa en tono campechano y noble a la par; enérgico, sin sombra alguna de afectación._

DOÑA CLARINES. Buenas noches.

DARÍA. Buenas noches.

DOÑA CLARINES. _A Tata._ Muy joven es.

TATA. Más vale.

DOÑA CLARINES. Está visto que no he de parar de domar potritos. _Se sienta en su butaca. Ladra Leal._ ¿Quién es, ahora?

TATA. ¡Calla, condenado! Vamos a ver. _Se asoma a la mirilla._ ¿Quién es?--Un pobre.

DOÑA CLARINES. ¿Es viejo?

TATA. No, señora, que es mozo.

DOÑA CLARINES. Pues que trabaje.

TATA. ¡Que trabaje usted, hermano! _Cierra la mirilla de un golpe fuerte, sobresaltando a Daría aún más de lo que está._ ¡Que bien trabajo yo,[28] con mis setenta a las espaldas! _Se va por la puerta de la izquierda._

DOÑA CLARINES. Acérquese usted. _Daría no se da por entendida._ Que se acerque usted; ¿no me oye?

DARÍA. _A Marcela._ ¿Es a mí?

MARCELA. A usted, sí; a usted. Acérquese a la señora.

Daría se acerca a doña Clarines.

DOÑA CLARINES. ¿Cómo se llama usted?

DARÍA. Daría; para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿Daría qué?

Daría mira a Marcela con angustia.

MARCELA. Dígale su apellido.

DOÑA CLARINES. Calla tú. ¿Daría qué? ¿No lo sabe? _Crispín, asomando la cara pegada al quicio de la puerta del foro sin ser visto por nadie, se empeña en decirle a Daría con la fuerza del gesto el apellido de la familia. Daría, tras una vacilación momentánea, echa a andar hacia la misma puerta y se marcha por ella._ ¿Adónde va?

DARÍA. _Volviendo al sitio donde estaba._ Romillo; para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿A quién lo ha preguntado? ¿Quién anda ahí fuera?

DARÍA. Crispín; para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿Crispín? ¿Y quién es Crispín?

DARÍA. Mi hermano.

DOÑA CLARINES. Pues que entre su hermano.

DARÍA. No entra, no, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Cómo que no entra?

MARCELA. No entra, no.

DOÑA CLARINES. ¿Y por qué no ha de entrar? Yo lo mando.

DARÍA. _Desde la puerta del foro._ ¡Crispín! ¡La señora te manda entrar! _Pausa._ Dice que no que no con la cabeza.

MARCELA. Y no entra, no; es el segundo intento.[29]

DOÑA CLARINES. ¿Pues a qué ha venido Crispín?

DARÍA. A acompañarme.

DOÑA CLARINES. ¡Bah! ¿Qué edad tiene usted? _Daría titubea atribulada y echa a andar de nuevo hacia el foro. A la voz de doña Clarines se detiene._ ¡Sin preguntárselo a Crispín! ¡Tampoco lo sabe! ¿Pero usted no sabe nada?

DARÍA. Nada; para servir a usted.

DOÑA CLARINES. Casi lo prefiero. Entre no saber nada y saber poco y mal, mejor es la ignorancia absoluta. Así la podré moldear a mi gusto, aunque sea a coscorrones.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Tiene usted novio?

DARÍA. Aquí, no: en el pueblo. Pero lo puedo dejar, si quiere la señora.

DOÑA CLARINES. ¿Yo? ¡Dios me libre!

DARÍA. No me tira mucho.

DOÑA CLARINES. Allá usted. En no distrayéndola[30] de sus obligaciones... Mire usted, que se vaya Crispín o que entre; pero que no esté como una sombra chinesca por el corredor. Por más que, aguarde un poco, y se irá usted también con él. ¿Cuánto tiempo hace que no se lava usted?

DARÍA. ¿La cara?

DOÑA CLARINES. No: usted, de arriba abajo.

DARÍA. ¡Uh!...

MARCELA. Como no sabe la edad que tiene...

DOÑA CLARINES. Pues en mi casa la limpieza es la primera condición que exijo.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. Y la segunda, trabajar mucho y bien; que para eso las pago a ustedes mejor que nadie.

DARÍA. Sí, señora. Yo haré todo lo que sea menester.

DOÑA CLARINES. No le queda a usted otro recurso. De lo contrario, en la calle sopla un aire muy fresco. Las puertas de mi casa son mucho más anchas para salir que para entrar.--Marcela, acompaña a esta mujer allá dentro, que suelta un tufillo a algarrobas que marea.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. Y vuelve en seguida, que tenemos que hablar.

DARÍA. ¿Manda algo más la señora?

DOÑA CLARINES. Nada, nada. Que se vaya usted con la señorita.

DARÍA. Sí, señora. Servidora de la señora.

MARCELA. Venga usted.

DARÍA. Sí, señora.

MARCELA. Por aquí.

DARÍA. Sí, señora.

Éntrase Marcela por la puerta del foro, hacia la izquierda. Daría la sigue mirando a todas partes azoradísima. Crispín cruza en seguida por el pasillo como una exhalación, detrás de Daría.

DOÑA CLARINES. ¡Jesús me valga! ¿Y ésta es la flor de Cogollo del Llano? ¡Alabado sea Dios!

Sale TATA _por la puerta de la izquierda._

TATA. ¿Qué tal le ha parecido la moza?

DOÑA CLARINES. Cerril del todo; pero si tiene buena voluntad...

TATA. ¡Aaaaah! Como salga a la madre... No es porque sea mi prima,[31] pero es mujer que levanta una casa en vilo. Por esa puerta no cabe a entrar el marido que tiene, y cuando se resiste a trabajar le da unas palizas que lo balda.[32]

DOÑA CLARINES. Eso me gusta.

Vuelve ESCOPETA _por la puerta del foro canturreando como se marchó._

ESCOPETA. _Hise un oyito en la arena,
 sepurté mi pensamiento..._

DOÑA CLARINES. ¡Escopeta!

ESCOPETA. Dispense la señora. No sabía que estaba usté aquí.

DOÑA CLARINES. ¿Fué usted a la botica?

ESCOPETA. De ayí vengo.

DOÑA CLARINES. ¿Y qué?

ESCOPETA. Pos que le sorté ar boticario la rosiá.

DOÑA CLARINES. ¿Qué le dijo usted?

ESCOPETA. Lo mismito que usté me encargó. Como si lo yevara impreso.[33] Le dije, digo... le dije: «De parte de mi señora doña Clarines, que no es esto lo que eya ha pedío; que agua der poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usté a robá a Despeñaperros.» ¿No era así?

DOÑA CLARINES. Así era. ¿El contestó algo?

ESCOPETA. _Rascándose la cabeza._ Contestó, contestó. ¿No había e contestá?[34]

DOÑA CLARINES. ¿Qué contestó? _Escopeta vuelve a rascarse la cabeza, y trata de hablar y se contiene, ante la dificultad de decirle a doña Clarines la desvergüenza que le ha contestado el boticario. La señora se da cuenta de ello, y lo libra del compromiso._ Bien está. Toda la vida ha sido un mala lengua ese boticario.

TATA. ¡Aaaaah! Siempre habla el que tiene por qué callar.[35]

ESCOPETA. ¿No se le ofrese a usté otra cosa?

DOÑA CLARINES. Que se acueste usted.

ESCOPETA. Como las balas.

DOÑA CLARINES. Escuche usted.

ESCOPETA. Señora.

DOÑA CLARINES. Antes de acostarse, asómese usted al postigo y dígale al sereno que ya tengo la seguridad de que es él mismo quien por las tapias de la huerta me roba las frutas.

ESCOPETA. ¿Ar sereno?

DOÑA CLARINES. Al sereno, sí.

ESCOPETA. ¿Y eso na más?

DOÑA CLARINES. Nada más. Vaya usted con Dios.

ESCOPETA. Güenas noches. ¡To será que no duerma en mi cama![36] _Márchase decidido por donde llegó._

DOÑA CLARINES. Parece listo este Escopeta.

TATA. Sí, señora; pero muy así... muy movido él. Es hijo del que ha tomado ahora la cantina de la estación. También andaluz. Les durará poco la cantina.

DOÑA CLARINES. ¿Por qué?

TATA. Porque se la van a beber entre el padre y el hijo. Mire usted, señora; yo no lo puedo remediar: no me hacen gracia los andaluces. Quizás que a los andaluces les suceda lo mismo conmigo.

DOÑA CLARINES. Quizás.

Vuelve MARCELA.

MARCELA. Tía...

DOÑA CLARINES. Espérate un momento.

TATA. ¿Estorbo?

DOÑA CLARINES. Sí.

TATA. Me lo había maliciado. ¿Qué vamos a comer mañana?

DOÑA CLARINES. Lo que hoy.

TATA. Y hoy lo que ayer.

DOÑA CLARINES. Y siempre lo que a mí se me antoje.

TATA. Si no lo digo en son de crítica.

DOÑA CLARINES. Cuando lo dejo a tu elección no pones más que cebollas rellenas...

TATA. La cebolla es muy estomacal.

DOÑA CLARINES. ¿Quieres no replicarme, Tata? Todo este preguntar ahora qué se ha de guisar, es entretenerte para oler lo que aquí se guisa.[37]

TATA. ¡Dios de Dios! ¡Pero cómo adivina usted las intenciones! ¡Aaaaah! _Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda._

MARCELA. ¡Qué graciosa es Tata! ¡Y qué buena!

DOÑA CLARINES. ¿Buena? La única persona de quien yo me fío en este mundo. Siéntate, que vamos a echar un parrafito.

MARCELA. ¿Un parrafito?

DOÑA CLARINES. Sí. Siéntate.

MARCELA. Me pone usted en cuidado. ¿Qué novedad hay?

DOÑA CLARINES. Novedad... ninguna.

MARCELA. Pues usted dirá.[38]

DOÑA CLARINES. Desde que tu padre murió, llevas a mi lado muy cerca de tres meses, y siempre que hemos tratado en nuestros coloquios de un sentimiento muy natural a la edad en que tú te hallas--aunque se da en todas las edades, porque hay mucha vieja sinvergüenza y pindonga,--me has dicho que no tienes novio. ¿Es esto verdad?

MARCELA. Sí, señora: cuando se lo he dicho a usted así...

DOÑA CLARINES. Está bien. Sales en lo hipócrita a tu madre, y a tu padre en la falta de seso.

MARCELA. Tía Clarines...

DOÑA CLARINES. ¡Tía Jinojo! Ten en cuenta que estás en un callejón sin salida.

MARCELA. ¿Piensa usted decir mentira para sacar verdad?

DOÑA CLARINES. Al contrario: pienso decir verdad, para sacar mentira. Ya sabes que a mí no se me ocultan las cosas.

MARCELA. Pues esta vez fallaron sus adivinaciones.

DOÑA CLARINES. ¿Insistes en tu negativa? Testaruda como doña Sara, tu abuela materna, que se tragó un carrete, y hasta que no la abrieron en canal lo estuvo negando.

MARCELA. ¿Pero en qué se funda usted para creer que yo le miento?

DOÑA CLARINES. En que sé a ciencia cierta que tienes novio.

MARCELA. ¡Tía!

DOÑA CLARINES. ¡Chist! Mira: desde que viniste, raro es el día que no pasas dos horas en la casa de enfrente, so pretexto de que la niña de la casa es amiga tuya a partir de una larga temporada que estuvo en Madrid.

MARCELA. Así es la verdad.

DOÑA CLARINES. No es así la verdad. La niña de enfrente, empacha a los tres días de hablar con ella:[39] por sí sola carece de atractivos para tanto trato. Pero en cambio tiene una tía, hermana de su madre, que siempre se distinguió grandemente en un oficio que elogiaba mucho don Quijote.[40]

MARCELA. No la entiendo a usted.

DOÑA CLARINES. Celebro tu candor. Esas aficiones de la tía--sigo sobre la pista--eran para mí un dato de bastante importancia. Una mañana, de sobremesa, dije yo esta frase, que se puede esculpir: «No hay un solo hombre que tenga corazón.» Y tú saltaste, como si te hubiera picado una avispa: «¡Hay de todo!» ¿Hola? ¿Hay de todo? ¿Ésta cree que hay de todo?--pensé yo entre mí. ¿Conque opinamos que hay de todo?

MARCELA. Sí, señora: yo creo que hay de todo. Sin tener novio, me parece que se puede opinar que hay de todo.

DOÑA CLARINES. Indudable: se puede opinar. Pero cuando seguramente se opina es teniéndolo. Las mujeres no defienden nunca a los hombres: defienden a un hombre nada más.[41]

MARCELA. Cuando usted lo dice... Más sabe usted de eso que yo.

DOÑA CLARINES. De eso y de cuanto hay que saber, monicaca. Otro día, amaneciste con un catarro que no se te entendía lo que hablabas, y yo me opuse a que pasaras ahí enfrente. La rabieta que te dió, de esas silenciosas, de no cruzar la palabra[42] con nadie ni por educación, no se la toma ninguna muchacha más que a cuenta del novio. Ya bajas la vista.

MARCELA. No...

DOÑA CLARINES. Sí. El domingo pasado, se prolongó la vista más de la costumbre... y viniste muy colorada y con un dedo manchado de tinta.[43] _Marcela se mira disimuladamente la mano derecha._ De la mano derecha, sí. Yo te pregunté: ¿Qué traes, chiquilla? ¿Qué sofoco es ese? ¿Cómo has tardado tanto? «Porque... porque he estado jugando a la pelota»--me respondiste. ¡Ah, caramba! Esta niña se mancha la mano de tinta, jugando a la pelota. ¡Y la pelota, que aún está en el tejado, era una carta de tres pliegos! _Marcela compunge el semblante._ No; no empiecen ahora los pucheros y las lagrimitas. Me has engañado como yo no merezco. Tienes un novio como un castillo, le escribes ahí enfrente, y ahí enfrente recibes sus cartas, que vienen a nombre de doña Sebastiana, la tía de tu amiga. Son las únicas cartas de amor que ha recibido esa tarasca en el siglo y medio que lleva a cuestas.

MARCELA. Perdóneme usted, tía. Quiero mucho a mi novio... y temí que usted se opusiera a las relaciones.

DOÑA CLARINES. ¿Es algún bandolero?

MARCELA. No, señora; por Dios... Si es más bueno...[44] más bueno es...

DOÑA CLARINES. ¿Entonces por qué había de oponerme?

MARCELA. Como tiene usted ese genio tan raro...

DOÑA CLARINES. ¿También tú? Yo nunca me aparto de lo justo; y las rarezas de mi genio consisten en que le digo las verdades al lucero del alba. ¿Conocía tu padre estos amores?

MARCELA. No, señora; tampoco.

DOÑA CLARINES. Pues de tu padre no te ocultarías por mal genio.[45] Alguna maca tendrá el señorito. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

MARCELA. Miguel.

DOÑA CLARINES. ¿Miguel qué? _Marcela calla._ ¿Miguel qué? ¿Estás como Daría? ¿Necesitas preguntárselo a Crispín?

MARCELA. ¡Qué cosas tiene usted! Confíe usted, tía, en que yo no había de ponerme en relaciones con quien no mereciera mi cariño. Es un muchacho como hay pocos: para mí como no hay ninguno. Es arquitecto: trabaja mucho; tiene un gran porvenir. Cuando murió mi padre, nuestras relaciones no habían hecho más que empezar... ¡y si viera usted qué consuelos tan delicados debo a su cariño; qué alientos me dió para calmar mi pena; para seguir la vida tan sola!...[46] Lo quiero mucho, mucho, mucho; más que a nadie. Y ya verá usted cómo él lo merece.

DOÑA CLARINES. Bien está. Basta de inocente palabrería. Tú eres muy niña para juzgar a ningún[47] hombre. Cada «te quiero» de ellos es un veneno que nos parece miel, por la pérfida dulzura de esas dos palabras.

MARCELA. No me asusta usted: estoy muy segura.

DOÑA CLARINES. Eres una mocosa. Pero tan segura como estás tú necesito estar yo.

MARCELA. Él... acaso venga[48] a Guadalema...

DOÑA CLARINES. _Rápidamente._ Si no es que ya ha venido.

MARCELA. _Sorprendida._ No, señora.

DOÑA CLARINES. Cualquiera fía en tus negativas.[49] Pero, en fin, haya

venido o no,[50] cuando venga, vendrá a verte a esta casa. Tus visitas ahí enfrente se han concluído. Se quedó doña Sebastiana sin novio. Por mi parte, con oírlo un par de veces nada más, lo diseco.[51] Y si como barrunto es un zascandil...

MARCELA. ¿Un zascandil?

DOÑA CLARINES. Muy cerca ha de andarle[52] el hombre que conociendo quién soy para ti, cómo vives conmigo, se oculta de mí y se vale de tapujos y tercerías. Limpio no juega.

MARCELA. ¡Tía Clarines!

DOÑA CLARINES. No hablemos más del particular. Si el señorito no me entra por el ojo derecho, prepara media docena de pañuelos para llorarlo tres o cuatro días. Más no ha de durarte la congoja de la separación, ya que probablemente se tratará[53] de una chiquillada.

MARCELA. Todo lo compone usted a su gusto...

DOÑA CLARINES. Punto final.

Silencio.

MARCELA. _Mirando hacia la puerta de la izquierda._ Aquí salen el tío Basilio y ese señor amigo suyo.

DOÑA CLARINES. Tal para cual.

MARCELA. ¿Conoce usted a ese señor?

DOÑA CLARINES. No: pero cuando es amigote de mi hermano... No pienso hacerles la tertulia. Buenas noches. _Se levanta para marcharse._

MARCELA. Buenas noches, tía. Hasta mañana, si Dios quiere. _Va a besarla._

DOÑA CLARINES. _Deteniéndola._ Menos besuqueo, y más respeto.

Salen en esto DON BASILIO _y_ LUJÁN. _Marcela queda pensativa y disgustada._

DON BASILIO. ¡Clarines! ¡Clarines!

DOÑA CLARINES. ¿Eh?

LUJÁN. Buenas noches, señora.

DON BASILIO. _Presentándolos._ Mi hermana Clarines... Mi amigo

Isidoro Luján.

LUJÁN. Tengo mucho gusto...

DOÑA CLARINES. Yo celebraré que lo pase usted bien en mi casa los días que esté en ella.

LUJÁN. ¡Oh! Seguramente.

DOÑA CLARINES. Pronto lo ha dicho usted.

Don Basilio le hace señas de inteligencia a Luján ahora y en adelante.

LUJÁN. Señora...

DOÑA CLARINES. ¿Ha venido usted a Guadalema a ver si se muere don Rodrigo?

LUJÁN. No, señora; no es caso grave. No es más que una gaita para la familia.

DOÑA CLARINES. Se perdía[54] bien poca cosa si se muriera. Es un solterón egoísta, que ha vivido siempre de chupar la sangre de los pobres. Los sobrinos están deseando que dé un estallido. La prueba es que todos los médicos les parecen pocos.[55] Pero, bien, eso allá usted con su conciencia. Si la tiene:[56] porque en la carrera de usted la conciencia anda por las nubes. Fortuna que yo gozo de una salud inalterable. No padezco más que ataques de sentido común.

LUJÁN. _Estupefacto._ Hem...

DOÑA CLARINES. ¿Se van ustedes de paseo, verdad?

DON BASILIO. Me lo llevo por ahí un ratillo.

LUJÁN. Ya lo oye usted.

DOÑA CLARINES. Bien. La puerta de mi casa se cierra a las once para todo el mundo. El que a las once no esté aquí duerme en un banco de la Plaza Mayor. _La estupefacción de Luján se acentúa._ Hay más. Si se viene a las diez y media, y se viene borracho, es como si se viniera fresco después de las once: en la calle se duerme también.

DON BASILIO. Clarines, por... por amor de Dios; alguna vez piensa lo que dices.

DOÑA CLARINES. No pienso nunca lo que digo; y bueno es que lo sepa usted, caballero... Cuanto digo lo digo porque me nace en el corazón; y como antes de llegar a la cabeza pasa por la boca, se me sale siempre

sin pensarlo.[57] Buenas noches.

LUJÁN. A los pies de usted.

Éntrase doña Clarines por la puerta de la derecha. Luján y don Basilio se miran sin palabras largo tiempo.

MARCELA. Esta noche tiene para todos.[58] ¡Ay, Dios mío!

DON BASILIO. Abrázame, Isidoro.

LUJÁN. Calla, hombre, calla.

DON BASILIO. ¿Está esa mujer en sus cabales? ¿Eh? Con franqueza. ¿Está en sus cabales?

LUJÁN. Con franqueza; lo que es juzgándola por impresión... está como una cabra. _Baja la voz al decir esto._

DON BASILIO. No; no te recates de Marcela... Calcula tú la pobre: ¡la tiene que aguantar noche y día!

LUJÁN. Y la cuestión es que, a poco que se mediten sus palabras, se ve que en rigor no ha dicho nada que sea absurdo. Porque, ¿qué es lo que ha dicho, después de todo? Que don Rodrigo es un chupa-sangre. Eso nos consta, desgraciadamente. Que los sobrinos están deseando que se muera. No lo sé; pero es muy humano. Que cada día traen un médico para conseguirlo. Sí... es un sistema que suele dar resultados muy satisfactorios. Que si[59] los médicos no tenemos conciencia, que si ella goza de salud excelente, que si sólo padece ataques de sentido común... Nada de esto es desatinado, en ley de Dios.

DON BASILIO. _Nervioso._ Pero, hombre, Isidoro; no me digas. ¿Y la manera de... de...? Es la primera vez que te habla, y... ¡Vamos, que soltarte que la puerta de esta casa se cierra a las once!... ¡Carape!

LUJÁN. Ahí tienes una cosa que, lejos de haberme molestado, la encuentro muy bien.[60] No he podido conseguirla en mi casa, pero la encuentro bien. Ahora, aquello de que si a las diez y media se llega borracho... ¿Tú bebes? ¿Tú te recoges borracho algunas noches?

DON BASILIO. ¡Nunca! ¡Que te lo diga ésta![61] ¡Eso es una pata de gallo! ¡Cuando se enreda la madeja y tomo cuatro copas de más... vengo siempre por la mañana!

LUJÁN. ¿Ah, sí?

DON BASILIO. ¡Naturalmente, hombre! Anda, vámonos a la calle, que tenemos tela cortada para largo.

LUJÁN. Presumo que sí. _A Marcela._ Marcelita, muy buenas noches.

MARCELA. _Saliendo de la abstracción en que se hallaba._ Qué, ¿se marchan ustedes?

LUJÁN. Sí; pero a las once menos cinco minutos estaremos de vuelta. Yo me ciño a los estatutos.

MARCELA. Hace usted bien. Hasta mañana.

LUJÁN. Hasta mañana.

MARCELA. Adiós, tío.

DON BASILIO. Adiós, pequeña. Y no te apures tú mientras viva tu tío Carape. ¡Qué carape! _Se va con Luján por la puerta del foro, hacia la izquierda._

MARCELA. ¡Que no me apure, dice!... ¿Qué sabe él? ¡Para no apurarse es la situación! Y habrá que echar por la calle de en medio,[62] y decir la verdad. Miguel y yo, ¿por qué razón no hemos de querernos?

Sale por la puerta de la izquierda DARÍA, _llena de inquietud._

DARÍA. ¡Señorita! ¡Señorita!

MARCELA. ¿Otra te pego? ¿Qué pasa?

DARÍA. Que se me ha olvidado preguntarle a usted a qué hora tengo que levantarme.

MARCELA. Con las gallinas. La señora se levanta a las seis... Ya te llamará Tata: descuida tú.

DARÍA. Es que me había dicho Crispín que la señora llamaba a los criados con una trompeta.

MARCELA. Eso es en los cuarteles. Aquí no.

DARÍA. Ya. Crispín, desde que lo han tallado, no oye más que trompetas. Diga usted, señorita.

MARCELA. ¿Qué?

DARÍA. ¿Antes de acostarme debo entrar a besarle la mano a la señora?

MARCELA. Entra, y te da una bofetada que te tira de espaldas.

DARÍA. ¿Sí, verdad?

MARCELA. Lo que has de hacer es meterte en la cama ahora mismo sin que te sienta nadie.

DARÍA. En seguida, señorita. Hasta mañana, si Dios quiere, señorita.

MARCELA. Adiós.

DARÍA. _Vacilando entre las dos puertas._ ¿Por dónde voy mejor a mi cuarto?

MARCELA. _Señalando a la del foro._ Por ahí todo seguido, darás con la escalera al momento.

DARÍA. Sí; porque al venir para acá me perdí, ¿sabe la señorita? y me metí en una habitación con los muebles con fundas blancas, por la que no quisiera volver a pasar hasta verla de día. Buenas noches. _Se marcha._

MARCELA. Vete con Dios, mujer.

Vuelve TATA _por la puerta de la izquierda._

TATA. ¿Con quién hablabas?

MARCELA. Con Daría, que no ve de miedo.

TATA. Ya se le irá pasando. A todas les pintan esta casa como un presidio... ¿Se acostó la señora?

MARCELA. Se fué a su cuarto, al menos.

TATA. ¿Y qué tienes tú? ¿Ha habido regañina?

MARCELA. Sí, Tata, sí; la ha habido. Y dura.

TATA. ¡Aaaaah! ¡Qué _caráter_! ¡Es un acero! Si como nació con faldas nace con pantalones,[63] hubiera sido emperador. _Rompe a llorar Marcela._ ¿Qué es eso, nena? ¿Por qué lloras?

MARCELA. Estoy muy triste. Se ha ido muy enfadada la tía. Fuí a darle un beso, y me detuvo.

TATA. Algo malo habrás hecho tú:[64] porque ella es la justicia mesma.

MARCELA. No, señora; yo no he hecho nada malo. Ocultarle una cosa que podría ser motivo de disgusto, no creo yo que sea mala acción.

TATA. ¿Motivo de disgusto para la señora? A ver, a ver... ¿Qué es ello, nena? Dímelo a mí, por si yo puedo valerte de algo. ¿Lo ha descubierto ya la tía?

MARCELA. No del todo. Me ha hecho confesarle... pero yo he callado... he callado mucho... Venga usted, Tata; ampáreme usted; aconséjeme usted.

TATA. ¡Malo será que no haya unos calzones de por medio!

MARCELA. Un hombre hay.

TATA. ¡Anda con Dios! ¿Tienes novio, eh?

MARCELA. ¡Naturalmente!

TATA. ¡Sópleme usted en el ojo, que me ha entrado aire![65]

MARCELA. Un novio, Tata, que me quiere más...[66]

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. ¡Más bueno!... ¡más noble!... Y yo lo quiero... ¡vamos! No sabe usted cómo yo lo quiero.

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. Ahora que he estado lejos de él, he visto que mi vida es la suya. Paso que daba, paso que me parecía inspirado por él.[67] ¡Lo que charlamos él y yo a tantas leguas de distancia! Algunas veces me ha sorprendido doña Clarines por el jardín, y me ha dicho: «Chiquilla, ¿estás hablando sola?» «Sí, tía.» Y la engañaba. No estaba hablando sola: hablaba con él.

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. Si él no me quisiera, mi vida valdría mucho menos: desde que él me quiere vivo más. Y si me dijeran que para vivir a su lado tendría que dar los ojos, los ojos daría: que yo sé que, sin ver, siempre encontraría su mano que me guiase. ¿Comprende usted cuánto lo quiero?

TATA. Comprendo la regañina de la tía. ¿Y es de Madrid por ventura ese lazarillo?

MARCELA. De Madrid. Pero está en Guadalema ya.

TATA. ¿En Guadalema? ¿Y cuándo ha venido?

MARCELA. Esta mañana.

TATA. ¿Lo sabe doña Clarines?

MARCELA. Lo sospecha; no lo sabe de cierto. Ni sabe tampoco que esta noche voy a hablar con él.

TATA. ¿Esta noche? ¿Dónde?

MARCELA. Abajo en el jardín. Por la verja.

TATA. No; eso, no; por la verja, no. Aquí no se hace nada sin que ella lo consienta, y yo sé que eso no lo consentiría. ¡Buena íbamos a armarla! ¡Santo Dios!

MARCELA. Tata, si no es más que esta noche. Si él ha venido a Guadalema para hablar con mi tía; pero antes es preciso que los dos hablemos... Es un caso éste... son unas circunstancias... Para que usted lo comprenda de una vez le diré el nombre de mi novio: Miguel Aguilar.

TATA. ¿Miguel Aguilar?

MARCELA. Hijo de don Guillermo Aguilar.

TATA. _Espantada._ ¡Ánimas benditas del Purgatorio! ¿Qué me dices, nena?

MARCELA. ¿Ve usted, Tata, qué misterios tiene la vida? ¿Por qué he venido yo a parar a la única casa donde el nombre de Miguel Aguilar lleva consigo un recuerdo tan doloroso?

TATA. ¡Aaaaah! ¡Cuando doña Clarines se entere!... ¡Qué _turbamulta_! ¡Dios de Dios! ¡Remover al cabo de los años aquellas memorias!... ¡Don Guillermo Aguilar... el padre de!... ¡Aaaaah! ¡El Señor nos coja confesados![68]

MARCELA. ¿Cree usted que no perdonará doña Clarines?

TATA. ¡A ese hombre, nunca!

MARCELA. ¿Pero tan grave fué?...

TATA. ¡Tan grave, dices!... _Con pasión._ Los cabellos de la señora eran negros como el ébano mesmo, y en un año se tornaron blancos como ahora los ves. ¡Don Guillermo Aguilar! ¡En mal hora vino a Guadalema! ¡Maldita sea su casta!

MARCELA. Su casta, no, Tata.

TATA. ¡Bueno, su estampa! ¡Igual me da! _Enardeciéndose y exaltándose

por momentos._ ¡Condenado hombre!... ¡Ladrón de corazones! ¡Pillo! ¡que mató en mi señora la alegría de siempre! ¡Para esas muertes no hay horcas ni justicia, pero debiera haberlas!

MARCELA. ¡No grite usted; no se entere la tía!

TATA. Tentada estoy de ir a despertarla y contárselo todo. ¡El don Guillermo! ¡el don Guillermo![69] ¡Menos dones y más buenas _aciones_! En Guadalema se presentó, y fué el rey. Venía de Madrid. Entonces decir aquí de Madrid era poco menos que decir de los Chirlos Mirlos. Tenía buena presencia, y mucho señorío postizo en los movimientos y en las palabras. De calle se llevaba a la gente.[70] ¡Ladrón! La nena, tu tía, porque nena era en aquel tiempo, se prendó de él... ¡Y de qué manera se prendó! No veía con más luz que la de los ojos azules de aquel hombre. Le entregó su corazón y su alma de paloma; le entregó su vida. En este jardín se hablaban por las noches, sin otros testigos que yo... y Clavel, un perro que él traía. ¡Bien me acuerdo... y se me cuajan los ojos de lágrimas! Si aquello hubiera acabado como empezó... ¡qué gloria del mundo!... No sería así doña Clarines.

MARCELA. ¿Dice usted que se veían en el jardín?

TATA. En el jardín. ¡Qué discurrir el suyo por entre los árboles, cogidos de la mano! ¡Qué esquivar unas veces, por juego, los sitios donde la luna daba, y qué buscar la luna otras veces, por juego también! ¡Qué taparse las bocas de pronto, para atajar la risa, no los descubriera![71] ¡Qué despedidas allá en la verja, de cada vez más largas,[72] sin encontrar nunca la última palabra que habían de decirse! ¡Aaaaah! Cuántas veces tuve yo que llegarme a ellos y advertirles: «Que empieza a clarear.»

MARCELA. Me ha hecho usted llorar, Tata.

TATA. El caso no es para reír ciertamente. Pues escucha: una noche de aquéllas, duró la despedida más tiempo. Cantaban las alondras cuando él se fué. «Hasta mañana»--le dijo. Yo lo oí. Y no volvió más.

MARCELA. ¡Jesús!

TATA. ¡Ésa fué su hazaña!

MARCELA. ¡Qué espanto!

TATA. A la noche siguiente, cuando le esperábamos como todas, vimos llegar a la verja al pobre Clavel. Venía solo. No quiso seguir a su amo. ¡Qué _lección_! ¿Te parece? Aquí se quedó desde entonces. Cuando murió, lo enterré yo en el mesmo jardín, allá junto a la tapia. _Silencio._
De lo que la nena sufrió nada he de decirte. No podría. Tú, que tanto quieres, y que la ves a ella, imagínalo. A la muerte estuvo. Y el mesmo

cambio que se hizo en sus cabellos, se hizo en su corazón. Es otra; otra.

MARCELA. ¡Dios mío! No sé qué pensar... Me estremece cuanto usted me ha dicho... ¡Pobre señora! Pero yo estoy segura, Tata...

TATA. ¡Segura estaba ella!

MARCELA. No, Tata, no; éste no es como aquél: éste es el mío. Y éste no miente; éste no engaña... ¡pero esta noche más que nunca necesito oírlo! ¿Vendrá usted conmigo al jardín?

TATA. No, nena; no bajes al jardín...

MARCELA. ¿Por qué no, Tata? Usted que fué buena entonces, séalo ahora.[73] ¡Esta noche necesito oírlo!

En este momento sale DOÑA CLARINES _de sus habitaciones. La impresión que su presencia les hace a Tata y a Marcela, es grande._

DOÑA CLARINES. Aquí las dos.

MARCELA. ¡Ah!

TATA. ¡Señora!

DOÑA CLARINES. Y las dos con llanto en los ojos. No me engañaron mis pensamientos.

TATA. _Desconcertada._ Creíamos que la señora estaba recogida ya...

DOÑA CLARINES. Lo sé: pero desde mi cuarto vi que esta luz permanecía encendida, y pensé sin equivocarme: _Habla con firmeza, mirando fijamente a las dos, y como si en la turbación de ellas hallara evidenciado lo que imagina._ Allí están mi sobrina y Tata; y hablan del novio de Marcela; y Marcela le propone a Tata algo a que Tata se resiste; porque al decir Marcela el nombre de su novio, tembló... _A Marcela que intenta hablar._ Y esto es por algo, que sabré sin que tú me lo cuentes. Pero, en fin, esta noche ha terminado toda conspiración. Podéis recogeros. _Impidiendo cualquier respuesta._ Sin decir palabra. Buenas noches.

MARCELA. Hasta mañana, tía.

TATA. Hasta mañana, si Dios quiere.

Marcela se va por la puerta de la izquierda, y Tata por la del foro, mirándola sobrecogidas.

DOÑA CLARINES. _Reflexivamente._ ¿Por qué tembló al decir el

nombre?... _Queda pensativa._

ACTO SEGUNDO[74]

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

DOÑA CLARINES, _con velo a la cabeza, dispuesta para salir a la calle, está sentada._ DON BASILIO _pasea._

DON BASILIO. ¿Vas a salir?

DOÑA CLARINES. ¿No lo ves?

DON BASILIO. _Observando si están enteramente solos._ Pues... antes...

DOÑA CLARINES. Ah, sí. _Saca de su portamonedas un duro y se lo da a su hermano._ Toma.

DON BASILIO. _Afectando un sentimiento de dignidad herida._ No puedo. ¡No puedo acostumbrarme!

DOÑA CLARINES. ¿Cómo?

DON BASILIO. ¡No puedo acostumbrarme! ¡Un Olivenza, un descendiente del señor de la Torre de Olivenza viviendo asalariado por su hermana! ¡No puedo acostumbrarme! Me quema la mano esta moneda.

DOÑA CLARINES. Pues suéltala.

DON BASILIO. _Suspirando, después de mirar a doña Clarines y de guardarse el duro._ ¡Ay, ay, ay!

DOÑA CLARINES. Si el descendiente de los Olivenzas no hubiese despilfarrado la hacienda que le legaron sus mayores, emborrachándose cuanto ha podido con todo linaje de gentuza, otro gallo le cantaría.

DON BASILIO. ¡Un duro diario! ¡Ni siquiera el paquete de los treinta duros al mes! ¡Un duro diario! No hay manera de especular: compréndelo, Clarines.

DOÑA CLARINES. Empecé dándote los treinta reunidos el día primero de cada mes, y el día cinco ya no tenías un céntimo. Tuya es la culpa de haber venido a parar a esta situación que encuentras bochornosa.

Sale LUJÁN _por la puerta de la izquierda. Trae sombrero._

DON BASILIO. _Dirigiéndose a él._ ¡Ay, Isidoro; compadece a tu pobre amigo!

LUJÁN. ¿Pues?

DOÑA CLARINES. Cualquier cosa dirá ese badulaque.

Se va don Basilio por la puerta del foro, hacia la derecha, como hombre que no puede con sus desventuras, y no sin amenazar a doña Clarines con un ademán que ella no ve.

LUJÁN. Será mejor compadecerla a usted; ¿no, doña Clarines?

DOÑA CLARINES. ¿Y a mí por qué ha de tenerme usted compasión?

LUJÁN. Creí... Extraño verla en plan de salir a la calle. No se la concibe a usted sino entre estas paredes.

DOÑA CLARINES. Si lo dice usted porque quiere que yo le diga dónde voy a ir, no me importa que usted lo sepa.[75]

LUJÁN. Je...

DOÑA CLARINES. Todos los meses del año, tal día como hoy,[76] acostumbro ir con Tata a las casas de algunos pobres a darles la limosna que puedo. Es gente que la necesita y que no la pide. Tiene el pudor de su desgracia.[77] Por eso voy yo a visitarlos.

LUJÁN. Ya.

DOÑA CLARINES. Aguardo a Tata, que por lo visto se está emperejilando como si fuéramos a un baile. A la vejez, viruelas. ¿Y usted, va a ver a don Rodrigo?

LUJÁN. Todavía es temprano. ¿Le molesta a usted mi compañía?

DOÑA CLARINES. Ahora, no.

LUJÁN. Pues aprovechemos el momento.

DOÑA CLARINES. Siéntese usted.

LUJÁN. Muchas gracias. _Lo hace._ He de marchar de Guadalema mañana o pasado, y antes de marchar yo quisiera... Como sus costumbres de usted son tan respetables... ¿Usted me autoriza para que les haga un regalo a sus criados, que me están sirviendo a maravilla?

DOÑA CLARINES. ¡Pues no faltaba más! ¡Ya lo creo!

LUJÁN. ¿Me autoriza usted?

DOÑA CLARINES. Sí, señor.

LUJÁN. Ahí tiene usted lo que son las cosas: he tomado tantas precauciones temeroso de que fuera usted a ponerme como los trapos.

DOÑA CLARINES. No había por qué. Cuando lo pongo de hoja de perejil es si se va usted sin darles nada.

LUJÁN. ¿Sí, verdad?

DOÑA CLARINES. Y ellos conmigo,[78] naturalmente.

LUJÁN. Je...

DOÑA CLARINES. Y vamos a ver, señor Luján; ahora que estamos solos: ¿qué tal lleva usted[79] el encargo que le confió mi hermano Basilio al llegar a esta casa?

LUJÁN. ¿A mí?

DOÑA CLARINES. A usted.

LUJÁN. ¿A mí, señora?

DOÑA CLARINES. A usted, señor. Y si no hemos de reñir de buenas a primeras, no finja. Mi hermano Basilio le encargó a usted que me observara, porque cree que yo estoy para que me encierren. O dice que lo cree.

LUJÁN. Es cierto. Ya ve usted que no finjo. Pero, señora mía, conociendo a Basilio, jamás pude tomar al pie de la letra semejante disparatón.

DOÑA CLARINES. Disparatón, no. Es moneda corriente en Guadalema. Y manía muy vieja en mi hermano, que hasta me ha escrito algunos anónimos a cuenta de ello. Así es que me reí de verdad el día que me habló de hospedarlo a usted en esta casa.

LUJÁN. Ahora comprendo el recibimiento que usted me hizo.

DOÑA CLARINES. Hubiera sido igual de todas maneras. Los huéspedes me enojan, y si los trae el borrachín de Basilio, mucho más. Todos salen hablando mal de mí; y no tiene gracia que yo encima les dé una cama limpia y bien de comer.

LUJÁN. _Turbado._ Verdaderamente... eso no tiene gracia.

DOÑA CLARINES. Lo que sí le debo advertir es que, a poco de hablar con usted, comprendí que su amistad con mi hermano era cosa de azar y no de analogía de caracteres. Lo considero a usted persona bastante más seria que Basilio.

LUJÁN. Señora...

DOÑA CLARINES. Ya sé que hay quien tiene la seriedad del burro; pero sin duda no se halla usted en ese caso.

LUJÁN. ¡A mí me parece que no!

DOÑA CLARINES. Noto, en cambio de ello, en su carácter, una cualidad que me subleva; que no la puedo resistir.

LUJÁN. ¿Sabe usted que me está usted poniendo bueno?[80]

DOÑA CLARINES. Y ya que va usted a marcharse pronto, no se me ha de quedar entre pecho y espalda.

LUJÁN. ¿Qué cualidad es ésa, señora?

DOÑA CLARINES. Esa frialdad constante, esa indiferencia, esa burla solapada, esa resistencia de la voluntad a entrar en lo grave de las cosas. Yo no he visto nada más antipático.

LUJÁN. ¡Ay, mi señora doña Clarines! Yo tampoco quiero que eso se quede sin respuesta. Usted tiene temple de acero, y no por ello[81] debe exigírnoslo a los demás. Yo un tiempo lo tuve: y fuí apasionado, y vehemente, y generoso, y terco, y liberal, y noble, y espontáneo; y entré en lo grave de las cosas, como usted dice, y sólo donde latía la verdad, respiraba a gusto; y me embarqué, como el poeta, oyendo cantar el amor, y la libertad, y la gloria... y me pasó[82] que aún tengo, también como el poeta,

> la ropa en la playa tendida a secar.[83]

Por eso, mientras se seca y la recojo, que va para largo,[84] en el pueblo en que vivo y en lo más escondido de mi huerto, he plantado ese árbol que sólo plantan en la tierra los hombres tan sabios como yo. Quién dice que es árbol de egoístas, quién de escépticos, quién de filósofos, quién de qué sé yo qué. Nada me importa el nombre: el árbol[85] crece que es una bendición de Dios; con mi trabajo lo riego yo día por día. A mí ya me da sombra; a mi mujer flores para mi mesa... y para los santos en que ella cree. El fruto lo cogerán mis hijos. Puede usted y puede el mundo entero juzgarme como les dé la gana.

DOÑA CLARINES. Yo mal, por de contado.

Se levanta y va hacia la puerta del foro.

LUJÁN. Es que usted no pasa por movimiento mal hecho[86] y yo sí. No soy ni quiero ser el brazo de Astrea. Allá cada cual con la joroba que Dios le puso en las espaldas.

Sale MARCELA _por la puerta del foro y se encamina hacia la de la izquierda, por donde se va después del breve diálogo que sigue._

DOÑA CLARINES. ¿De dónde vienes tú?

MARCELA. Del jardín, tía. ¿Quiere usted algo?

DOÑA CLARINES. _Mirándola atentamente._ Ahora, nada. Luego contestaremos a una carta que he recibido de doña Sebastiana, tu gran protectora.

MARCELA. Pues hasta luego. _Se va._

DOÑA CLARINES. _A Luján._ ¿Por qué vino el hablar de estas cosas?[87]

LUJÁN. Porque usted empezó a establecer la diferencia entre su hermano y yo.

DOÑA CLARINES. Ah, sí.

LUJÁN. Basilio no habrá[88] sembrado nada, ¿verdad?

DOÑA CLARINES. ¿Qué ha de sembrar eso?[89] Ha despilfarrado lo que sembraron para él.

LUJÁN. Pues ¿y su herencia? ¿Y sus propiedades?

DOÑA CLARINES. Todo está en mi mano. Él lo ha ido vendiendo para sus francachelas y sus vicios... y el dinero que recibía lo daba yo sin que él lo supiera.

LUJÁN. ¡Ah, caramba! Pero ¿ya lo sabe?

DOÑA CLARINES. Ya sí.

LUJÁN. ¡Por eso dice entonces, con gran frescura, que le ha triplicado a usted el capital!

DOÑA CLARINES. No quería yo que fincas que fueron el recreo de mis padres cayesen en poder de gentes extrañas mientras yo estuviera de pie. Algo hubo, sin embargo, que no pude evitar, y que me costó una gran amargura. Tenía mi padre un caballejo, inútil ya por sus muchos años,

pero muy querido y estimado por él, que vegetaba allá en el Molino. Pues bien: mi hermano Basilio, que tiene la maldad inconsciente de los majaderos, se lo malvendió a unos gitanos. Y el pobre animal fué a morir en la plaza de toros de Guadalema. Cuando yo me enteré de esta vergüenza y de este dolor, llamé á Basilio y le pregunté por el caballo que fué de nuestro padre. Vaciló un segundo en responderme, y le pegué una bofetada que le echó tres muelas fuera de la boca. ¿Hice bien?

LUJÁN. Sin género de duda.

DOÑA CLARINES. ¡Pues ya ve usted por dónde me da a mí la vena de loca![90]

LUJÁN. Ya; ya lo veo.

Llega TATA _por la puerta del foro hecha un brazo de mar. Viene agitadísima._

DOÑA CLARINES. ¡Alabado sea Dios, mujer! ¿Vamos a los Juegos Florales?[91]

TATA. No, señora; no vamos a los Juegos Florales. Me esperaba[92] el regaño. Pero si me voy sin más ni más y no dejo arregladas las cosas, luego faltan, y se incomoda usted conmigo. Que tires para arriba que tires para abajo,[93] Tata ha de pagar siempre. ¡Más harta estoy! Mire usted, señor don Isidoro...

DOÑA CLARINES. No disertes, y vámonos a la calle.

TATA. Sí, sí, no disertes. Como que pensará usted[94] que me he llevado las horas muertas delante del espejo poniéndome lazos y perifollos. _A Luján._ Lo que pasa aquí, señor mío, es que con este entrar y salir de criados--que no hay uno que dure quince días,--ha de servir Tata por todos ellos mientras no aprenden los gustos de acá. Y ahora tengo dos[95] que van a condenarme. La una, la Daría, que es para un repente si Dios fuere servido.[96] ¡Qué miedo tiene siempre la maldita! _Remedándola._ «Diga usted: ¿limpio los grifos de la fuente? Diga usted: ¿limpio la bola de la escalera? Diga usted...» ¡Jesús! ¡que no te vamos a matar, hija del alma! ¡Yo no sé qué va a sucederle a esa chica si no pierde el miedo! ¡Ave María!

DOÑA CLARINES. Cállate, Tata; vamos ya.

TATA. No puedo, señora. Déjeme usted este desahogo. Pues ¿y el andalucito, que no sabe más que tomar posturas? _Remedando también a Escopeta._ «Oiga usté, paisana. Paisana, escuche usté. Paisana, la yave der despacho. Paisana...» Y se va a ganar un soplamocos con tanto paisana. Porque me lo dice por burla. ¡Pues más gracia tenemos las de aquí, y no la cacareamos tanto!...[97] De manera que no es lo malo, ¿usted me comprende? lo que tengo que hacer, sino lo que tengo que enseñar. Tata, aquí; Tata, allá; Tata, acullá; ¡y a todo ha de estar Tata![98]

DOÑA CLARINES. Pues ahora a lo que estás es a seguirme a mí. Ya has charlado bastante. Hasta luego, señor Luján.

LUJÁN. Hasta luego, señora.

TATA. «¡Paisana!... ¡Paisana!...» ¡Ya le daré yo a ese paisanaje![99]

Doña Clarines se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, y Tata la sigue. Luján se queda haciéndose cruces. DON BASILIO _sale por donde se marchó, y lo sorprende._

LUJÁN. En mi vida[100] he visto una casa más extraordinaria. ¡Lo que[101] se va a reír mi mujer cuando yo le cuente!...

DON BASILIO. ¿Te estás haciendo cruces?

LUJÁN. Sí, por cierto.

DON BASILIO. ¿Es que has hablado con mi hermana?

LUJÁN. Un poco.

DON BASILIO. Yo escurrí el bulto, ya lo viste. Y qué: ¿crees que es cosa perdida?

LUJÁN. _Siguiéndole el humor._ ¡Ah, sí: cosa perdida!

DON BASILIO. ¿Ves tú? ¿Ves tú? Y me dicen a mí... _Entusiasmándose._ Lo que yo deploro... Porque yo... Porque tú... Porque yo podría darte detalles infinitos de las extravagancias de Clarines para ayudar tu labor científica... ¡Pero soy tan frágil de memoria! Se me olvida todo; se me va la cabeza...[102]

LUJÁN. Pues déjala ir.

DON BASILIO. ¿Cómo? Oye: y si yo... A ver qué opinas de esto.

LUJÁN. Tú dirás.

DON BASILIO. Si yo, que estoy observando a mi hermana constantemente, apuntara todo aquello que a ti te pudiera servir... ¿eh? todas sus rarezas... ¿eh? todas sus... ¿eh? ¿Qué opinas?

LUJÁN. Que has tenido una inspiración. _Disponiéndose a irse._ No dejes de hacerlo.

DON BASILIO. ¡Quita allá! Si para mí es la cosa más fácil... Verás tú. _Mostrándole un cuadernito que saca del bolsillo._ En este cuaderno,

donde no escribo más que coplas...

LUJÁN. ¿Coplas?

DON BASILIO. Coplas, coplas.

LUJÁN. ¿Tuyas?

DON BASILIO. Mías, sí.

LUJÁN. _Sorprendidísimo._ Ah, pero ¿tú haces coplas?

DON BASILIO. ¿Ahora te desayunas?

LUJÁN. _Cogiéndole el cuaderno._ A ver...

DON BASILIO. Chico, para desahogar mi corazón. Como Espronceda cantó a Teresa.

LUJÁN. _Lee._

«Muchacha que estás cantando...»

DON BASILIO. Ah, ésa la hice ayer tarde. Trae acá. _Recoge el cuaderno y le lee la copla a su amigo, explicándosela verso por verso._

«Muchacha que estás cantando...»

Y era verdad: había una muchacha cantando...

«En la ventana de enfrente...»

Que es donde estaba ella. Me asomé a mi balcón, la vi,
y se me ocurrió eso.

«No te asomes demasiado...»

Porque hizo un movimiento hacia fuera, ¿sabes?...

«Que te hará daño el relente.»

Aquí al relente le doy una intención picaresca, porque estaba el novio en la esquina.

LUJÁN. Ya lo he comprendido.

DON BASILIO. ¿Te gusta?

LUJÁN. El cantar y las acotaciones.

DON BASILIO. Je... Bueno; pues, digo yo que en este mismo cuadernito, para que no le choque a ella, como quien escribe una copla, puedo yo anotar, a fin de auxiliarte, todas las chifladuras de Clarines.

LUJÁN. Y así no estarán solas.

DON BASILIO. ¿Qué?

LUJÁN. Que estarán con las coplas tuyas. Y te dejo, que me esperan allá. Hasta después. _Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda._

DON BASILIO. Anda con Dios. Le ha caído bien la idea. Le ha caído bien. Le ha caído bien. _Frotándose las manos._ ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!... ¿Qué iba yo a hacer ahora? _Mirando a lo lejos del jardín por los cristales de la galería._ ¡Oh! ¡El héroe! ¡Ya está ahí el héroe! Apenas las ha visto alejarse... ¡Es listo el hijo de don Guillermo! _Haciéndole señas._ Voy; voy allá. ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!... Casa con dos puertas, mala de guardar.[103] _Vase por la puerta del foro, hacia la derecha._

Queda la escena sola un momento. Óyese ladrar a Leal, y sale DARÍA _por la puerta de la izquierda, asustadísima._

DARÍA. ¿Quién será ahora? Temblando estaba yo a que llegara alguien. ¡Me ha dicho Tata que no abra la puerta! ¡Jesús! ¡Ojalá sea un pobre, que con decirle «perdone usted por Dios», se sale del paso! _Asómase a la mirilla._ ¿Quién es? ¿Quién es? ¡No veo a nadie! ¿Quién es? ¡Nadie! ¡No es nadie! _Cierra la mirilla._ ¿Pues cómo ladró el perro? _Va a irse._ ¡Lo que me alegro yo de que no sea nadie! _Vuelve a ladrar Leal._ ¿Otra vez? ¡Dios mío! _Asómase a la mirilla de nuevo._ ¿Quién es? ¿Quién es? ¡Nadie!

Aparece DON BASILIO _por donde se fué, con cierto recelo._

DON BASILIO. ¿Qué haces aquí, Daría?

DARÍA. ¡Señorito! ¡Estoy pasando un susto!...

DON BASILIO. ¿Por qué?

DARÍA. ¡Porque ha ladrado el perro dos veces... y yo no veo a nadie en el portal!

DON BASILIO. Sí; le ocurre mucho. A lo mejor sueña que entra alguien... Vete allá dentro.

DARÍA. Sí, señorito.

DON BASILIO. Oye. A la señorita Marcela, que estará en su cuarto, dile que venga acá, que la llamo yo.

DARÍA. Bueno, señorito. _Vase por la puerta de la izquierda._

Don Basilio se acerca a la del foro y hace pasar a MIGUEL _que esperaba oculto. Miguel es un muchacho de noble y expresiva fisonomía. Su hablar es resuelto y vehemente. Viste con sencillez._

DON BASILIO. Pase usted, Miguel.

MIGUEL. Muchas gracias.

DON BASILIO. Era la chica, que andaba aquí. Había ladrado el perro y vino a ver quién era. Este perro, apenas olfatea gente extraña...

MIGUEL. Ya lo sé, ya. ¿Y Marcela?

DON BASILIO. Al momento sale.

MIGUEL. ¡Lo que yo le agradezco a usted, señor don Basilio, que nos facilite esta entrevista!

DON BASILIO. Agradézcaselo usted a la casualidad de que mi hermana y Tata hayan salido hoy. Si no, hubiera sido cosa imposible.

MIGUEL. Sí; pero a no contar con usted...[104]

DON BASILIO. Es que ya le dije a usted anoche que en mí tienen usted y Marcelita un aliado. Yo siempre estoy al lado de los débiles. Mire usted, amigo Miguel, la cuestión tiene dos aspectos.

MIGUEL. ¿Dos aspectos?

DON BASILIO. Uno moral y otro económico. En el moral, ni entro ni salgo.[105] Si ustedes se quieren, harán, como en los cuentos de los chicos, nieblas de las montañas.[106] Pero en el aspecto económico creo que tengo el deber de intervenir.

MIGUEL. No comprendo.

DON BASILIO. Mi hermana está loca. _Vox populi, vox Dei._[107] La fortuna de esa niña se encuentra en sus manos. ¿Usted está tranquilo? ¿Está usted tranquilo? ¡Porque yo... no estoy tranquilo! Yo, no estoy tranquilo. Yo, no estoy tranquilo. ¿A qué engañarlo a usted? Mientras más amigos, más claros.[108] Yo, no estoy tranquilo. ¿Usted está tranquilo?

MIGUEL. Francamente... me empieza usted a intranquilizar.

DON BASILIO. Ahí se le fué la burra a su futuro suegro de usted,[109] que en paz descanse. ¡Se le fué! No lo discutamos. ¡Se le fué! Lo de Clarines no es de ahora,[110] ¡qué carape! Clarines tiene los cascos a la jineta hace mucho tiempo. ¿No estaba yo aquí, tan hermano suyo como ella?

MIGUEL. ¡Claro!

DON BASILIO. Sobre que, a mayor abundamiento, yo, querido Miguel, tengo grandes aficiones financieras. Siempre he especulado con éxito brillante. A la propia Clarines le he triplicado el capital.

MIGUEL. ¿Ah, sí?

DON BASILIO. Sí, señor. Hoy cuenta ella con un sin fin de propiedades que no tendría a no ser por mí.

MIGUEL. ¿Hola?

DON BASILIO. Como usted lo oye.--Aquí está ya Marcela. Pónganse ustedes de acuerdo en seguidita. No me gasten la pólvora en salvas.[111] Y en la terracilla por donde hemos pasado lo espero a usted filosóficamente.

MIGUEL. ¿Cómo expresarle mi gratitud, señor don Basilio?

DON BASILIO. ¡De ninguna manera! Es un deber mío, ¡qué carape! _Vase por la puerta del foro hacia la derecha._

Sale MARCELA _por la puerta de la izquierda. Al ver a Miguel corre a él ansiosa de estrecharle las manos._

MARCELA. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Marcela!

MARCELA. ¡Ya era hora!

MIGUEL. ¿Qué tienes?

MARCELA. ¡El contento de verte aquí![112] ¿Y el tío?

MIGUEL. Ahí fuera, esperándome.

MARCELA. ¡Qué bueno! ¿Verdad?

MIGUEL. Tan bueno, que por él estoy a tu lado.

MARCELA. Hemos de hablar mucho en poco tiempo.

MIGUEL. Sí.

MARCELA. ¡Dos días sin verte ni escribirte!

MIGUEL. Hasta el amanecer te esperé anteanoche en la verja.

MARCELA. No pude bajar. Me sorprendió mi tía. ¡Si vieras![113] ¡Qué disgusto! Tata me contaba unas historias... ¿Me quieres tú mucho, Miguel?

MIGUEL. ¿Y me lo preguntas, Marcela?

MARCELA. Verdad. No me hagas caso.

MIGUEL. ¿Sabe ya la tía...?

MARCELA. No.

MIGUEL. ¿Por qué no se lo has dicho?

MARCELA. ¡Ay, Miguel! No me atrevo.

MIGUEL. ¿Por qué no?

MARCELA. Porque estoy llena de temores.

MIGUEL. Pues hay que rechazarlos, niña. ¿Qué ley humana nos obliga a recoger un dolor sembrado por otros?

MARCELA. Ninguna; pero ya estás viendo que es así.

MIGUEL. No lo será más tiempo. Resuelto estoy.

MARCELA. ¿A qué, Miguel?

MIGUEL. A presentarme a esta señora; a decirle mi nombre, si tú no se lo dices; a convencerla de que serás mía.

MARCELA. ¿Con quién vendrás?

MIGUEL. Yo solo.

MARCELA. ¿Tú solo?

MIGUEL. ¿Qué remedio, si nadie se aventura a acompañarme? ¿si las insolencias de doña Clarines ponen una valla entre la sociedad y yo?[114]

MARCELA. ¡Ay, Dios mío!

MIGUEL. Vendré yo solo: mi mejor compañía es este cariño que me lleva a ti.

MARCELA. Que es muy grande, ¿verdad?

MIGUEL. Si el corazón de esa señora se estremece de odio al oír mi nombre, yo sé que el tuyo se estremece de amor.

MARCELA. Sí.

MIGUEL. Vendré, vendré. No estoy dispuesto a consentir este secuestro tuyo, esta tortura de los dos, este acechar las ocasiones para hablarnos traicioneramente. ¿Qué hicimos tú y yo, que mereciera este castigo?

MARCELA. ¡Ésa es mi pregunta! ¡De día y de noche es ésa mi constante pregunta!

MIGUEL. Pues la respuesta de ella no está más que en tu corazón y en el mío. Guadalema entera dice que doña Clarines es rencorosa, es loca. ¿Y qué?[115] ¿Tú me quieres? Guadalema entera cree que yo saldré de esta casa escarnecido y avergonzado. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Guadalema entera afirma que al eco sólo de mi nombre temblarán las paredes viejas de este caserón solitario. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Pues si tú me quieres, todo lo demás es cosa sin fuerza ni sentido.

MARCELA. Sí, Miguel, sí. Ahí está la única verdad: en que tú me quieres: en que te quiero yo. Necesitaba oírtelo decir así, ahora más que nunca.

MIGUEL. También lo sé: también lo he leído en tus ojos. Tu corazón no respira tranquilo en el aire que llena esta casa, que no es aire de primavera. Las historias de Tata la vieja te han hecho temblar...

MARCELA. ¡Miguel!

MIGUEL. Pues aquellas historias pasaron,[116] y yo no he de juzgarlas al lado tuyo. Pero sí quiero que sepas que el amor no tiene en el mundo dos historias iguales, para que puedas confiar en que ésta nuestra no ha de parecerse a la que a ti te ha dado miedo. ¿Me crees?

MARCELA. Te creo, sí.

MIGUEL. Pues si me crees, no llores.

MARCELA. Lloro porque te creo.

MIGUEL. Yo haré pronto porque me creas y rías a la vez.[117] Adiós.

MARCELA. ¿Te vas ya?

MIGUEL. Sí: no quiero comprometer en modo alguno a este señor tan bondadoso. Pero cuando vuelva doña Clarines, volveré yo.

MARCELA. ¿Sí?

MIGUEL. Sí. Hoy acaba[118] este suplicio intolerable: no lo dudes.

MARCELA. Por Dios, Miguel...

MIGUEL. Por Dios, Marcela... ¿Es que quieres que siga?

MARCELA. No.

MIGUEL. Pues fía en mí.

MARCELA. Ya no sé qué decirte. Me abandono a tu voluntad. Haz tú lo que quieras.

MIGUEL. Yo no quiero más que lo que ha de devolver a tu corazón la calma perdida y a tu voz la alegría que siempre tuvo para mis oídos. Adiós.

MARCELA. Adiós. ¿Hasta luego?

MIGUEL. Hasta luego. _Vase por la puerta del foro hacia la derecha._

MARCELA. ¡Cómo me quiere! Voy a verlo salir. _Asómase a los cristales de la galería y mira con interés al jardín. Pausa._

Ladra Leal. Poco después sale DARÍA _por la puerta de la izquierda._

DARÍA. Otra vez el perro. ¿Estará también soñando ahora? _Abre la mirilla, mientras Marcela despide a Miguel con la mano._ ¿Quién es? No: ahora no está soñando. Es la señora.

MARCELA. _Sobresaltada._ ¿La señora?

DARÍA. _Asustada con el susto de Marcela._ La señora: sí. ¿Qué pasa?

MARCELA. Nada, mujer.

DARÍA. ¡Ah! Creí...

MARCELA. Ábrele. Sin duda le ha sucedido algo.

DARÍA. ¿Sí, eh? _Tira del cordel para abrir y se va por la puerta de la izquierda, diciendo_: ¡Pues no seré yo quien se lo pregunte!

MARCELA. _Intrigada._ Es imposible... Ha vuelto muy pronto. No ha

podido dar toda la limosna.

Llega rápidamente DON BASILIO _por la puerta del foro y se dirige con gran misterio a su sobrina._

DON BASILIO. ¡Por un pelo!

MARCELA. ¿Cómo?

DON BASILIO. ¡Por un pelo! Entrando ellas por la puerta grande, saliendo por la verja el otro. ¡Por un pelo!

MARCELA. Pero ¿es verdad, tío, que ha vuelto más pronto que nunca?

DON BASILIO. ¡Dónde va a parar! ¡A saber[119] si esto ha sido una trampa de ella! ¡Es más larga!...

MARCELA. ¡Silencio, que viene!

DON BASILIO. ¡Ah! _Pasea silbando._

MARCELA. Ha amanecido muy buen día, ¿verdad, tío Basilio?

DON BASILIO. Muy buen día.

MARCELA. No podemos quejarnos del tiempo.

DON BASILIO. Ciertamente: no podemos quejarnos del tiempo.

Sale DOÑA CLARINES _por la puerta del foro. La sigue_ TATA.

DOÑA CLARINES. Pues va a llover.

MARCELA. ¿Cree usted que va a llover? ¿Vuelve usted por eso?

DON BASILIO. ¿Te duele el tobillo?

DOÑA CLARINES. No; pero cuando se está murmurando de una persona y se habla del tiempo porque ella llega, casi siempre llueve.

DON BASILIO. ¡Y truena! ¡Qué carape! ¡La manía de que a todas horas hemos de murmurar de ti!

DOÑA CLARINES. Como los dos tenéis el deber de hablar bien, por eso estoy segura de que habláis mal.[120] _Obedeciendo a un presentimiento._ ¿Quién estaba aquí?

Sensación. Pausa.

DON BASILIO. Nadie.

DOÑA CLARINES. ¿Nadie?

MARCELA. El tío y yo.

DON BASILIO. Y quitándote el pellejo, según has advertido. _Entre dientes._

Cosas tenedes el Cid
que farán fablar las piedras.[121]

Doña Clarines, que viene de mal temple, se quita el velo y se lo da a Tata, en unión del portamonedas.

DOÑA CLARINES. Tata.

TATA. Señora.

DOÑA CLARINES. Lleva esto a mi tocador.

TATA. Sí, señora.

Éntrase por la puerta de la derecha.

DOÑA CLARINES. Marcela.

MARCELA. Tía.

DOÑA CLARINES. Toma pluma y papel, que voy a contestarle a la señora de ahí enfrente.

MARCELA. ¿Ahora?

DOÑA CLARINES. Ahora, sí. En la única casa a que he ido, me han puesto del humor necesario.

Don Basilio saca el cuaderno de sus cantares y afila la punta de un lapicero.

MARCELA. Pues usted dirá. _Siéntase ante una mesita 10 escritorio, y va escribiendo lo que la señora le dicta. A cada instante hace gestos de protesta y disgusto._

DOÑA CLARINES. _Dictando._ «Señora doña Sebastiana Reguero. Muy señora mía: empiezo esta carta llamándole a usted señora dos veces, porque de alguna manera[122] he de empezarla; no porque crea que usted lo es, ni lo ha sido en su vida.»

Don Basilio, apenas oye la primera andanada de la carta, silba inconscientemente, y se va escapado por la puerta de la izquierda dispuesto a anotarla en el cuadernito. En seguida vuelve.

MARCELA. ¡Tía Clarines!

DOÑA CLARINES. Pon lo que yo te mande, y no te asustes por tan poco.

MARCELA. Tenga usted en cuenta...

DOÑA CLARINES. ¡Chist! «Quiere usted saber, y me lo pregunta en una carta ridícula, llena de impertinencias y de haches, por qué mi sobrina no va desde hace dos días a su casa, como antes iba. Voy a satisfacer su curiosidad en el acto, y con mejor ortografía desde luego.» Tú verás, niña, cómo escribes.[123]

MARCELA. _Suspirando._ ¡Ay!

DOÑA CLARINES. «Mi sobrina no ha vuelto a su casa, porque nada bueno puede aprender ahí.» _Don Basilio sacude los dedos y va a irse otra vez, pero se detiene._ «Ha protegido usted, a espaldas mías, los amores de ella con su novio; lo cual, en neto castellano, tiene un nombre sonoro y rotundo. En medio de él puede usted colocar perfectamente una de esas haches[124] que con tanta liberalidad prodiga.» _Vuelve a irse don Basilio: esta vez por la puerta del foro._ ¿Pero qué entrar y salir trae ese majadero?[125]

MARCELA. No sé, tía; no sé.

DOÑA CLARINES. «Aquí daría yo fin a la presente, si hoy no hubiera sabido por un azar quién es el novio de mi sobrina.»

MARCELA. _Estremeciéndose y dejando de escribir._ ¿Eh?

DOÑA CLARINES. _Dictándole con gran energía._ «... si hoy no hubiera sabido por un azar quién es el novio de mi sobrina.»

MARCELA. Pero ¿usted ha sabido?...

DOÑA CLARINES. Escribe tú.

MARCELA. _Repitiendo la frase mientras escribe_ «... quién es el novio de mi sobrina.»

Don Basilio, que se ha puesto muy serio al oír esta revelación, se guarda el cuaderno y se sienta en un rinconcito a reflexionar.

DOÑA CLARINES. «Pero como he sabido esto, debo añadirle a usted que sus manejos en este caso no revelan solamente liviandad hipócrita, sino

maldad muy grande.» _Durante las frases anteriores pasa_ TATA, _prestando oído a doña Clarines, y deteniéndose más de lo natural, desde la puerta de la derecha a la del foro._ Tata.

TATA. Señora.

DOÑA CLARINES. ¿Quieres preguntarme si estorbas para contestarte que sí?[126]

TATA. Señora, no he hecho más que atravesar de un lado a otro. No sé por dónde había de irme.

DOÑA CLARINES. Chitón, y dile a Escopeta que venga.

TATA. Si está en casa; porque es muy volandero. _Se va refunfuñando._

MARCELA. ¿Algo más, tía?

DOÑA CLARINES. Nada más. Déjame firmar. _Se sienta a ello._[127] Así: mi nombre y mis dos apellidos.[128] Yo no escribo anónimos, como algunos traidorzuelos de chicha y nabo. _Marcela mira a don Basilio y éste no sabe dónde meterse. Doña Clarines guarda el pliego en un sobre y escribe en él la dirección._ ¿Qué te ocurre, Basilio?

DON BASILIO. ¿A mí? ¡Nada! ¿Qué me ha de ocurrir? ¡Nada!

DOÑA CLARINES. _Levantándose._ Lista.[129] Ahora, sobrina, mira tú si tienes alguna otra cosa que ocultarme.

MARCELA. Yo, tía...

Llega ESCOPETA _por la puerta del foro._

ESCOPETA. Señora.

DOÑA CLARINES. Escopeta, lleve usted esta carta ahí enfrente.

ESCOPETA. _Leyendo el sobre._ Señora doña Sebastiana Reguero. Ya sé. ¿Na más que dejarla?

DOÑA CLARINES. Nada más.

ESCOPETA. ¿Espero la respuesta?

DOÑA CLARINES. No.

ESCOPETA. ¿Ni tengo que desí ninguna cosita?

DOÑA CLARINES. Ninguna.

ESCOPETA. ¡Vaya por Dios! Me iba yo afisionando... ¿Y poné yo argo de mi cosecha?

DOÑA CLARINES. ¿Cómo de su cosecha? ¡Dios lo libre a usted! Aquí no se dice ni más ni menos que lo que[130] yo mando decir. ¡Medrados estaríamos![131] _Éntrase en sus habitaciones._

ESCOPETA. ¡Me tocó la china esta vez! No hay más que aguantarse. _A_ TATA, _que sale por la puerta de la izquierda y cruza hacia la de la derecha, llena de curiosidad._ ¡Paisana! ¡No entre usté, paisana! ¡Miste que hay rayos en la armórfera, paisana!

TATA. _Volviéndose a él._ ¡Oiga usted... _militar_:[132] para ser yo paisana de usted, tendría que haber nacido en una lata de sardinas! ¡Chúpate ésa[133] y vuelve por otra! _Vase._

ESCOPETA. ¡Es grasiosa esta vieja! _Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando._

¿Quién me ha de entender a mí?...

MARCELA. _Cuando se queda sola con don Basilio._ Tío.

DON BASILIO. ¿Qué quieres?

MARCELA. Miguel va a venir.

DON BASILIO. Me lo ha dicho.

MARCELA. Pues esté usted abajo, y cuando llegue entérelo usted de todo esto.

DON BASILIO. Eso... y oro molido que me pidas,[134] ¡qué carape! Yo te quiero más que tu tía, aunque me llames el tío Carape. ¡Qué carape!

MARCELA. Ande usted, ande usted.

DON BASILIO. Descuida en mí, tontuela.

Don Basilio echa a correr por la puerta del foro, hacia la derecha, y Marcela va a entrar en las habitaciones de doña Clarines, a tiempo que de ellas sale TATA.

TATA. ¿Adónde vas, nena?

MARCELA. A ver a mi tía, Tata.

TATA. Pues no está el horno para bollos.

MARCELA. Tanto mejor.

TATA. ¿Ah, mejor?

MARCELA. Sí. Cuando llegue mi novio, que va a venir ahora, avísenos usted.

TATA. ¿Que va a venir tu novio?

MARCELA. Que va a venir, sí: con el tío Basilio. ¡Ojalá hubiera venido antes! _Vase por la puerta de la derecha._

TATA. _Santiguándose repetidas veces._

¡Santa Bárbara bendita[135]
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
en el árbol de la Cruz,
Padre nuestro, amén Jesús!

Sale LUJÁN _por la puerta del foro, y sorprende a Tata en su invocación._

LUJÁN. Pero, señor, ¿qué sucede aquí?

TATA. ¡Ay, señor Luján!

LUJÁN. Al llegar yo, salía Escopeta con una carta que me dice que es un explosivo; ahora bajaba el otro las escaleras rodándolas materialmente;[136] usted se santigua... ¿Qué es esto?

TATA. ¡Ay, señor Luján! ¡Prepare usted el tambor, que hoy tenemos títeres!

LUJÁN. ¿Cómo que tenemos hoy títeres? Expliqúese usted, Tata.

TATA. ¡Doña Clarines lo sabe ya todo!

LUJÁN. ¿Todo?

TATA. ¡Todo! ¡De lo más grave se ha enterado en la primera casa donde entramos a dar la limosna! Se lo dijeron sin querer hacerle mal ninguno: al contrario. Pero al oírlo se quedó blanca como la mesma nieve, aunque hizo por disimular. Y al salir de allí, fué, y me dijo: «Tata, vámonos a casa.» Y acá volvimos sin chistar. Nunca hasta hoy se ha dejado de dar la limosna completa.

LUJÁN. ¿Y Marcelita?

TATA. Con ella está ahora mesmo. Parece ser que como ya no hay tapujos que valgan, el novio va a venir a verla. ¡Qué _turbamulta_! ¡Milagro será que la señora no se meta esta tarde en el confesonario!

LUJÁN. ¿Qué dice usted? ¿En el confesonario?

TATA. Sí, señor: la señora tiene en su alcoba un confesonario, que fué de un abuelo suyo medio santo o medio profeta, y siempre que se ve en algún caso de conciencia que es grave, en él se mete y se está allí las horas y las horas.

LUJÁN. ¡Costumbre más original! Voy de asombro en asombro en esta santa casa.

TATA. Ello vino de que doña Clarines le descubrió una maca gorda al cura que la confesaba, y se la plantó con pelos y señales.[137] El buen señor se incomodó tanto y más cuanto,[138] y la señora entonces mandó limpiar y barnizar ese mueble antiguo, y en él se mete las veces que le digo a usted. Y cuando sale, señor Luján... ¡aaaaah!... son de oírse las _másimas_ y las sentencias que echa por su boca. ¡Ni que el mesmo Dios se las dijera al oído![139]

LUJÁN. Le aseguro a usted, Tata, que cada vez admiro más a esta buena señora.

TATA. ¡Aaaaah!

LUJÁN. Ya tenemos ahí a nuestro hombre.

TATA. ¿Viene por el jardín? _Asomándose a los cristales._ ¡Aaaaah!

LUJÁN. Yo aquí estorbo, Tata. Dígale usted a don Basilio que en su despacho estoy. _Vase por la puerta de la izquierda._

TATA. Y Dios sea con todos, señor. Vamos a anunciar que está aquí el señorito. ¡Santa María de la Cabeza! _Éntrase por la puerta de la derecha, haciendo gestos de tribulación._

Por la del foro llegan MIGUEL _y_ DON BASILIO.

MIGUEL. Otra vez aquí. A fe que no sospechaba volver tan pronto.

DON BASILIO. Ni yo que usted volviera. Pero, ya lo ve usted: con esta hermana mía no es posible atar dos cuartos de cominos.[140]

MIGUEL. ¿Marcela está con ella quizás?

DON BASILIO. No sé... Es lo probable. Ahora lo veremos. ¡Ah! Una cosa que no quiero que se me olvide: ¡no se le vaya a escurrir a usted, por

Dios, que ha estado aquí hace un rato![141]

MIGUEL. Pierda usted cuidado, señor.

DON BASILIO. Nada más fácil. Comprenda usted con qué intención podré yo advertirle...[142]

MIGUEL. Sí, sí...

DON BASILIO. Le veo a usted muy nervioso.

MIGUEL. Mucho, no: un poco.

Sale TATA _por donde se fué._

DON BASILIO. A tiempo llegas, Tata.

TATA. Santos y buenos días.

MIGUEL. Buenos días.

TATA. La señora viene en seguida a hablar con usted. _A don Basilio._ El señor Luján le espera a usted en su despacho.

DON BASILIO. ¿A mí?

TATA. A usted.

DON BASILIO. Ah, pues voy allá. Esto es importante. Hasta luego, querido Miguel.

MIGUEL. Adiós, don Basilio.

Vase éste por la puerta de la izquierda, examinando el cuadernito de las coplas. Miguel, con aire preocupado, va de aquí para allá, mirando distraído la estancia. Tata lo observa melancólicamente. Pausa.

TATA. _Muy para sí._ Es verlo... es verlo... _Esforzándose para hablar._ ¿No se sienta usted?

MIGUEL. Gracias. No estoy cansado. _Nueva pausa._ ¿Lleva usted mucho tiempo con la señora?

TATA. Mucho tiempo. Con el pelo negro la conocí, y hoy lo tiene más blanco que el mío. Yo sé más que nadie de esta casa. Dispense, caballero; pero no puedo mirarlo sin llorar... Con permiso. _Vase conteniendo el llanto por la misma puerta de la derecha._

MIGUEL. _Impresionado._ Es indudable: despierto aquí un pasado muy

doloroso... El llanto de esta vieja es revelador. _Nueva pausa._ Ya viene.

Sale por la puerta de la derecha MARCELA, _seguida de_ DOÑA CLARINES. _Ésta, al mirar a Miguel, no puede reprimir un movimiento de asombro, vivamente herida en su recuerdo. Pausa._

MARCELA. Mi tía...

MIGUEL. Señora...

DOÑA CLARINES. _Adelantándose a la presentación que va a hacer Marcela._ No me digas su nombre: sé quién es. Vete tú.

Vase Marcela por la puerta de la izquierda.

MIGUEL. Señora... puesto que ya sabe usted quién soy...

DOÑA CLARINES. ¡Oh! Sin ningún antecedente lo hubiera sabido con sólo verlo... Bien lo declara mi turbación, que impedir no he podido... No la extrañe usted, porque su presencia ha hecho pasar por mi memoria una ráfaga del dolor que destrozó mi vida... _Se sienta y le invita con el ademán a hacer lo mismo. Pausa._ ¡Pasó! Pasó ya. Hay algo más fuerte que la mujer más fuerte. Siéntese usted, si gusta.

MIGUEL. _Obedeciendo._ Mil gracias.

DOÑA CLARINES. El esfuerzo de voluntad que necesito para olvidarme de quién es usted, es mayor de lo que yo creía: pero debo hacerlo, y lo hago. Tranquilícese. Ya no es usted más ante mí que el hombre que quiere á Marcela, ni yo soy más ahora que la persona a cuyo amparo vive. ¿Se sorprende usted?

MIGUEL. ¿Por qué negarlo? Sí, señora. Era lo primero que venía dispuesto a pedirle a usted como gracia, y es lo primero que usted me concede sin pedirlo.

DOÑA CLARINES. Otra cosa no sería justa.

MIGUEL. Tal creo. Siempre he pensado que si para toda culpa hay castigo, también hay perdón.

DOÑA CLARINES. ¿Y quién le ha dicho a usted que yo perdono?

MIGUEL. ¿No es perdonar esto?

DOÑA CLARINES. Nunca. Yo no perdono nunca: si acaso, olvido, o separo unas cosas de otras, como ahora he hecho. El perdón no está en mis costumbres. Creo que es inmoral. Por él viven y medran todos los

malvados. Así se lo dije un día al señor obispo, y no ha vuelto más por mi casa. Ya volverá cuando me necesite. ¿También le sorprende a usted que yo no perdone?

MIGUEL. También; sí, señora.

DOÑA CLARINES. Pero ¿a usted tengo algo que perdonarle?

MIGUEL. A mí, nada. No hablé por mí al hablar de perdón.

DOÑA CLARINES. Pues de usted sólo hemos de hablar aquí. Lo pasado a que usted quiere referirse, no lo borrará más que la muerte. Y yo no he de morirme en algún tiempo. Deseo vivir mucho. La muerte nos iguala a todos, y siempre me parecerá pronto[143] para ser yo igual a otras personas. ¿Entiende usted?

MIGUEL. Entiendo.

DOÑA CLARINES. Volvamos a usted.

MIGUEL. Sí, señora. Ya le habrá contado Marcela...

DOÑA CLARINES. Sí, señor. Y no le he creído una palabra.

MIGUEL. ¿Por qué?

DOÑA CLARINES. Porque lleva tres meses en mi casa, y me ha estado engañando los tres meses. ¿Se le figura a usted poca razón para no creerla?

MIGUEL. Es que si Marcela ha ocultado... ha sido por un motivo muy explicable...

DOÑA CLARINES. Muy explicable para usted, que no me conocía. Ella ha debido discurrir de otro modo.

MIGUEL. Es tan niña...

DOÑA CLARINES. No es tan niña cuando quiere a un hombre.

MIGUEL. Declaro que ella sola me ha contenido para dar este paso antes.

DOÑA CLARINES. Peor que peor. ¿Y es cierto que nadie ha querido presentarlo a usted en mi casa?

MIGUEL. Es cierto.

DOÑA CLARINES. ¿Sabe usted por qué?

MIGUEL. Señora...

DOÑA CLARINES. Dígame lo que sepa. Yo no tiemblo ante la verdad como la gente, porque siempre la llevo en los labios.

MIGUEL. Guadalema toda cree que usted me arrojaría sin oírme por las escaleras de su casa.

DOÑA CLARINES. ¡Gran sentido moral el de Guadalema!

MIGUEL. Guadalema entera cree que doña Clarines...

DOÑA CLARINES. Siga usted.

MIGUEL. Cree que doña Clarines...

DOÑA CLARINES. ¿Es loca, no?

MIGUEL. Justamente. Yo también digo la verdad.

DOÑA CLARINES. Dispense usted: la he dicho yo. Usted no se atrevía. Fama de loca gozo, sí, señor. Y muy bien ganada. Y la conservaré mientras viva. ¿No conoce usted cuál es mi locura? Pues llamarle al que roba, ladrón, y al que miente, embustero, y al que huye, cobarde, y al que engaña a una mujer, villano. Ésta es mi locura. Todos los locos tenemos una gran manía, y a mí me dió por aprender a conciencia el idioma. ¿Qué le parece a usted?

MIGUEL. Que yo por de pronto me felicito de esa gran manía. Tiemble ante las verdades de usted quien lleve sombras en la conciencia. Yo, siendo quien soy y como soy, la oigo a usted tranquilo. Califíqueme usted como merezca.

DOÑA CLARINES. Es claro que lo haré. No había usted de ser la excepción.

MIGUEL. Verá usted que no soy más que un hombre que estudia y trabaja, y que está enamorado de Marcela.

DOÑA CLARINES. Eso no le toca a usted decirlo, sino a mí averiguarlo.

MIGUEL. Se lo he dicho a usted para que cuando lo averigüe se convenza de que yo no miento.

DOÑA CLARINES. Y yo le pido a Dios que así sea. Si lo que quiere usted es la ventura de Marcela...

MIGUEL. Sí; eso quiero.

DOÑA CLARINES. Yo también. Y siendo así, en lo mejor del camino hemos de encontrarnos.[144]

MIGUEL. Y pronto, muy pronto.

DOÑA CLARINES. Tal vez. No le quito a usted la esperanza. Pero ni me abandono ni me confío; porque yo mejor que nadie sé que la traición se esconde bajo las palabras más bellas.

MIGUEL. Señora, dejemos de hablar de mí para hablar de usted. A despecho de algo que no puede menos de herirme, yo no convengo con todos en llamar locura a lo que, para mí al menos, es cordura y bondad. Mis ideas cambian a medida que la oigo a usted, y a cada paso hallo mayor distancia entre el falso rumor callejero y lo que escucho de su boca. No es doña Clarines la que tengo enfrente, aquella que me pintaron[145] en las casas de Guadalema. Y pienso que mientras ellos ahora mismo comentan con malsana fruición esta entrevista nuestra, suponiéndola a usted capaz de todo insulto para mi persona, usted es tan generosa que prescinde de lo que fué...[146] y me juzga con serenidad y nobleza.

DOÑA CLARINES. ¡Ay, Guillermo!

MIGUEL. Miguel.

DOÑA CLARINES. _Con amargura._ Miguel: es verdad. Si yo no perdono a quien ultraja, menos aún condeno a quien no tiene culpa.

MIGUEL. No toquemos más esa herida. Hablemos ahora de Marcela.

DOÑA CLARINES. ¿Para qué? Va usted a decirme de ella lo que ella me dice de usted.

MIGUEL. ¿Qué le dice de mí?

DOÑA CLARINES. Que es bueno, y que es bueno, y que es bueno.

MIGUEL. ¿Y usted lo duda?

DOÑA CLARINES. _Con emoción._ ¿Su madre de usted, vive?

MIGUEL. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Y es muy buena?

MIGUEL. Muy buena es.

DOÑA CLARINES. Ya. ¿Conoce a Marcela?

MIGUEL. La conoce y la quiere, y goza en verme tan enamorado.

DOÑA CLARINES. ¿Pero lo está usted mucho?

MIGUEL. Mucho. Sueño para ella una ventura tan grande que no quepa en el mundo. Conocí yo a Marcela cuando empezaba mi corazón a alborear al amor y a la vida. No he querido a otra mujer que a ella, ni ella ha querido a más hombre que a mí. No sé qué horas nos tendrá reservadas la vida, pero yo no las deseo ni las concibo más felices que estas horas en que ella y yo, tejiendo ilusiones, llegamos hasta los días que vendrán y los forjamos tan dichosos como los que vivimos. Nuestro charlar es a veces de niños; a veces de locos... No sé... Si gozo, goza; si río, ríe; si llora, lloro; si canta, canto... Parecemos dos y somos uno...

DOÑA CLARINES. _Con dolorosa angustia._ Silencio.

MIGUEL. ¿Qué?

DOÑA CLARINES. Silencio. Despiertan su voz y sus palabras en mis oídos un eco lejano, que no quiero volver a oír. Perdóneme, y llame a Marcela.

MIGUEL. ¿A Marcela?

DOÑA CLARINES. Sí. Que venga con usted.

MIGUEL. Siento, señora, que mis palabras de cariño...

DOÑA CLARINES. Porque son de usted, y son de cariño, no quiero volverlas a oír. Traiga usted a Marcela.

MIGUEL. Voy por ella, voy. Respeto su dolor, señora... Su bondad me conmueve... Lloro y tiemblo de gratidud. ¡Esperaba de su boca palabras tan distintas!... Yo le aseguro a usted que nunca tendrá que arrepentirse de esta bondad con que me trata. Voy por Marcela ya. _Vase por la puerta de la izquierda. Pausa._

DOÑA CLARINES. _Mirando al cielo._ ¡Gracias, Señor, que me diste la entereza que necesitaba para ser justa!

Salen juntos a poco MARCELA _y_ MIGUEL.

MARCELA. Tía.

DOÑA CLARINES. Ven acá.

MARCELA. ¡Qué bien ha hecho Miguel en venir a verla!

DOÑA CLARINES. Tan mal como tú hiciste[147] en engañarme.

MARCELA. Es que ya sabe usted que yo temía...

DOÑA CLARINES. Temías, porque mentías. La mentira es siempre cobarde. Miguel no lo ha sido, y ahora se alegra de ello; porque ha visto al acercarse a mí, que las cosas no son como las gentes quieren que sean, sino como son.

MIGUEL. Así es. Y en vano será desfigurarlas.

DOÑA CLARINES. Mal me conocen los que creen que yo soy capaz de llevar mi odio hasta el extremo de hacer con tu vida y con tu amor lo mismo que hicieron[148] con los míos. ¡Dígalo usted así a los cuatro vientos por toda Guadalema! Y ahora, en secreto, para que no salga de los tres[149] que aquí estamos... oídme a mí... que quiero que seáis muy dichosos. _Éntrase en sus habitaciones conteniendo las lágrimas._

MARCELA. ¿Ves, Miguel, como es buena?

MIGUEL. Es buena, sí: para mí más que para nadie.

Sale LUJÁN _por la puerta de la izquierda. Lo sigue_ DON BASILIO.

LUJÁN. ¿Y doña Clarines?

MARCELA. Ya se fué.

MIGUEL. Y con los ojos llenos de lágrimas, por cierto.

LUJÁN. ¿Vió usted nunca más extraña mujer?

MIGUEL. Nunca. De todos aquí, el más sorprendido soy yo.

Por la puerta de la derecha vuelve a salir TATA.

TATA. _Entre lágrimas._ ¡Años hace que no llora como está llorando!... ¡Aaaaah!

DON BASILIO. ¿Qué os dije yo? ¡Siempre pita por donde no se la espera! ¿Es loca o no es loca?

TATA. ¿Qué ha de ser loca,[150] charlatán?

DON BASILIO. ¡Tata!

TATA. ¡El loco, y el zascandil, y el botarate, y el borracho, es usted! ¡Tío Carape!

DON BASILIO. ¡Che, che, che: que tus canas tienen un límite!

TATA. ¡Sí, señor: pero no será el de teñirlas, que es el que han tenido las de usted! ¡Decir que es loca mi señora!

DON BASILIO. ¿Qué te parece?

LUJÁN. Que tiene razón Tata.

DON BASILIO. _¿Tu quoque?_

LUJÁN. Si es loca o no doña Clarines, pregúntaselo a éstos. _Por los novios, que cuchichean en un rincón, y que al oírlo atienden a sus palabras._ No es loca, no. Es que vivimos respirando mentira, cogidos todos en una red de farsa y de disimulo, y la verdad, siempre la verdad, sólo la verdad, acaba por parecer locura.

MIGUEL. Es cierto: la verdad parece locura. Como también es cierto que ahora estamos contentos todos, porque del odio ha triunfado el amor, y de la pasión la justicia.

MAÑANA DE SOL

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO LARA el 23 de Febrero de 1905.

A DOÑA BALBINA VALVERDE
INSIGNE ACTRIZ

EN TESTIMONIO DE ADMIRACIÓN Y SIMPATÍA,

LOS AUTORES.

PERSONAJES

DOÑA LAURA
PETRA
DON GONZALO
JUANITO

MAÑANA DE SOL

Lugar apartado de un paseo público, en Madrid. Un banco a la izquierda del actor. Es una mañana de otoño templada y alegre.

DOÑA LAURA _y_ PETRA _salen por la derecha. Doña Laura es una viejecita setentona, muy pulcra, de cabellos muy blancos y manos muy finas y bien cuidadas. Aunque está en la edad de chochear, no chochea. Se apoya de una mano en una sombrilla, y de la otra en el brazo de Petra, su criada._

DOÑA LAURA. Ya llegamos... Gracias a Dios. Temí que me hubieran quitado el sitio. Hace una mañanita tan templada...

PETRA. Pica el sol.

DOÑA LAURA. A ti, que tienes veinte años. _Siéntase en el banco._ ¡Ay!... Hoy me he cansado más que otros días. _Pausa. Observando a Petra, que parece impaciente._ Vete, si quieres, a charlar con tu guarda.

PETRA. Señora, el guarda no es mío; es del jardín.

DOÑA LAURA. Es más tuyo que del jardín. Anda en su busca, pero no te alejes.

PETRA. Está allí esperándome.

DOÑA LAURA. Diez minutos de conversación, y aquí en seguida.

PETRA. Bueno, señora.

DOÑA LAURA. _Deteniéndola._ Pero escucha.

PETRA. ¿Qué quiere usted?

DOÑA LAURA. ¡Que te llevas las miguitas de pan!

PETRA. Es verdad; ni sé dónde tengo la cabeza.

DOÑA LAURA. En la escarapela del guarda.

PETRA. Tome usted. _Le da un cartucho de papel pequeñito y se va por la izquierda._

DOÑA LAURA. Anda con Dios. _Mirando hacia los árboles de la derecha._ Ya están llegando los tunantes. ¡Cómo me han cogido la hora!...[151] _Se levanta, va hacia la derecha y arroja adentro, en tres puñaditos, las migas de pan._ Éstas, para los más atrevidos... Éstas, para los más glotones... Y éstas, para los más granujas, que son los más chicos... Je... _Vuelve a su banco y desde él observa complacida el festín de los pájaros._ Pero, hombre, que siempre has de bajar tú el primero. Porque eres el mismo: te conozco. Cabeza gorda, boqueras grandes... Igual a mi administrador. Ya baja otro. Y otro. Ahora dos juntos. Ahora tres. Ese chico va a llegar hasta aquí. Bien; muy bien: aquél coge su miga y se va a una rama a comérsela. Es un filósofo. Pero ¡qué nube! ¿De dónde salen tantos? Se conoce que ha corrido la voz... Je, je... Gorrión habrá que venga[152] desde la Guindalera. Je, je... Vaya, no pelearse,[153] que hay para todos. Mañana traigo más.

Salen DON GONZALO _y_ JUANITO _por la izquierda del foro. Don Gonzalo es un viejo contemporáneo de doña Laura, un poco cascarrabias. Al andar arrastra los pies. Viene de mal temple, del brazo de Juanito, su criado._

DON GONZALO. Vagos, más que vagos... Más valía que estuvieran diciendo misa...

JUANITO. Aquí se puede usted sentar: no hay más que una señora.

Doña Laura vuelve la cabeza y escucha el diálogo.

DON GONZALO. No me da la gana, Juanito. Yo quiero un banco solo.

JUANITO. ¡Si no lo hay!

DON GONZALO. ¡Es que aquél es mío!

JUANITO. Pero si se han sentado tres curas...[154]

DON GONZALO. ¡Pues que se levanten!... ¿Se levantan, Juanito?

JUANITO. ¡Qué se han de levantar![155] Allí están de charla.

DON GONZALO. Como si los hubieran pegado al banco... No; si cuando los curas cogen un sitio... ¡cualquiera los echa![156] Ven por aquí, Juanito, ven por aquí.

Se encamina hacia la derecha resueltamente. Juanito lo sigue.

DOÑA LAURA. _Indignada._ ¡Hombre de Dios!

DON GONZALO. _Volviéndose._ ¿Es a mí?

DOÑA LAURA. Sí, señor; a usted.

DON GONZALO. ¿Qué pasa?

DOÑA LAURA. ¡Que me ha espantado usted los gorriones, que estaban comiendo miguitas de pan!

DON GONZALO. ¿Y yo qué tengo que ver con los gorriones?

DOÑA LAURA. ¡Tengo yo!

DON GONZALO. ¡El paseo es público!

DOÑA LAURA. Entonces no se queje usted de que le quiten el asiento los curas.

DON GONZALO. Señora, no estamos presentados. No sé por qué se toma usted la libertad de dirigirme la palabra. Sígueme, Juanito.

Se van los dos por la derecha.

DOÑA LAURA. ¡El demonio del viejo! No hay como llegar a cierta edad para ponerse impertinente. _Pausa._ Me alegro; le han quitado aquel banco también. ¡Anda! para que me espante los pajaritos.[157] Está furioso... Sí, sí; busca, busca. Como no te sientes en el sombrero...[158] ¡Pobrecillo! Se limpia el sudor... Ya viene, ya viene... Con los pies levanta más polvo que un coche.

DON GONZALO. _Saliendo por donde se fué y encaminándose a la izquierda._ ¿Se habrán ido los curas, Juanito?

JUANITO. No sueñe usted con eso, señor. Allí siguen.

DON GONZALO. ¡Por vida...! _Mirando a todas partes perplejo._ Este Ayuntamiento, que no pone más bancos para estas mañanas de sol... Nada, que me tengo que conformar con el de la vieja. _Refunfuñando, siéntase al otro extremo que doña Laura, y la mira con indignación._ Buenos días.

DOÑA LAURA. ¡Hola! ¿Usted por aquí?

DON GONZALO. Insisto en que no estamos presentados.

DOÑA LAURA. Como me saluda usted, le contesto.

DON GONZALO. A los buenos días se contesta con los buenos días, que es lo que ha debido usted hacer.

DOÑA LAURA. También usted ha debido pedirme permiso para sentarse en este

banco, que es mío.

DON GONZALO. Aquí no hay bancos de nadie.

DOÑA LAURA. Pues usted decía que el de los curas era suyo.

DON GONZALO. Bueno, bueno, bueno... se concluyó. _Entre dientes._ Vieja chocha... Podía estar haciendo calceta...

DOÑA LAURA. No gruña usted, porque no me voy.

DON GONZALO. _Sacudiéndose las botas con el pañuelo._ Si regaran un poco más, tampoco perderíamos nada.

DOÑA LAURA. Ocurrencia es: limpiarse las botas con el pañuelo de la nariz.

DON GONZALO. ¿Eh?

DOÑA LAURA. ¿Se sonará usted con un cepillo?

DON GONZALO. ¿Eh? Pero, señora, ¿con qué derecho...?

DOÑA LAURA. Con el de vecindad.

DON GONZALO. _Cortando por lo sano._ Mira, Juanito, dame el libro; que no tengo ganas de oír más tonteras.

DOÑA LAURA. Es usted muy amable.

DON GONZALO. Si no fuera usted tan entrometida...

DOÑA LAURA. Tengo el defecto de decir todo lo que pienso.

DON GONZALO. Y el de hablar más de lo que conviene. Dame el libro, Juanito.

JUANITO. Vaya, señor. _Saca del bolsillo un libro y se lo entrega. Paseando luego por el foro, se aleja hacia la derecha y desaparece._

Don Gonzalo, mirando a doña Laura siempre con rabia, se pone unas gafas prehistóricas, saca una gran lente, y con el auxilio de toda esa cristalería se dispone a leer.

DOÑA LAURA. Creí que iba usted a sacar ahora un telescopio.

DON GONZALO. ¡Oiga usted!

DOÑA LAURA. Debe usted de tener muy buena vista.

DON GONZALO. Como cuatro veces mejor que usted.

DOÑA LAURA. Ya, ya se conoce.

DON GONZALO. Algunas liebres y algunas perdices lo pudieran atestiguar.

DOÑA LAURA. ¿Es usted cazador?

DON GONZALO. Lo he sido... Y aún... aún...

DOÑA LAURA. ¿Ah, sí?

DON GONZALO. Sí, señora. Todos los domingos, ¿sabe usted? cojo mi escopeta y mi perro, ¿sabe usted? y me voy a una finca de mi propiedad, cerca de Aravaca... A matar el tiempo, ¿sabe usted?

DOÑA LAURA. Sí; como no mate usted el tiempo... ¡lo que es otra cosa![159]

DON GONZALO. ¿Conque no? Ya le enseñaría yo a usted una cabeza de jabalí que tengo en mi despacho.

DOÑA LAURA. ¡Toma! y yo a usted una piel de tigre que tengo en mi sala. ¡Vaya un argumento!

DON GONZALO. Bien está, señora. Déjeme usted leer. No estoy por darle a usted más palique.[160]

DOÑA LAURA. Pues con callar, hace usted su gusto.

DON GONZALO. Antes voy a tomar un polvito. _Saca una caja de rapé._ De esto sí le doy. ¿Quiere usted?

DOÑA LAURA. Según. ¿Es fino?

DON GONZALO. No lo hay mejor. Le agradará.

DOÑA LAURA. A mí me descarga mucho la cabeza.

DON GONZALO. Y a mí.

DOÑA LAURA. ¿Usted estornuda?

DON GONZALO. Sí, señora: tres veces.

DOÑA LAURA. Hombre, y yo otras tres: ¡qué casualidad!

Después de tomar cada uno su polvito, aguardan los estornudos haciendo visajes, y estornudan alternativamente.

DOÑA LAURA. ¡Ah... chis!

DON GONZALO. ¡Ah... chis!

DOÑA LAURA. ¡Ah... chis!

DON GONZALO. ¡Ah...chis!

DOÑA LAURA. ¡Ah... chis!

DON GONZALO. ¡Ah... chis!

DOÑA LAURA. ¡Jesús!

DON GONZALO. Gracias. Buen provechito.

DOÑA LAURA. Igualmente. (Nos ha reconciliado el rapé.)

DON GONZALO. Ahora me va usted a dispensar que lea en voz alta.

DOÑA LAURA. Lea usted como guste: no me incomoda.

DON GONZALO. _Leyendo._

Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.[161]

De Campoamor; es de Campoamor.

DOÑA LAURA. ¡Ah!

DON GONZALO. _Leyendo._

Las niñas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa a un santo.[162]

Éstas son humoradas.

DOÑA LAURA. Humoradas, sí.

DON GONZALO. Prefiero las doloras.

DOÑA LAURA. Y yo.

DON GONZALO. También hay algunas en este tomo. _Busca las doloras y lee._ Escuche usted ésta:

Pasan veinte años: vuelve él...

DOÑA LAURA. No sé qué me da[163] verlo a usted leer con tantos cristales...

DON GONZALO. ¿Pero es que usted, por ventura, lee sin gafas?

DOÑA LAURA. ¡Claro!

DON GONZALO. ¿A su edad?... Me permito dudarlo.

DOÑA LAURA. Déme usted el libro. _Lo toma de mano de don Gonzalo, y lee:_

Pasan veinte años:[164] vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:
(--¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(--¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

Le devuelve el libro.

DON GONZALO. En efecto: tiene usted una vista envidiable.

DOÑA LAURA. (¡Como que me sé los versos de memoria!)

DON GONZALO. Yo soy muy aficionado a los buenos versos... Mucho.[165] Y hasta los compuse en mi mocedad.

DOÑA LAURA. ¿Buenos?

DON GONZALO. De todo había.[166] Fuí amigo de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer... A Zorrilla lo conocí en América.

DOÑA LAURA. ¿Ha estado usted en América?

DON GONZALO. Varias veces. La primera vez fui de seis años.

DOÑA LAURA. ¿Lo llevaría[167] a usted Colón en una carabela?

DON GONZALO. _Riéndose._ No tanto, no tanto... Viejo soy, pero no conocí a los Reyes Católicos...

DOÑA LAURA. Je, je...

DON GONZALO. También fui gran amigo de éste: de Campoamor. En Valencia nos conocimos... Yo soy valenciano.

DOÑA LAURA. ¿Sí?

DON GONZALO. Allí me crié; allí pasé mi primera juventud... ¿Conoce usted aquello?[168]

DOÑA LAURA. Sí, señor. Cercana a Valencia, a dos o tres leguas de camino, había una finca que si aún existe se acordará de mí. Pasé en ella algunas temporadas. De esto hace muchos años;[169] muchos. Estaba próxima al mar, oculta entre naranjos y limoneros... Le decían... ¿cómo le decían?... _Maricela._

DON GONZALO. _¿Maricela?_

DOÑA LAURA. _Maricela._ ¿Le suena a usted el nombre?

DON GONZALO. ¡Ya lo creo! Como que si yo no estoy trascordado--con los años se va la cabeza,--allí vivió la mujer más preciosa que nunca he visto. ¡Y ya he visto algunas en mi vida!... Deje usted, deje usted...[170] Su nombre era Laura. El apellido no lo recuerdo... _Haciendo memoria._ Laura. Laura... ¡Laura Llorente!

DOÑA LAURA. Laura Llorente...

DON GONZALO. ¿Qué?

Se miran con atracción misteriosa.

DOÑA LAURA. Nada... Me está usted recordando a mi mejor amiga.

DON GONZALO. ¡Es casualidad!

DOÑA LAURA. Sí que es peregrina casualidad. La _Niña de Plata_.

DON GONZALO. La _Niña de Plata_... Así le decían los huertanos y los pescadores. ¿Querrá usted creer que la veo ahora mismo, como si la tuviera presente, en aquella ventana de las campanillas azules?... ¿Se acuerda usted de aquella ventana?...

DOÑA LAURA. Me acuerdo. Era la de su cuarto. Me acuerdo.

DON GONZALO. En ella se pasaba horas enteras... En mis tiempos, digo.

DOÑA LAURA. _Suspirando._ Y en los míos también.

DON GONZALO. Era ideal, ideal... Blanca como la nieve... Los cabellos muy negros... Los ojos muy negros y muy dulces... De su frente parecía que brotaba luz... Su cuerpo era fino, esbelto, de curvas muy suaves...

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana![171]

Era un sueño, era un sueño...

DOÑA LAURA. (¡Si supieras que la tienes al lado, ya verías lo que los sueños valen!) Yo la quise de veras, muy de veras. Fué muy desgraciada. Tuvo unos amores muy tristes.

DON GONZALO. Muy tristes.

Se miran de nuevo.

DOÑA LAURA. ¿Usted lo sabe?

DON GONZALO. Sí.

DOÑA LAURA. (¡Qué cosas hace Dios! Este hombre es aquél.)

DON GONZALO. Precisamente el enamorado galán, si es que nos referimos los dos al mismo caso...

DOÑA LAURA. ¿Al del duelo?

DON GONZALO. Justo: al del duelo. El enamorado galán era... era un pariente mío, un muchacho de toda mi predilección.

DOÑA LAURA. Ya, vamos, ya. Un pariente... A mí me contó ella en una de sus últimas cartas, la historia de aquellos amores, verdaderamente románticos.

DON GONZALO. Platónicos. No se hablaron nunca.

DOÑA LAURA. Él, su pariente de usted, pasaba todas las mañanas a caballo por la veredilla de los rosales, y arrojaba a la ventana un ramo de flores, que ella cogía.

DON GONZALO. Y luego, a la tarde, volvía a pasar el gallardo jinete, y recogía un ramo de flores que ella le echaba. ¿No es esto?

DOÑA LAURA. Eso es. A ella querían casarla con un comerciante... un cualquiera, sin más títulos que el de enamorado.

DON GONZALO. Y una noche que mi pariente rondaba la finca para oírla cantar, se presentó de improviso aquel hombre.

DOÑA LAURA. Y le provocó.

DON GONZALO. Y se enzarzaron.

DOÑA LAURA. Y hubo desafío.

DON GONZALO. Al amanecer: en la playa. Y allí se quedó malamente herido el provocador. Mi pariente tuvo que esconderse primero, y luego que huir.

DOÑA LAURA. Conoce usted al dedillo la historia.

DON GONZALO. Y usted también.

DOÑA LAURA. Ya le he dicho a usted que ella me la contó.

DON GONZALO. Y mi pariente a mí... (Esta mujer es Laura... ¡Qué cosas hace Dios!)

DOÑA LAURA. (No sospecha quién soy: ¿para qué decírselo? Que conserve aquella ilusión...)

DON GONZALO. (No presume que habla con el galán... ¿Qué ha de presumirlo?... Callaré.)

Pausa.

DOÑA LAURA. ¿Y fue usted, acaso, quien le aconsejó a su pariente que no volviera a pensar en Laura? (¡Anda con ésa![172])

DON GONZALO. ¿Yo? ¡Pero si mi pariente no la olvidó un segundo!

DOÑA LAURA. Pues ¿cómo se explica su conducta?

DON GONZALO. ¿Usted sabe?... Mire usted, señora: el muchacho se refugió primero en mi casa--temeroso de las consecuencias del duelo con aquel hombre, muy querido allá;--luego se trasladó a Sevilla; después vino a Madrid... Le escribió a Laura ¡qué sé yo el número de cartas!--algunas en verso, me consta...--Pero sin duda las debieron de interceptar los padres de ella, porque Laura no contestó... Gonzalo, entonces, desesperado, desengañado, se incorporó al ejército de África, y allí, en una trinchera, encontró la muerte, abrazado a la bandera española y repitiendo el nombre de su amor: Laura... Laura... Laura...

DOÑA LAURA. (¡Qué embustero!)

DON GONZALO. (No me he podido matar de un modo más gallardo.)

DOÑA LAURA. ¿Sentiría[173] usted a par del alma esa desgracia?

DON GONZALO. Igual que si se tratase de mi persona. En cambio, la ingrata, quién sabe si estaría a los dos meses cazando mariposas en su jardín, indiferente a todo...

DOÑA LAURA. Ah, no, señor; no, señor...

DON GONZALO. Pues es condición de mujeres...

DOÑA LAURA. Pues aunque sea condición de mujeres, la _Niña de Plata_ no era así. Mi amiga esperó noticias un día, y otro, y otro... y un mes, y un año... y la carta no llegaba nunca. Una tarde, a la puesta del sol, con el primer lucero de la noche, se la vió salir resuelta camino de la playa... de aquella playa donde el predilecto de su corazón se jugó la vida. Escribió su nombre en la arena--el nombre de él,[174]--y se sentó luego en una roca, fija la mirada en el horizonte... Las olas murmuraban su monólogo eterno... e iban poco a poco cubriendo la roca en que estaba la niña... ¿Quiere usted saber más?... Acabó de subir la marea... y la arrastró consigo...

DON GONZALO. ¡Jesús!

DOÑA LAURA. Cuentan los pescadores de la playa, que en mucho tiempo no pudieron borrar las olas aquel nombre escrito en la arena. (¡A mí no me ganas tú a finales poéticos!)

DON GONZALO. (¡Miente más que yo!)

Pausa.

DOÑA LAURA. ¡Pobre Laura!

DON GONZALO. ¡Pobre Gonzalo!

DOÑA LAURA. (¡Yo no le digo que a los dos años me casé con un fabricante de cervezas!)

DON GONZALO. (¡Yo no le digo que a los tres meses me largué a París con una bailarina!)

DOÑA LAURA. Pero ¿ha visto usted cómo nos ha unido la casualidad, y cómo una aventura añeja ha hecho que hablemos lo mismo que si fuéramos amigos antiguos?

DON GONZALO. Y eso que empezamos riñendo.

DOÑA LAURA. Porque usted me espantó los gorriones.

DON GONZALO. Venía muy mal templado.

DOÑA LAURA. Ya, ya lo vi. ¿Va usted a volver mañana?

DON GONZALO. Si hace sol, desde luego. Y no sólo no espantaré los gorriones, sino que también les traeré miguitas...

DOÑA LAURA. Muchas gracias, señor... Son buena gente; se lo merecen todo. Por cierto que no sé dónde anda mi chica... _Se levanta._ ¿Qué hora será ya?

DON GONZALO. _Levantándose._ Cerca de las doce. También ese bribón de Juanito... _Va hacia la derecha._

DOÑA LAURA. _Desde la izquierda del foro, mirando hacia dentro._ Allí la diviso con su guarda... _Hace señas con la mano para que se acerque._

DON GONZALO. _Contemplando, mientras, a la señora._ (No... no me descubro... Estoy hecho un mamarracho tan grande... Que recuerde siempre al mozo que pasaba al galope y le echaba las flores a la ventana de las campanillas azules...)

DOÑA LAURA. ¡Qué trabajo le ha costado despedirse! Ya viene.

DON GONZALO. Juanito, en cambio... ¿Dónde estará Juanito? Se habrá engolfado con alguna niñera. _Mirando hacia la derecha primero, y haciendo señas como doña Laura después._ Diablo de muchacho...

DOÑA LAURA. _Contemplando al viejo._ (No... no me descubro... Estoy hecha una estantigua... Vale más que recuerde siempre a la niña de los ojos negros, que le arrojaba las flores cuando él pasaba por la veredilla de los rosales...)

JUANITO _sale por la derecha y_ PETRA _por la izquierda. Petra trae un manojo de violetas._

DOÑA LAURA. Vamos, mujer; creí que no llegabas nunca.

DON GONZALO. Pero, Juanito, ¡por Dios! que son las tantas...

PETRA. Estas violetas me ha dado mi novio para usted.

DOÑA LAURA. Mira qué fino... Las agradezco mucho... _Al cogerlas se le caen dos o tres al suelo._ Son muy hermosas...

DON GONZALO. _Despidiéndose._ Pues, señora mía, yo he tenido un honor muy grande... un placer inmenso...

DOÑA LAURA. _Lo mismo._ Y yo una verdadera satisfacción...

DON GONZALO. ¿Hasta mañana?

DOÑA LAURA. Hasta mañana.

DON GONZALO. Si hace sol...

DOÑA LAURA. Si hace sol... ¿Irá usted a su banco?

DON GONZALO. No, señora; que vendré a éste.

DOÑA LAURA. Este banco es muy de usted.[175]

Se ríen.

DON GONZALO. Y repito que traeré miga para los gorriones...

Vuelven a reírse.

DOÑA LAURA. Hasta mañana.

DON GONZALO. Hasta mañana.

Doña Laura se encamina con Petra hacia la derecha. Don Gonzalo, antes de irse con Juanito hacia la izquierda, tembloroso y con gran esfuerzo se agacha a coger las violetas caídas. Doña Laura vuelve naturalmente el rostro y lo ve.

JUANITO. ¿Qué hace usted, señor?

DON GONZALO. Espera, hombre, espera...

DOÑA LAURA. (No me cabe duda: es él...)

DON GONZALO. (Estoy en lo firme: es ella...)

Después de hacerse un nuevo saludo de despedida.

DOÑA LAURA. (¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)

DON GONZALO. (¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

Se van, apoyado cada uno en el brazo de su servidor y volviendo la cara sonrientes, como si él pasara por la veredilla de los rosales y ella estuviera en la ventana de las campanillas azules.

LA CAPILLA DE LOS REYES

> «Anhelaba el Cabildo ofrecer al poderoso Monarca de ambos mundos una obra digna de su grandeza, y para alcanzarlo pensó abrir una especie de liza entre los más célebres artistas de aquel tiempo.»
>
> J. AMADOR DE LOS RÍOS.

Entre las muchas bellezas dignas de ser admiradas que encuentra el que visita la Catedral de Sevilla, llama notablemente su atención la Capilla de los Reyes, cuyos planos fueron debidos al maestro Martín Gainza, dando comienzo su construcción en 1550.

Veinticinco años duraron los trabajos de esta suntuosa Capilla, en la que siguieron los arquitectos Fernán Ruiz y Pedro Díaz Palacios, y que fué terminada en 1575 por Juan de Maeda, que ejecutó algunas obras de importancia en los templos de nuestra capital.

Pertenece su arquitectura al estilo greco-romano; tiene, en opinión de los inteligentes críticos, poca elegancia, demasiados adornos, y está dividida en siete espacios por ocho pilastras con capiteles esmeradamente acabados.

En el centro de esta Capilla suntuosa, y sobre una elevada gradería, se encuentra el altar, obra de Luis Ortiz, donde está colocada una escultura de madera, de autor desconocido, que representa á la Virgen con el Niño sobre la falda, el cual está vestido con traje del siglo pasado: esto es, casaca, pantalón corto y medias de seda.

La imagen, que por su carácter parece del siglo XIII, según los historiadores, fué regalada al monarca Fernando III por su primo el rey de Francia Luis IX, y acerca de ella corren las más curiosas tradiciones.

Está la imagen sentada en rico sillón, que ostenta primorosas labores y adornos de plata: sale en procesión todos los años el día 15 de Agosto, recorriendo las calles que rodean á la Catedral, y tienen los vecinos de Sevilla gran devoción por ella.

Al pié del ara donde está la Virgen existe la rica urna de plata que guarda desde 1729 los restos de D. Fernando III, primer rey de Castilla y Aragón y conquistador de Andalucía, que falleció en esta ciudad el día 30 de Mayo de 1252, y á quien el papa Clemente X declaró santo en 1671, celebrándose con tal motivo suntuosas fiestas en Sevilla, describiendo las cuales hemos leído varias curiosísimas relaciones escritas en aquella época.

Bajo las magníficas bóvedas de la capilla de los Reyes duermen el sueño eterno D. Alfonso _el Sabio_, muerto en 1284, á los treinta y dos años de su reinado; D. Pedro I, _el Justiciero_, monarca cantado tantas veces por los poetas, y cuyos huesos se trasladaron desde Madrid en 1877; su legítima esposa D.ª María Padilla, que al ocurrir su muerte en 1354 fué sepultada en el monasterio de Santa Clara de Astudillo; D.ª Beatriz, primera mujer de D. Fernando, y los infantes D. Pedro, D. Fadrique, D. Juan y D. Alonso.

Un personaje ilustre en la historia moderna de España descansa allí también junto á los reyes y príncipes: el sabio Conde de Floridablanca, Ministro de Carlos III y Presidente de la Junta Suprema de Gobierno cuando invadieron las tropas francesas nuestro territorio. Floridablanca murió el día 30 de Diciembre de 1808, celebrándose sus exequias con todos los honores que correspondían al elevado cargo que entonces desempeñaba.

La reja de la capilla de los Reyes es una verdadera obra de arte, concluída en 1775, cuya descripción sería por demás prolija: sus columnas, sus complicadas labores y las figuras de gran tamaño colocadas en su remate son dignas del mayor elogio.

En la Capilla se conservan multitud de joyas históricas de alto precio, entre las que no dejaremos de citar en estos breves apuntes la bandera y una espada de D. Fernando III, la magnífica corona regalada por D.ª Beatriz y los riquísimos trajes bordados de oro y pedrería que viste la antigua imagen de la Virgen de los Reyes.

El día de S. Clemente, aniversario de la conquista de Sevilla, y el 30 de Mayo, se descubre la urna donde yace el rey Fernando III, pudiendo ver el público tras aquellos cristales los restos del poderoso monarca victorioso en tantas batallas y terror de las huestes agarenas.

La capilla de los Reyes ha sido visitada por cuantos monarcas han venido á Sevilla, y en ella se da continuo y muy esplendoroso culto.

XXIV

LA MORERÍA

> «Sitios peligrosos eran aquéllos, donde no era fácil llegar sin exposición de graves riesgos.»
>
> L. M.

En uno de los puntos hoy de más tránsito de la capital existió hasta la tercera década del presente siglo un famoso barrio, llamado de la _Morería_ porque es fama que al ser reconquistada Sevilla por D. Fernando III en él se juntaron las familias moras que quedaron viviendo en la ciudad.

Este barrio estaba formado por un laberinto de encrucijadas y callejuelas de feísimas y miserables casuchas, bajo cuyos techos se

albergaban gentes de reputaciones dudosas y de las más extrañas cataduras.

Allí se escondían las echadoras de cartas, las viejas que confeccionaban filtros y bebedizos, los valentones que siempre tenían cuentas pendientes con la justicia, y todos esos tipos que tan admirablemente retrató la pluma del gran Cervantes al ocuparse del antiguo pueblo bajo de Sevilla.

Ninguna persona de mediana posición se determinaba á pasar por las calles de dicho barrio sin estar expuesta á sufrir más de un percance, pues los moradores de aquellos tugurios tenían formada una especie de asociación tenebrosa, que se asemejaba algo á la célebre _Corte de los Milagros_.

De noche las calles de la _Morería_ presentaban un sombrío aspecto; y cuando alguna vez la ronda cruzaba en silencio por aquellos lugares, se veía sorprendida á lo mejor por una lluvia de piedras que, sin saber de dónde venían, obligaban á los corchetes á ponerse en precipitada fuga.

Para que todo contribuyera á hacer inexpugnable aquel barrio, se levantaban á su alrededor los espaciosos conventos del Buen Suceso y los Descalzos, la iglesia de San Pedro y la primitiva Fábrica de Tabacos, que fué construída en el siglo XVI.

Estos amplios edificios, con sus altos paredones y su macizo aspecto, parecían defender la _Morería_, donde nunca fué posible hacer cumplir las ordenanzas municipales, y donde los habitantes vivían en una salvaje independencia.

Muchas eran las tabernas que en el barrio de que nos ocupamos existían, y no eran menos los garitos y casas _non sanctas_ donde Celestinas, Aspasias y Proserpinas se entregaban con entera libertad á sus execrables comercios.

El Ayuntamiento dió en distintas épocas varias órdenes á fin de que se hicieran algunas requisas por la _Morería_ con frecuencia; pero estas órdenes no pudieron cumplirse á causa del riesgo que corrían cuantos eran enviados á aquella visita de inspección.

Todos los mendigos, todos los discípulos de _Caco_, todos los vagos de la peor calaña que durante el día vagaban desperdigados por Sevilla, iban á recogerse al oscurecer en los antros de la _Morería_, donde se consideraban seguros de no caer en manos de la justicia.

Á principios de siglo tenían allí su albergue los servidores de José María y del _Rubio Espera_, los espías de los _Niños de Écija_ y los secuaces del _Pájaro Verde_, que tan sangrientos crímenes cometieron en los campos andaluces.

Por entonces el edificio de la antigua Fábrica de Tabacos fué destinado á cuartel de infantería, y esto dió origen á no pocas colisiones y alborotos entre los soldados y los paisanos en la triste época del gobierno absoluto.

Concluiremos estos apuntes sobre la _Morería_ diciendo que hacia el año 1840 se desalojaron las casas de aquel inmundo barrio, comenzando el derribo de todas ellas y construyéndose años más tarde en aquel lugar el paseo de Argüelles, uno de los más concurridos y animados de Sevilla.

XXV

LA VIRGEN DE TORRIJIANO

> «Muriendo está Torrijiano, muriendo está en su prisión por el hambre, que es la pena que se ha impuesto en su furor.»
>
> CANO Y CUETO.

El hecho de que vamos á ocuparnos ha llegado hasta nosotros descrito con ligeras variantes, aunque igual en el fondo, y para relatarlo hemos de procurar seguir la relación que corre como más auténtica.

Á principios del siglo XVI vivía en Sevilla, y en una modesta casa situada en la Resolana del barrio de la Macarena, el insigne escultor florentino Pedro Torrijiano, que tan perfectas y acabadas obras dejó en varios templos de nuestra capital.

Fué Torrijiano un distinguido discípulo del maestro Lorenzo de Médicis, y estando en el taller de éste con otros compañeros tuvo su famosa riña con Miguel Ángel, á quien de un golpe rompió parte de la ternilla de la nariz, dejando, para mientras viviese, señalado al autor del _Moisés_ y del _Juicio final_.

Huyó después de aquella riña Torrijiano de Italia, pasando á Inglaterra, donde vagó muchos años sin residencia fija y sufriendo no pocos disgustos y sinsabores, pues parece que el carácter del artista florentino era por demás violento, exagerado y nada simpático.

Á España llegó Torrijiano más tarde, atraído por las bellezas del suelo y por los elogios que de nuestra cultura intelectual de entonces había oído hacer, recorriendo algunas provincias y fijando su residencia en Granada, población entonces donde se encontraba lo más florido de la nobleza castellana.

Hizo Torrijiano algunas hermosas esculturas para los conventos que entonces se edificaban en la ciudad del Darro, y cuando su fama se iba extendiendo por aquel punto una agria disputa que, por motivos que ignoramos, tuvo con algunos señores de alta categoría le obligó á cerrar su taller y á salir precipitadamente de aquella hermosa ciudad tan cantada por las liras de nuestros poetas.

Entonces vino Torrijiano á Sevilla, ejecutando al poco tiempo de su llegada obras tan notables como los bajo-relieves de la portada del _Hospital de las Cinco Llagas_, según dice un autor, y el _San Jerónimo_ para el convento de Buenavista.

Algún tiempo después el poderoso Duque de Arcos encargó al florentino una escultura de barro que representase á la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, escultura que había de ser colocada en el magnífico oratorio que en su palacio tenía el Duque.

Cuando la estatua fué concluída envió el linajudo noble á sus criados á casa de Torrijiano para que la recogiesen y al mismo tiempo entregaran al autor el precio de su trabajo en varios talegos de maravedises.

Al ver Torrijiano la forma en que se le hacía el pago de la obra, despertóse de súbito su cólera, deshaciéndose en denuestos contra el Duque, y llegó á tanto su enojo y su indignación, que allí mismo cogió la estatua, y arrojándola con violencia al suelo, la hizo trozos, diciendo á los criados del poderoso magnate que, pues recibía el dinero en tan pequeñas monedas, recibiese él también la estatua en pequeñas fracciones.

Este hecho produjo gran escándalo en Sevilla y alborotó á la gente devota, que lo calificó de terrible sacrilegio, haciendo que el Duque se querellase al tribunal de la Inquisición, el cual prendió á Torrijiano, acusándole de impío y hereje consumado.

Encerrado en una mazmorra del castillo de Triana pasó el escultor insigne muchos meses, falleciendo por último en el año de 1522 entre horribles torturas, pues se negó á comer el más corto alimento durante bastante número de días.

XXVI

LA CALLE DEL DIABLO

> «Mientras la infelice muere diz que el viento repetía: Mal haya quien en promesas de hombre fia.»

(Trova antigua.)

Pocos tal vez al leer el título de estas líneas sabrán á qué calle nos referimos y dónde se encuentra situada una vía con nombre tan poco simpático.

Á fin de aclarar sus dudas, si es que las hay, diremos que el nombre de calle del Diablo corresponde á la que después llevó el de San Antonio y se encuentra en la parroquia de San Bartolomé.

Diósele el nombre de San Antonio porque en la fachada de una de sus casas existió hasta 1840, próximamente, un nicho en el que se veía una estatuita de barro representando al fraile penitente que con singular valor supo rechazar las tentaciones del demonio.

Junto á esta imagen ardían en otros tiempos dos farolillos de aceite, única luz que de noche alumbraba la vía que nos ocupa; y está probado que los piadosos vecinos de aquellos alrededores tenían gran devoción al santo, cuya colocación en aquel sitio debióse á un suceso extraordinario en el cual creían á piés juntillas nuestros abuelos, que por regla general tenían muy buenas creederas.

El caso fué el siguiente, poco más ó menos, según lo relata la tradición que hasta nosotros ha llegado. Durante los días de Carnaval del año 1548 varios jóvenes de relajada vida y de licenciosas costumbres que había en Sevilla cometieron muchos excesos y tropelías, sin que evitarlo pudieran, ni el celo de las autoridades ni el temor que entonces á todos inspiraba el tribunal de la Inquisición.

De aquellos mozos calaveras cuatro se distinguieron más que sus acompañantes por las locuras de sus actos y por el singular escándalo que promovieron.

No contentos de sus fechorías, después de haber alborotado grandemente por las calles, herido á tres sujetos, insultado á muchos y saqueado un bodegón, la noche del martes de Carnaval, cuando pasaban medio ebrios por el convento de Madre de Dios, hallaron á un viejo que acompañado de una joven venía, y les entraron ganas de darles una pesada broma.

Uno de los calaveras, sin andarse con más palabras, acercóse con resolución á la muchacha, y con gran presteza dióle un fuerte tirón del manto y estampó en sus mejillas un impuro y ruidoso beso.

Lleno de ira el anciano, iba á castigar el atrevimiento del mozo, cuando los otros le sujetaron por la espalda y, envolviéndole la cabeza en la capa que traía, lo arrastraron al callejón próximo, mientras la joven caía desmayada y era recogida por el calavera que le dió el beso.

Tétrico, oscuro y estrecho el callejón donde metieron al anciano, ofrecía el aspecto más á propósito para que en él se cometieran actos que la luz clara alumbra pocas veces. En brazos del galán llegó allí también la joven, cuyo rostro pálido por el desmayo excitó los deseos del calavera y púsole en situación harto difícil.

Rugía amarrado el viejo, á quien habían tendido en el suelo para que no pudiera defenderse, y en tanto aquellos perdidos rodearon á la muchacha, haciendo todos muchos elogios de su belleza y encantos, que pudieron apreciar merced á un débil rayo de luna que hasta el centro de la callejuela se deslizaba.

Varios de los mozos quisieron besar á la joven, pero vieron con sorpresa que el que primero lo había hecho opúsose á ello y con tono serio y enérgico díjoles que no consentiría que ninguno la tocase.

Surgió de aquí una disputa, que se fué agriando por momentos; cruzáronse palabras duras é insultos de ambas partes, salieron á relucir los aceros, y no tardó en empezar una reñida pelea, en la que el galán defensor de la beldad llevaba la peor parte, puesto que todos á él dirigían sus armas. Habilísimo sin duda era éste, cuando en pocos momentos logró, no sólo defenderse, sino herir á dos de los que le combatían, y desarmó al tercero, que dejó el campo y huyó de manera no muy airosa.

Cuando el mancebo se quedó solo con la dama sintió un rumor extraño cerca de él, y vió entre las sombras una figura siniestra que blandía en la mano un acero y se disponía á acometerle.

Los ojos del desconocido brillaban con luz fosforescente y en su rostro se dibujaba una mueca espantosa. El joven y la sombra entablaron una porfiada riña, en la que el primero fué herido de mortal estocada.

Al siguiente día fueron encontrados en la calleja el cuerpo de la muchacha y el de su padre, que presentaban profundas heridas. El del galán no pareció por parte alguna, y se cuenta que el diablo lo llevó consigo, y que éste no era otro que el desconocido que se le apareció en tan fea traza.

Para conmemorar este hecho, y espantar á Luzbel si en alguna ocasión le daban ganas de volver por allí, se colocó en la calleja la imagen de san Antonio que mencionamos más arriba.

JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO

(B. 1827)

NOCHE DE ABRIL

Es ya tarde: bate el sueño
Sobre la ciudad sus alas,
En el silencio sus galas
Muestra la noche gentil;
Abren su seno las flores
Al rocío transparente,
Y se respira el ambiente
Perfumado del abril.
En Nápoles, en las noches
De primaveras serenas,
Vierte por todas sus venas
Naturaleza su amor;
Y es el silencio armonía,
Bálsamo el aire, las flores
Ninfas, las sombras colores,
Y los claros resplandor.
Y todo vago, indeciso,
Dulcemente se confunde,
Y melancolía infunde
Tan süave al corazón,
Que en la atmósfera mecido
De sus sueños se recrea,
Gira y corre distraído
De ilusión en ilusión.
No va el silfo más ligero
En un rayo de la luna;
Ya acaricia lisonjero
Con sus besos una flor;
Ya en la límpida laguna
Forma un rïel de topacio,
Ya perdido en el espacio
Se disipa cual vapor.

EL FUEGO DIVINO

De la inclinada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente;
Entonces con ternura
Latió fecundo el seno de natura.
. . . .

Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,
Y armonioso vigor al firmamento.
. . . .

Con vivífico aliento
Virtud prestaste á la materia inerte,
La fuerza y movimiento,
Que en sus átomos vierte
Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
Misteriosa del hombre creaste luego;
A su mente sagrada
Diste noble sosiego,
A sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente,
Hermoso asiento de tu lumbre viva,
Hacia el cielo eminente,
Do á su mirada altiva
Ni de tu sér la oscuridad se esquiva.

Cuanto existe en la tierra,
De oro y fango, de bálsamo y veneno,
Cuanta virtud encierra
En su fecundo seno
El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía,
Breve mundo, del hombre á la existencia;
Como en oriente el día
Brotó la inteligencia,
De su completo ser oculta esencia.

La pompa de los mundos,

Todo sér, toda vida en ella vive;
Los ámbitos profundos
Del cielo en sí recibe,
Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
La flor, el ave canta, el mar resuena;
Cuanto aborrece y ama,
Todo deleite y pena
Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envía,
Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
No acaba su porfía,
No hiere el mortal velo,
Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
Al sér amante en la creación entera?
¿De qué beldad se paga
Si por alta manera
Todo en el alma está como en su esfera?

¿A qué este amor intenso?
¿Qué ignoto sér la voluntad adora?
¿Dónde el objeto inmenso,
La fuerza vencedora
Que domina al amor que le devora?

. . . .

El alma es consonancia
De todo lo creado, y sus amores
Son la luz, la fragancia
De estrellas y de flores,
¿Quién detiene perfumes y fulgores?

. . . .

La bien templada lira
De cada cuerda exhala melodiosa
Distinto son, y admira
De la máquina hermosa
Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
Potencias une al mismo fin el hado;
Así de las esferas
El giro arrebatado
Da un concierto sublime y alternado.

. . . .